

4
CARLOS MONSALVE

JUVENILIA

GRIS—MOSQUITO—MOON LIGHT—COMO
VIVEN—EL AVE DE ZEUS—ESTELA—EL
HOMBRE DE PIEDRA—DE UN MUNDO Á OTRO
—LA BOTELLA DE CHAMPAGNE—EL GNOMO
—HISTORIA DE UN PARAGUAS—IBRAHIM—
ULTIMA ESCENA—LA TENTACION—EL VIEJO
HULLOS—DEL CANTO Á EDUARDO—EN
TRANWAY—SIN TÍTULO

BUENOS AIRES

Imprenta de EL DIARIO, 146, San Martín, 118

1884

JUVENILIA

CARLOS MONSALVE

JUVENILIA

BUENOS AIRES

Imp. de EL DIARIO, 116, S. Martín, 118

1884

- -

He reunido en el presente libro algunos de los ensayos, publicados en su mayor parte, y escritos en este período de transición en que la inteligencia evoluciona hasta completar su desarrollo; durante el cual, según la expresión de Zola, el individuo no ve claro dentro de sí mismo. El título de estas páginas de los veinte años es su explicación y mi disculpa.

C. M.

G R I S

Quedaban aun dos amigos estrechamente unidos. Hasta hacia poco tiempo habian formado una agrupacion numerosa y compacta, pero que gradualmente, perdiendo por diversas causas su cohesion, habia visto separarse uno á uno á varios de los individuos que la componian. Con la edad los caractéres habíanse acentuado y los que antes solo diferian en matices de ideas y pasiones, se encontraban ahora separados por surcos cada vez mas grandes, mas profundos, mas infranqueables, cavados por intereses distintos.

Aunque el mayor de ellos tenia solo veinte y tres años, la juventud se les representaba ya como una cosa lejana que se entrevé todavia, como música oida al pasar que seguimos escuchando cuando sus notas se han extinguido. Verdad es que se habian dado prisa por vivir, y

que no se penetra impunemente en el mundo con el cuerpo sin epidermis de los delicados y de los soñadores; habian aspirado el hálito malo de su generacion descreida y frívola para con tal preparacion entrar á la sociedad, al verdadero mundo preocupado casi por completo del bienestar material,—eran positivistas de veinte años, defendidos por un escudo de carton pintado.

Decididamente debian á todo trance hacerse hombres sérios, pensar en el porvenir. Dos ó tres se apresuraron á purificarse lavando el polvo brillante que la juventud habia dejado entre sus dedos, como una mariposa moribunda; se casaron, el uno para regularizar su vida, bastante metódica ya anteriormente; el otro tomando como pretexto el estudio, la existencia tranquila y laboriosa, ó bien pensando en las ventajas pecuniaras ó de otro orden no menos positivo que les reportaba el matrimonio. Algunos se hicieron abogados ó médicos, tornándose graves y reservados para con sus antiguos compañeros; un puesto oficial como base de la clientela futura, un gran pleito para los primeros ó una cura acertada á un paciente distinguido para los segundos, eran el punto de incidencia de sus fantaseos. La política, ese gran negocio de los que no tienen capital, atrajo á varios espíritus aventureros, anhelantes con aspiraciones no definidas aun; pero sobre todo el comercio, la fiebre del dinero, el ánsia de abandonar en definitiva este campo

nómade de los necesitados, hizo mayores estragos en el grupo, con poco de beneficio, inmediato al menos, de los que se lanzaron llenos de fé en busca de fortuna.

Separados entre sí por obstáculos materiales y por causas morales, concluyeron como era lógico, habituándose á no verse y á no tener las consoladoras expansiones de otro tiempo; habian descubierto que se podia muy bien vivir y prosperar sin amistad verdadera, y que era mucho mas correcto conservar la relacion de individuos que no se odian y que algun dia pueden necesitarse. Por eso, cuando el acaso los reunia sin unirlos, no hablaban ya de amor, de sacrificios, de nobles aspiraciones á realizar en comun; pero se esbozaban negocios mas ó menos factibles ó se conversaba de política tratando de desenredar la madeja de la intriga con la mano torpe é insegura del novicio. A menudo los temas eran de otro género: el teatro, los salones, los paseos. Ninguno recordaba el pasado con sus confianzas, sus ensueños, sus confesiones; se tenia el pudor del egoismo.

Y eso era todo: la vida del hombre sério co-honestada con la de jóven de buen tono. Así, el cálculo habia consumido á fuego lento la espontaneidad de los afectos, y la agrupacion se derumbaba como un monton de cenizas dispersadas por el viento.

Reducido el núcleo á su menor expresion era como si en realidad hubiera desaparecido por

completo. Solo dos amigos permanecían sólidamente unidos por una amistad sincera, y sus relaciones se iban estrechando á medida que se encontraban aislados, como si la frialdad que se producía en torno suyo les obligara á acercarse más para conservar el calor de la simpatía. Sin embargo, el ejemplo de los otros habia dejado en el fondo de esa intimidad algo de amargura y de desaliento.

Eran dos individuos opuestos, dos tipos esencialmente distintos. El uno, Augusto, era apasionado, tenaz en sus propósitos, amigo de la acción y dominante; su imaginación exaltada tenia el contrapeso de su razón clara y severa, y la vehemencia de su carácter le hacia injusto, en sus arrebatos, pero pasados los primeros ímpetus se apresuraba á reconocer la falta y trataba de repararla. Moreno, delgado, de fisonomía expresiva acentuada por su mirada intensa, era, si los temperamentos existen bien definidos, mezcla de nervioso y de bilioso. Su amigo inseparable se llamaba Julio; éste sin dominar en apariencia llegó á adquirir gran ascendiente sobre aquel; nunca trató de imponérsele, pero quizá sin sospecharlo él mismo, habíase insinuado, ó si se me permite la expresión, infiltrado en su espíritu; era la causa original de sus cavilaciones, impregnando la inteligencia de Augusto con todas las amarguras, con todos los desconsuelos y desalientos que engendran los grandes desengaños.

Sin embargo de su pesimismo, pocos motivos aparentes de disgusto tenia en su vida cotidiana, en la que las cosas, previstas de antemano, se sucedian con algo de pasivo y matemático, como piezas de maquinaria que se ajustasen automáticamente invariables hasta el fastidio. La causa del mal no emanaba del medio exterior; estaba dentro de sí: era su pensamiento.

En ciertas ocasiones, acosado por las burlas de sus compañeros, solía responder chanceando tambien: « Tengo un alma gastada que ya ha servido otra vez; antes de que yo naciera ha animado algun mísero cuerpo, y me trae ahora la triste experiencia de hechos que no he presenciado ». Por lo demás, al obrar no hacia gran caso de su filosofía mas especulativa que práctica; de un lado estaba el pensador, el soñador si se quiere, amalgama de escéptico y utilitarista, del otro el hombre, perezoso é indolente para la accion. En suma, era un original.

Sus amigos, especialmente Augusto, le llamaban Gris, á causa quizá de que en todos sus trages usaba telas de este tono más ó menos oscuras; además sus cabellos de un rubio ceniciento, el iris de sus ojos azul plomizo, justificaban este apodo inventado por el cariño. Como su matiz favorito, mezcla de dos colores opuestos, era tambien su carácter, raro é indefinido como el tinte de sus cabellos y la coloracion de sus ojos. De esta-

tura mediana, pálido, delgado, participando de linfático y nervioso, á causa de la poca acentuacion de las líneas de su fisonomía, de su poca vivacidad y de los colores borrados de sus ropas, parecia una figura salida del segundo plano de un cuadro, y colocada en la vida como en el cuadro, mas lejana, mas indeterminada que las otras, siempre en segundo término.

Creyente como era por naturaleza, Augusto habia dudado de muchas cosas cediendo á la influencia de su amigo, y de todo eso en que no creía lo que mas le preocupaba era el amor.

Las desoladoras reflexiones de Gris no tuvieron fuerza de conviccion para demostrarle el riesgo en que estaba apasionándose de una mujer que no podia corresponderle. Isabel fué su nombre. Ambos estaban hechos para no entenderse sin rechazarse mutuamente; eran como dos líneas paralelas siempre próximas y siempre separadas. Augusto soñaba un amor ideal, su alma habia sido formada para el sentimiento; Isabel era mas apta para la sensacion. Aquel sentia íntimo placer en la contemplacion de una obra de arte ó de un paisaje hermoso, se emocionaba escuchando una música melodiosa ó leyendo un fragmento patético; ésta preferia las flores, los perfumes, las confituras, el contacto suave de las sederías y de los terciopelos, la flexibilidad de las telas vaporosas, el brillo deslumbrador de las joyas. Para Augusto el mundo era una con-

quista que se alcanzaba con valor, con inteligencia, con perseverancia; para Isabel era una fiesta, una ovacion, un aturdimiento; se encontraba bien en la vida, sentíase feliz existiendo, hablaba y se movía con facilidad, sus impresiones eran vivas y efímeras, sus pensamientos cambiantes y ligeros. En Augusto la palabra «*é*» «*pasion*», en Isabel era «*capricho*».

Sirviéndose de una frase, entre paradoja é hipérbole, Julio habia emitido la espresion exacta: se completaban demasiado. A los dos meses la bien amada buscaba otras diversiones; nuevos placeres la atraian, nuevos galanteos la solici- taban. Augusto conoció entonces cuán ardientes son las lágrimas que hace verter el despecho.

Apartado de su amigo íntimo, resentido por sus apreciaciones respecto al carácter de Isabel, ahora que ésta le habia abandonado se encontraba solo; ¡solo! es necesario darse cuenta del terrible valor de esa palabra. Se asombraba de no contar con alguien que le comprendiese, que se interesara por él, que le manifestara sinceridad y simpatia, con alguien á quien hacer depositario de sus penas.

Entonces, decepcionado de Isabel, arrepentido de su ligereza, se acordó de Julio, apresurándose á ir en su busca. Volvia á verle despues de varios meses de separacion, y el diálogo de esa entrevista será inolvidable para ambos.

La pieza de Julio estaba á la entrada de la casa, aislada de las demás habitaciones, sobre

la escalera á cuyo descanso daba una puerta, y la otra, con celosias, al balcon. Esa tarde, como de costumbre, habia ido allí despues de comer á tomar el café y fumar largamente, recostado en un gran sillón, su asiento predilecto.

Envuelto en nubes de humo miraba como de costumbre el mismo punto del cielo raso de estuco; la blancura inmaculada del yeso, lo terso de su superficie y el hábito de mirarlo frecuentemente sin que ninguna imágen se presentara á su vista le ahorraban la molestia de cerrar los ojos para adormecerse, entregado á los pensamientos que le eran mas gratos. De tiempo en tiempo á su lado, sobre el escritorio, buscaba sin volver la capeza la taza de café ó la copa de chartreuse; bebia distraidamente algunos sorbos y continuaba en su adormecimiento contemplando en apariencia el techo por entre los espacios que el humo dejaba libres. Era en noches como esa, frias y nubladas, cuando él gustaba de permanecer en su habitacion aspirando el ambiente tibio y oyendo abajo, en la calle helada, barrida por el viento, rumores de pasos apresurados. Hubiera deseado tener una querida ahí en su pieza tan comfortable, desbordarse en caricias, reir, beber, hacer locuras, jurarse amor eterno, y luego á media noche despedirla, olvidarla y acostarse tranquilo y abrigado con un buen libro sobre el mármol del velador y sabor de besos en los labios.

Encendió un nuevo cigarro, y fatigado por la

postura en que habia permanecido durante tan largo rato, aproximó el sillón al escritorio y despues de encontrar la posicion mas cómoda, se puso á revolver con negligencia los papeles que atestaban su cartera, desechando los unos y contentándose con examinar en los otros los diversos caractéres de letra. En un rincon, junto á un ramito de flores secas, achatadas como en un herbario, tropezó con un *carnet de danze* del que colgaba aun el pequeño lápiz unido por un cordoncito de seda á las hojuelas de cartolina. Despues de recorrer una por una las piezas del repertorio impreso en él, y de detenerse á descifrar los nombres mal trazados con el lápiz descolorido en las hojas satinadas, rompió el cordón que retenia á aquel. — Demos balance, — se dijo, — y empezó á inscribir los nombres de sus amigos, leyéndolos á medida que los trazaba y añadiendo comentarios verbales á la lista que iba formando.

Al mismo tiempo que frotaba un fósforo para encender el cigarro apagado mientras escribia, se preguntaba á sí mismo: ¿Dónde están los ejemplos de amistad que he leído en los libros de moral cuando estudiaba en el colegio? ¿Cuál de todos mis íntimos será aquel que llegado el caso sacrificará su vida en holocausto de la mia?

Y en seguida, como si este género de cuestiones ejerciera en él una influencia soporífera, colocó el cigarro en el borde del escritorio, se cruzó de brazos y arrellanado en el sillón fué

poco á poco entornando los ojos hasta quedar dormido, con el rostro bañado por la luz del gas, en la quietud de la habitacion, acariciado por la tibieza del ambiente. A intervalos el viento arrastraba desde la calle ráfagas de rumores ahogados y confusos; luego todo quedaba en calma. Julio dormia. Solo el gas alteraba el silencio, ardiendo en la estremidad del pico con sopro continuado y silbador.

De pronto resonaron pasos en la escalera; hubo una pausa, en seguida abrióse la puerta, y Augusto, entrando, abarcó de una ojeada el interior de la pieza.

Se acercó al escritorio caminando de puntillas, y consideró á su amigo dormido, indeciso acerca del partido que habia de tomar. Por fin, no pudiendo dominarse se inclinó á su oído y tocándole en el hombre:

— Gris, — le dijo en voz baja, — Gris, despierta.

Pero el apostrofado murmuró algo confuso é incoherente, y sin abrir los párpados cambió de postura y continuó durmiendo.

Entonces Augusto lo movió mas fuerte, hablándole en voz alta.

Julio suspiró como todo el que es arrancado de un agradable desvario, y sin darse cuenta aún de lo que le pasaba, con un poco de mal humor inconsciente se apresuró á protestar de que se le creyera dormido. De pronto, como si recién escuchara la voz que le habia hablado,

sacudió la cabeza y abriendo bruscamente los ojos, fijó en Augusto una mirada estupefacta. Y luego, ya completamente despejado, incorporóse de un salto arrojándose en brazos de aquel.

Pasadas las primeras expansiones, después de haber relatado minuciosamente, hasta en sus mínimos detalles, la historia de su amor y de su infortunio, y de confesar su arrepentimiento por no haber creído en la palabra cruel pero sincera de Gris, dijo Augusto :

—¿ Y bien, qué debo hacer ahora ? Necesito de tus consejos, de tu consuelo.

— Yo no lo sé, hermano. Todos convienen en que la pasión es el pábulo de la vida, pero hay muchos cuya existencia no tiene objeto pasional alguno ; la mía, por ejemplo.

— Pero eso es horrible.

— Nó, es simplemente aburrido ; figúrate un hombre obligado á mirar continuamente un paisaje de invierno á través de un vidrio ahumado. Tarde ó temprano todos venimos á parar en lo mismo : ¿ no tenemos religión ? pues sustituyámosla por la tolerancia ; ¿ no nos queda amor ? pues contentémonos con mugeres ; ¿ es imposible la felicidad ? pues aspiremos al bienestar. Reemplacemos la caridad por la amabilidad, y cuando ya no nos quede ni un destello de alegría, conservemos al menos la sonrisa. En una palabra, no debemos desesperarnos mientras podamos adquirir dinero y haya buenas cosas que comprar en el mundo.

— Eso es infame, Gris!

— Pero es cierto.

— ¿Y tú lo aceptas?

— Me resigno. Hay muchas muertes en la vida, Augusto, y por egoísmo es necesario estar convencido de ello con anticipación, á fin de sentir las menos. La primer infidelidad de una amante, la primer deslealtad de un amigo, la separación de los que han hecho parte de su camino á nuestro lado, el olvido de los que en un tiempo hemos amado mucho, ¡qué sé yo, hay tantas muertes en una vida!

— ¿Y piensas vivir tranquilo pensando de esa manera?

— ¡Bah! ¿crees que todo eso vale la pena de preocuparse? Oh, no, pobre hermano. Dinero, dinero! hé ahí la palabra, hé ahí lo único digno de ocupar una cabeza bien organizada. Esa es la gran manía de nuestro siglo; no tenemos la culpa de haber nacido en él, como no tenemos el poder de sustraernos á su influencia, ni evitándola ni luchando contra ella. Creo habértelo dicho otra vez: primero la salud, despues la fortuna. Respetemos esa pasión de nuestra época: el dinero. Trata de ser rico, hermano, y empieza por ser razonable; entonces los pobres recogerán para tí la miés que ellos han sembrado con tanta fatiga, la miés que ellos no probarán.

Julio habia vuelto á recuperar su asiento en el sillón favorito, é interceptando la luz con la mano á manera de pantalla, seguía con la vista

á Augusto que inquieto y cabizbajo se paseaba á lo largo de la pieza, al otro extremo del escritorio.

Pasado un momento, sin mirar á Julio ni detenerse en su paseo :

— Ya he probado el poder maravilloso del dinero y sé cual es su eficacia para consolar las almas que sufren ; ciertamente no cambiaría una hora de amor por una vida de opulencia.

Aquel habia recobrado la indiferencia aparente que le era habitual.

— Harías un mal negocio, — contestó, — bien se vé que eres un niño.

Y luego, añadió levantándose .

— Cálmate, hermano. Todo eso pasará, son fantaseos de juventud, y ese amor es uno de los tantos muertos que hay que enterrar en vida. Dentro de un año Isabel apenas será un recuerdo ; sufre por ahora. La vida real, la vida de todos los dias es chata y monótona, el drama es la escepcion, y esos hombres con quienes te codeas á cada paso, que suelen hablar solos por la calle y mostrarse groseros en familia, esos son la regla general, esos son la sociedad, el público, el mundo. Sin embargo, es buena de cuando en cuando la emocion que agita nuestros nervios y nos libra por un tiempo del fastidio. La vida activa disipa esas locuras románticas, como la luz del sol desvanece los pensamientos de la noche ; búscala, hermano ; la lucha es el consuelo de los fuertes.

Augusto miró fijamente á su amigo como si quisiera penetrar en lo íntimo de su pensamiento. Julio pareció comprender lo que significaba esa mirada.

— Tú tienes carácter, mézclate al torbellino humano, la inaccion es el prólogo de la muerte. Vivir sin creencias, sin amor, sin esperanzas, es todavía vivir, mientras se tenga una casa cómoda, una compañera amable, relaciones discretas, buenos libros, buenos manjares, carruajes y espectáculos. Pero existir ocioso y aislado es beber la muerte á sorbos, agonizar á fuego lento.

— No sé á dónde dirigirme,—dijo aquel,—todo eso me entristece mucho; quisiera ocuparme en algo que me distrajera de mis desconsuelos, haciéndome amar la vida. Lo que tú me dices me dá frio, me desalienta en vez de darme ánimo. A nuestra edad, cuando se cree en la música no se puede soportar el ruido.

—¿Y tú, qué sabes hacer?—preguntó Gris, como si no conociera las aptitudes de su amigo.

Despues de una pausa, reconcentrado, examinándose á sí mismo antes de responder :

— ¡Dios mio! —dijo Augusto con desaliento profundo. — ¡No sé hacer nada!

Sobrevino un largo intervalo de silencio. Por fin:

—No importa,—continuó Gris,—eso basta para hacer fortuna. Actividad, economia, un poco de audacia, constancia; hé ahí todo. Debes olvidar el resto: saber mucho es pernicioso, sentir demasiado es mortal. Se compra á tal precio

para vender á tal otro ; se dice que se tiene tres cuando solo se posée uno ; se hace un servicio para tener derecho á un favor. Eso tú lo sabes y cualquiera lo aprende. Practicarlo es saber vivir.

Y sus frases breves, pausadas, cortándose por bocanadas de humo, dichas con cierto desgano como si tratara de una cosa para los dos indifere[n]te y ya sabida, caían ardientes sobre las esperanzas de Augusto como lluvia de fuego sobre campo de flores.

—¿Y esa es la felicidad, hermano?

—Hermano, esa es la fortuna.

Augusto le estrechó la mano en silencio, y dos lágrimas, las últimas lágrimas se desprendieron de sus ojos.

Placer, amor, juventud, copa rebosante de vino generoso que se desborda en espuma apenas vertido, sin alcanzar á humedecer los labios sedientos. La copa vacía, el cristal duro y frio, eso lo que nos queda.

Julio habia cruzado los brazos sobre el pecho. Inclino la cabeza ; las ondas cenicientas de sus cabellos se derramaron sobre la frente, y de su boca distendida por una sonrisa extraña solo se escapó esta palabra :

—¡Lirismo!

MOSQUITO

. Tiene la chispa de Polichinela sin participar de su fealdad grotesca ; es ingénuo, sin dejenerar en tonto como Pierrot ; su alegría es mas comunicativa y menos aturdida que la de Arlequin. No es una creacion bastarda como el Punch inglés ó el Hanswoorst aleman, y carece de la malignidad del primero así como de las tendencias groseras del segundo.

Tal es Mosquito, siempre bueno y chispeante, siempre travieso é invencible, héroe predilecto de las almas simples y de los bolsillos pobres, arrancando sonrisas á los hombres y gritos entusiastas á los niños ; llevando en su existencia de títere, sobre el escenario del mezquino teatro, una vida azarosa, mezcla de accidentes ridículos y de aventuras romancescas.

Su público le admira y le quiere ; se conmueve

con sus empresas heróicas, sufre en sus tribulaciones y ríe estruendosamente al verle hacer un ademán picaresco ó al oírle proferir una palabra oportuna.

Mosquito hubiera podido llegar á ser caudillo si se hubiera entrometido en política, pero ha preferido permanecer siendo un títere-génio, allí en su mísero teatrillo, y ha continuado tomando parte en todos los dramas y dominando en todas las escenas, dando ejemplos de resignación y de grandeza de alma, enseñando así á ser honrados y bravos muchachos á los individuos de su público.

—

Sin ser pasionista por los títeres, como Bonaparte ó como Cárlos Nodier, dos grandes aficionados, profeso á Mosquito no sé qué infantil admiración y simpatía.

El *Teatro del Recreo*, mansión de ese semi-hombre, es un chiribitillo destartado, pero alegre; la luz del gas baña sus paredes lisas y blanqueadas á cal, sin reflejarse en ninguna superficie pulimentada, sin cortarse en los relieves de ninguna moldura. El diminuto telón es una maravilla de colores, obra de algún aficionado al arte. Delante de él un puñado de músicos de la murga esbozan, en los entreactos, el embrión de alguna tocata informe. El soplo del músico se confunde muchas veces con la nota cascada del instrumento.

El recinto del teatro está continuamente lleno: la concurrencia es siempre de la misma clase; obreros, pequeños industriales, trabajadores á jornal. De vez en cuando aparece por allí, como bajado del cielo, algun grupo de hijos de familia; esas son noches fatales; la funcion termina con intervencion de la policia.

Recuerdo la última noche que ví á Mosquito; era un domingo; se daba el *Mágico rey de Lidia*, pieza de fantasmagoria que es un desmentido ó una mentira histórica. Por mi parte opino lo primero, con los admiradores de aquel.

Esa vez la concurrencia desbordaba. Por el angosto pasillo de la entrada, iluminado por una lámpara encerrada en un farol, contra la pared, circulaban individuos de grandes chambergos, las manos en los bolsillos, los hombros ó los codos manchados con cal, el pantalon muy subido en la cintura, fumando largos cigarros. Me parece verlos todavia, á la luz de ese farol, paseando sus cuerpos pesados y sin gracia, deteniéndose de trecho en trecho para discutir, y accionando mas que discutiendo, respirando una atmósfera impregnada de tabaco con la misma voluptuosidad del que aspira la fragancia de una flor.

Entre telones sonó la campanilla. Los remisos se apresuraron á entrar. Todo quedó en orden. Los espectadores parecian sentirse felices, y de vez en cuando se removian en sus asientos como gentes que se encuentran á sus anchas.

Terminada la sinfonia de costumbre, se levantó el telon. ¡Qué sorpresa! En primer término, á la derecha, una colina; en el fondo toda una cohorte de soldados romanos, teñida por una luz punzó proyectada de entre las bambalinas. Un mismo patron habia servido de molde para todos; estaban recortados en carton; el encargado de hacerlos marchar, acostumbrado quizá á mover el mar en la escena, los agitaba con movimiento de oleage. El vaiven de soldados producía el efecto mas extraño.

Por la colina descendió á saltitos el mágico rey de Lidia, recitando un trozo ininteligible, sin duda sacado del Zend-Avesta, pues que el tal rey de Lidia no era otro que Zoroastro en persona. Es indudable que se preocupaba poco de las modas de su tiempo: calzaba botas de montar y llevaba chambergo adornado con un plumacho á lo bersagliere; al cinto un espadin y en la mano derecha un látigo. Parecía una caricatura de Oliverio Cronwell enflaquecido.

La aparicion de esta singular magestad asiática no causó sensacion en el público: se la miraba como á un individuo á quien se encuentra á cada momento. Por otra parte, era un rey y nada más: no interesaba á nadie.

Detrás de él, descendiendo por la misma cuesta, se dibujó otro personaje ataviado más ó menos como Zoroastro; pero éste era más espigado; parecia hecho de palitos; su larga nariz y sus bigotes retorcidos sobre las barbas

en punta, le daban cierto aspecto mefistofélico, y acentuaba mas su aire picaresco la particularidad de caminar doblando las piernas para delante.

Un movimiento de júbilo sacudió el letargo de los espectadores. La palabra Mosquito zumbó en el recinto por entre bocas abiertas y caras estiradas hácia el proscenio.

Y aquel, con la mayor desenvoltura, palmeó la espalda de Zoroastro.

Los desmentidos á la historia continuaron en todo el transcurso de la pieza, en la cual se hacia la mas extraordinaria combinacion de personajes. Mosquito sobresalia siempre entre tantos magnates, protejiendo á los débiles y prestando servicios al país, al rey y especialmente á los amantes desgraciados, el lado flaco de su benevolencia.

—

Pero donde muestra toda la sublimidad de su carácter, es en « El Degollamiento de los Santos Inocentes. »

Esta obra por su índole altamente dramática, parece confeccionada para ablandar corazones empedernidos; en ella la falta de elocuencia en los actores, está compensada por lo horripilante de las escenas, en el segundo y tercer acto. Sin embargo, ni con mucho alcanzaria el grado mortifero de las otras piezas de esta literatura sui generis: « La creacion del mundo ó el diluvio

Universal» y «Urganda la desconocida», ambas de la mas sorprendente fantasmagoría.

En «El Degollamiento» la estrella de que habla la escritura ha sido ventajosamente reemplazada por Mosquito: él es quien guía á los magos hasta el establo donde acaba de nacer el Niño Dios. Un ángel amigo suyo le comunica los siniestros proyectos de Herodes al mandar de visita á los magos para que se cercioren de la existencia del Mesias. Entonces el héroe, á riesgo de su vida, descubre los planes del rey, y los magos al saber la noticia echan á correr hasta sus paises respectivos, tomando sendas desconocidas.

José queda en el establo con Maria y el niño.

Mosquito al mismo tiempo que hace este servicio, protege á dos amantes desgraciados, albergándolos en su propia casa, en Belen; los hace casar segun las leyes del país, y concluyen por tener un pequeñuelo, como acostumbra los amantes desgraciados. El protector sale de padrino de ese retoño.

Por esa época, Herodes ordena el famoso degollamiento

José estaba á punto de regresar á Nazaret cuando Mosquito acude á participarle la aterradora nueva. Gran discusion entre ambos. Aquel se ha encaprichado en ir allí con su familia, y á este último, despues de una série de incidentes, le cuesta gran trabajo persuadirle de que debe huir á Egipto.

Pero fugar, cómo? José se declara insolvente, y de ser posible un viaje á Egipto, fuera el colmo de la ruina.

Mosquito se enternece y le entrega, en consecuencia, todo su tesoro: un burrito, con el cual se gana la vida. Esa noche acompaña á los prófugos hasta las afueras de la ciudad. Se despide de ellos, aconseja al asno que sea buen muchacho, hace ademán de enjugar una lágrima, y regresa á su hogar.

A su vuelta, qué cuadro de desolacion! Por todas partes lamentos, imprecaciones y llantos. Una partida de policianos con el alcalde á la cabeza han invadido las casas.

Mosquito quiere salvar á sus protegidos, pero ¡ya no hay burrito en qué huir! Sin embargo, jamás se ha arrepentido de una buena accion, y en este caso, como en cualquier otro, sabe afrontar valientemente las consecuencias

Arrebata su ahijado de manos de los policianos, y corre á depositarlo en algun escondite secreto, de esos que solo él conoce.

En seguida vuelve armado con un sable de dimensiones colosales, cuya existencia en Belen estaba léjos de sospechar Herodes. Acude á lo mas recio del degollamiento y arma el mayor tole-tole que haya presenciado la tribu de Judá despues de la muerte de los Macabeos.

Se degüella en toda la línea; los policianos esterminan á los niños, á las mujeres y á los hombres; Mosquito, por su parte, hace una carni-

ceria de soldados, y cruzando las calles que son un campo de batalla, entre el choque de las armas y los berridos de las criaturas, formando un concierto infernal, se pavonea triunfante sobre montones de policianos derribados por su sable De pronto... cae el telon !

Felizmente no ha corrido sangre. Los espectadores respiran al darse cuenta de que aquello es pura ficcion, solo no es ficcion el heroismo de Mosquito; ellos lo saben, y le respetan : no le falta mas que hablar por su propia boca.

Muchos de los concurrentes envidian su popularidad, su buen humor, y su valentía. El vive sin estar expuesto á las miserias que aquejan á los hombres, y no necesita morir para que se sepa que ha existido ; por otra parte esto poco le importa

Cualquiera de sus admiradores desearia poder gozar de los privilegios que él posee : ganar dinero fácilmente, no enfermar jamás, no morir nunca, tener sus virtudes y gozar de su fama ; otros sobre todo quisieran ser como él, no pensar y no sentir, dejar á un hombre el trabajo de ocuparse de esto por un poco de dinero, que aliviara un tanto sus penas aunque no le consuele de sus errores. Mosquito no sufre ni se equivoca. El que lo hace por él, en mas de una ocasion habra envidiado su suerte.

Sin embargo, no constantemente las armonías del aplauso han arrullado su carrera artística; también han habido días borrascosos en su existencia.

Cierta vez, colgado á una ventana recibía indiferente el benéfico baño de la luz solar. Esta ventana, situada á siete metros del suelo en la pared del fondo del teatro, es accesible á las casas de la vecindad. Un travieso concibe la idea de secuestrarlo y la pone inmediatamente en práctica: coloca una larga escalera y trepa por ella hasta llegar al objeto codiciado. Al romper el hilo de que estaba éste suspendido, inclina la escalera con el movimiento brusco de la sacudida y pierde el equilibrio; Mosquito y su raptor van á parar juntamente al suelo, pero el segundo se fractura un brazo.

Después de prolijas investigaciones, los directores del teatro consiguen averiguar su paradero, y al cabo de largas gestiones diplomáticas logran rescatar al cautivo. A la noche siguiente, éste, como si tal cosa hubiese sucedido, se presentaba en escena con todo desenfado, como hombre seguro de su buena estrella.

Otra vez el hecho hubo de tener para él desastrosas consecuencias. Se daba esa noche Don Juan Tenorio. Mosquito estaba inimitable; á su lado Don Juan, Doña Inés, el Comendador, todos juntos desaparecían oscurecidos por su personalidad brillante.

En una escena del segundo acto quedó solo

por un momento. El público le aplaudía con frenesí. Doña Inés debía entrar un instante después recitando una tirada lírica sobre el amor.

En esas circunstancias, una persona que se había hecho sospechosa al público por la elegante corrección de su traje, saca un revólver y apunta á Mosquito desde uno de los palcos de enfrente. Suena una detonación, y la cabeza de doña Inés, que entraba en ese momento, vá á rebotar contra una de las decoraciones. Su cuerpo cayó en lo más patético del monólogo. Mosquito se había salvado otra vez, gracias á su buena estrella. Seguramente al conocer la fatal noticia don Juan debió quedar estupefacto.

Intervino la policía, y esa noche la función terminó en medio de un tumulto.

Entre tanto, Mosquito será siempre invencible.

MOON LIGHT

A BESLAIN

La cruz del sur brilla en lo alto del firmamento, extendiendo á los cuatro rumbos del espacio sus brazos desiguales.

El cielo está oscuro y sereno en la noche callada. Solo la via láctea resplandece allá arriba en medio de las constelaciones lejanas; parece una ráfaga de luz eléctrica proyectada en los abismos de la noche, sobre el polvo estelar de soles no formados.

El aire libre, impregnado de emanaciones balsámicas, envuelve los objetos terrestres en los vagos contornos de las sombras, prestándoles los relieves indecisos y los colores confusos de las cosas que nunca vemos despiertos.

No hay ruido de alas, ni gorgojeos de pájaros, ni zumbidos de insectos.

De tiempo en tiempo un rumor lejano é indefinible, partido de no se sabe dónde, se difunde, pasa y dilatándose vá á extinguirse sofocado en el silencio de la noche oscura. Esos rumores sin nombre, en la sombra, que turban el mutismo de los parajes solitarios, son como la voz de lo ignorado que hablase á lo desconocido.

—

Las aguas reposan estancadas entre los juncos y los árboles de las riberas. En la quietud del río sin oleaje, á trechos bruñido y terso ó de una opacidad sombría, relucen de distancia en distancia los fulgores luminosos de las estrellas; se ven sus rayos dorados hundirse á plomo en la profundidad tenebrosa de las aguas, y temblar en la superficie formando manchas comparables á luz líquida, derramada sobre el color neutro de una placa de acero.

A ambos lados, en las cercanas márgenes, los árboles agrupados á lo largo de las orillas forman grandes masas negras recortadas sobre el resplandor difuso del cielo. Por entre los claros de su follaje se entrevé una que otra estrella, casi al ras del horizonte, medio borrada por las nieblas secas que se levantan de las tierras distantes.

Aun sin distinguirlos con precision se reconocen los sauces en las oscuras masas de árboles, cuyas copas van á caer con languidez, en háces de filamentos negros y como en un desfallecimiento, hasta confundirse con las líneas borradas

de la maleza que crece bajo sus troncos, fundida en la tinta del suelo tenebroso.

Las luciérnagas, gotas de luz aladas, vagan perdidas en lo negro, apagándose á intervalos para reaparecer en otro punto. Algun fuego fátuo ascendiendo hasta la copa de los árboles brilla sin irradiaciones y se desvanece sin ruido.

—

Un punto del firmamento empieza á esclarecerse en el confin del horizonte. Un resplandor lechoso y vacilante, cada vez mas pronunciado, hace destacar neta y vigorosa la línea de la tierra sobre el espacio sin fondo en el cielo. La claridad aumenta absorbiendo con su luz siempre creciente el fulgor de las estrellas inmediatas. El resplandor cambia su tono blanco plateado para acentuarse en el de oro muerto. La claridad aumenta.

No es ésta la risueña luz de la aurora en cuya presencia despierta alborozada la creacion; no es ésta la luz que colora las flores y madura los frutos; no es la que despierta en las aves las melodías olvidadas, y en los hombres el deseo de la accion.

Esta es la luz mensagera de la luna, que en su ascencion á través de la noche apaga los rumores del mundo. Esta es la luz que hace germinar los suspiros y los besos en los lábios enamorados. Es la que elevando el espíritu de los hombres á las regiones puras del pensamiento los arrastra

á la meditacion de los grandes problemas, despues de las mezquinas luchas del dia.

—

Aparece un filete resplandeciente que vá convirtiéndose en segmento de luz.

La luna se alza magestuosa en la serenidad de la noche, sobre la imponente oscuridad de los campos. Su disco se empequeñece conforme vá elevándose hasta las alturas aparentes del cenit; pero la claridad de sus resplandores aumenta á medida que se levanta.

Se diria que los viejos sauces de las playas han sacudido sus cabelleras para saludarla. Las cosas terrestres han recobrado los relieves y los contornos disipados en las sombras que los envolvían. Y los colores dormidos entre esas tinieblas han desaparecido sin despertar del todo al beso tímido de su luz pálida.

Los árboles presentan ya tonos verdosos, débiles y ennegrecidos; la atmósfera se tiñe de azul sin transparencia, y las aguas, encerradas en las pardas riberas cubiertas con los árboles y los juncos, se extienden entre las orillas sombrías, espejeando en juegos caprichosos los resplandores que reflejan.

La luz, al penetrar en el bosque por entre el follaje, estiende sobre el suelo un tapiz impalpable, cubierto de diseños fantásticos. Se piensa en los génios de la noche que empapando sus dedos en la luz de la luna han trazado bajo la

copa de los árboles esos dibujos resplandecientes y ténues, que oscilan sobre el lienzo negro del suelo.

Ni un gorgceo. Los pájaros sueñan en sus nidos, y no han saludado el suave y delicado fulgor del astro que inspira las elegias y alumbrá los idilios.

—

Solo el grillo oculto en la hojarasca ha llamado á su compañera, entonando con el roce de sus élitros brillantes la cancion de la noche. Chirrido áspero y desagradable, sea; pero tambien dulce y tierna melodia, vibracion que no se pierde ni se olvida en el concierto de lo creado.

Esta es la hora en que las yerbas crecen; en que las ondinas aparecen sobre las aguas; en que los elfos y las sílfides danzan al rayo de la luna, en los campos solitarios. La imaginacion se complace en las visiones de cosas estrañas, pero los espíritus de la noche no volverán á encantar las almas candorosas.

Esta es la hora en que los enamorados distantes van al mismo tiempo á la cita espiritual de la estrella predilecta.

Es la hora de la pasion y del pensamiento.

La luz del sol encierra nuestras ideas en el momento presente, siempre fugitivo. La luna, mundo muerto, nos conduce del otro mundo muerto del pasado al mundo no nacido del

porvenir. Y esas dos nadas son á nuestra vida lo que el espacio es á los astros.

La noche es de luna. Huyendo del artificio humano, la poesía baja de los cielos sobre la naturaleza inmortal. Ya no existen los séres quiméricos que en otro tiempo poblaban las noches; la luz del día los ha hecho desaparecer al curar las imaginaciones enfermas.

La noche ha muerto también los fantasmas del día, mas temibles, porque tenían mas influencia en la realidad de la vida. Ha mostrado el espacio infinito cubierto por miríadas de mundos, y el hombre se ha penetrado de su pequeñez, de su miseria y de su ignorancia; es el infusorio que sueña con el poder absoluto y con la gloria eterna en la gota de agua en que se agita estérilmente. La noche desvanece los fantasmas del día.

Y el espíritu se siente sobrecogido por vágos pensamientos.

Entonces el alma queda poseida de anhelos desconocidos y presa de angustias sin nombre; concibe ideas imposibles de formular, siente deseos de cosas que es incapaz de definir. Es como si hubiera entrevisto la sombra de la eterna belleza. Es como si el soplo de la verdad suprema hubiera pasado sobre ella sin tocarla.

.....

La cruz del sur ha descendido de lo alto del

firmamento. La aurora tiñe el oriente con transparencias rosadas, y las vislumbres de la alborada hacen brillar las gotas de rocío en la penumbra de los campos. Las siluetas negras de las aves se deslizan por las altas regiones del aire. La luna ha bajado del cenit. Empieza el despertar rumoroso del día que viene.

COMO VIVEN

EN LA CASA

Es la cuarta vez que Panchita, la mayor de las dos hermanas, cumple diez y nueve años. Con motivo de suceso tan extraordinario como feliz, la familia está de fiestas: pasteles con hojaldre á la tarde, en la comida, y tertulia improvisada á la noche, exactamente como en los años anteriores.

D. Estéban, el padre, empleado subalterno en una reparticion cualquiera, ha obtenido permiso de su jefe para faltar ese dia á sus quehaceres. Compra algunas fruslerias para obsequiar á su hija, y recuerda emocionado el par de zapatillas ó la relojera con que ésta acostumbra obsequiarle el dia de su santo.

—¡Pobrecita, lo que me quiere!—esclama enterrecido,—esas obras las hace á escondidas, sin

que yo sepa nada. ¡Ah! si yo fuera rico ó si Panchita se casara!....

—

Dos amigas de confianza han ido á pasar el dia con la hija de D. Estéban. Cada vez que suena el llamador de la puerta, la casa se pone en revolucion: es algun regalo que mandan.

Panchita está nerviosa, soñadora; tiene no sé qué vega esperanza de que alguna persona que ella no sospecha pueda enviarle algun rico presente; pero no dice nada de esto á sus amigas íntimas.

El dia ha pasado sin que se realicen sus fantasias. Solo tres obsequios se han recibido; ninguno de ellos tiene valor positivo: un pañuelito en una bandeja de flores sueltas, sobre una hoja de papel de oficio recortada y picada en los bordes; un escote tejido á mano, y una almohadilla de costurero hecha con retazos de terciopelo.

Panchita, aunque está profundamente desolada, se muestra agradecida y contenta ante sus amigas. Estas, á su vez, han ponderado el mérito de los objetos, reservándose para despues el placer de criticarlos.

—

La señora de la casa, mísica Filomena, está furiosa con las relaciones que no se han acordado del cumple-años de su hija.

Pedrito, el Benjamin de la familia, de 12 años escasos, ha examinado los regalos colocados sobre la cama de su hermana mayor, y ha manifestado disgusto por no haber entre ellos cosas de comer.

Don Estéban, en persona, se ocupa en rellenar un ave, expresamente cebada para ese día. Mísia Filomena cuida de bañar en almíbar los pasteles al mismo tiempo que atiende el postre; arroz con leche cocido con cáscaras de limon, y polvoreado con canela despues de frio. Entre tanto, no cesa de murmurar de las amigas que no han mandado nada, teniendo medios para hacerlo.

Don Estéban se limita á responder :

— Paciencia, hija, cómo ha de ser! Nosotros tambien hemos de tener algun dia.

Concluidas las faenas en la cocina, la mamá ayudada por su hija menor se pone á arreglar la mesa tratando de variar el miserable aspecto del comedor. Remueven muebles y trebejos; ponen servilletas para las dos visitas y la *duchña del santo*, y sacan á relucir algunos cubiertos de reserva. Ese dia han traído vino en un botellon préviamente lavado con agua de ceniza y granos de maiz. Todos notan con sentimiento la falta de un ramillete con angelito y banderita.

Juan, pobre pardito de nueve años que á fuerza de trabajos y privaciones ha perdido su color de mulato y la poca inteligencia que tenia cuando nació, ayuda á la señora y á la niña, recibiendo

al mismo tiempo órdenes diferentes y reprimendas semejantes. Corre incesantemente á todos lados, arrastrando un calzado hecho trizas, y moviendo su cabeza voluminosa en la extremidad de su cuello ahilado y escrofuloso.

Panchita y sus amigas sentadas á la ventana, mirando á la calle, charlan esperando la hora de comer. Don Estéban, arrellanado en una ruina de sofá cubierta con una funda amarillenta, fuma cerca de las niñas reposando de sus tareas culinarias.

Tiene un aire contemplativo; con la pierna cruzada, se entretiene en mover el pié calzado con la zapatilla que bordó su hija la primera vez que cumplió diez y nueve años; de tiempo en tiempo mezcla una palabra en la conversacion de las jóvenes.

El mulato viene á anunciar que la comida está en la mesa.

Don Estéban no puede contenerse de exclamar:—¡Santa palabral—frase que repite siempre que recibe el mismo anuncio; Panchita pide á sus amigas que la acompañen á hacer penitencia, y todos pasan al comedor transformado con muebles de las otras piezas puestos allí para ese acto solemne.

La comida empieza, servida por la señora que se levanta á cada instante, y el mulatito que no sabe lo que debe hacer.

UN CONCURRENTE

Emilio entra sofocado á su habitacion, son las 7 1/2. Apenas tiene el tiempo necesario para vestirse. ¡Correr tanto para conseguir una levita! Llegar tarde no vale la pena; seria hacer creer que se demora ex-profeso para llamar la atencion. Además bien sabe que la tertulia en casa de D. Estéban es improvisada: lo sabe con una semana de anticipacion.

En fin, empieza á vestirse con toda la prontitud de que es susceptible. ¡Caramba! ¿donde habran tirado la caja de betun? Es en vano buscarla, no se encuentra en ninguna parte. Emilio se resigna á charolar sus botines con el cepillo seco, inútilmente. ¡Y él que pensaba disimular una rotura, á un costado, á fuerza de cubrirla de betun!

Pero, no hay tiempo que perder. Los pantalones, verdaderos mártires de la hidroterapia, han sufrido baños de todo género, á fin de darles un hermoso color negro que ellos se resisten á admitir.

La cinta que guarnece el chaleco está raida en varias partes, y en los bolsillos es de todo punto imposible guardar cosa alguna, de tal manera estan destrozados.

La levita es la pieza esencial, la que dá tono al traje é importancia al individuo. Felizmente ésta es nueva, pero Domingo, el amigo de Emilio, es dos veces mas grueso que éste. Sin

embargo, ese no es un obstáculo sério que impida asistir á una reunion de confianza.

En la camisa, la lavandera ha hecho gala de un escandaloso lujo de añil, y la planchadora ha encontrado el secreto para hacer brotar hilachas en las orillas del cuello y de los puños. Emilio rectifica con las tijeras las líneas que limitan el cuello y los puños.

—

Van á dar las ocho. ¡Qué rabia! los botones de la camisa no quieren entrar en los ojales. La planchadora tiene la culpa, que los pone tiesos de almidon. ¡Cuántos trabajos! ¡Cualquiera diria que va á divertirse!

Por último, Emilio, aunque rabiando y disgustado, ha conseguido vestirse. Son las ocho y cuarto. Toma el sombrero y escapa.

Detrás queda su habitacion semejante á un campo que acaba de ser teatro de la guerra. Cajas abiertas, ropas diseminadas por el suelo, una mezcla sin nombre de cosas que parecen asombrarse de verse juntas.

Emilio va inquieto por su traje, pero procura consolarse haciéndose la reflexion de que la tertulia es de confianza y que de noche no se vé. De todos modos, para ir á una reunion improvisada! . . .

EN EL BAILE

Despues de comer, mísica Filomena ha hecho

trasladar á la sala los muebles del comedor. Las amigas de confianza han ayudado á verificar el arreglo.

Todas opinan que la sala está puesta como la mejor.

A lo largo de las paredes se ha distribuido simétricamente una docena de sillas de esterilla. El piano está esquinado en un rincón, mostrando hácia fuera su forro de un mordoré descolorido; se han asentado sus piés sobre tablitas de cajón de cigarros superpuestas, á fin de que suene mejor. D. Estéban habla de comprar unos platillos de vidrio que él ha visto en los demás pianos. El susodicho instrumento produce una combinacion endemoniada de una parte de sonido por tres de ruido; Panchita culpa al afinador que es quien lo ha echado á perder, y por otra parte la excelencia de las cuerdas hace que se rompan con el mal tiempo: es causa suficiente para que no produzca las melodias á que está destinado. Si no fuera por eso se veria que el piano es de los mas ricos.

Encíma del sofá, puesto de honor para las matronas amigas de doña Filomena, se ostentan clavados en la pared algunos retratos fotograficos pequeños, estampas todas de miembros de la familia que han dado ó fueron capaces de dar gran lustre al nombre de los suyos. Al verlos allí pintados, empacados en posiciones violentas y con aspecto de infelices, nadie sospecharia que son aptos para cualquier cosa

pero es necesario creer á la familia, que naturalmente debe estar más interiorizada que ningun extraño. Más arriba aun cuelga un gran cuadro bordado en lanas de vistosos colores, representando una escena bíblica. Tiene esta inscripcion en letras doradas sobre fondo negro: « Hecho por la niña Panchita N. á la edad de once años ». Es el orgullo de la casa.

En otro rincon, al lado del sofá, sobre una mesita cubierta con una piedra mármol oval, hay una lámpara, la que unida á las luces del piano componen la iluminacion de la sala. Rodeando la lámpara se vé una aglomeracion de chucherias entre las que se destacan dos grandes floreros sin flores; al lado de la base trípode de esta mesa, dos calabazas y dos caracoles enormes completan el adorno. En el piso, desnudo en su mayor parte, se notan varias baldosas rotas ó salidas de su encuadramiento.

—

Al entrar, Emilio se encontró con que no habia un solo hombre en la tertulia. Todas las sillas estaban ocupadas por las niñas, que desde temprano habian acudido á aquella fiesta improvisada. El sofá crugia bajo el peso de tres señoras voluminosas. Una de las señoritas golpeaba una polka sobre las teclas empedernidas, mientras las otras se disponian, aburridas de esperar, á danzar entre sí, haciendo un simulacro de baile completo.

Emilio se vió asediado por todas; contaban con él para que trajera algunos señores; nada mas fácil para él que tenia tantos amigos; ellas esperarían, pues seguramente Emilio regresaría pronto. Ya sabía, la tertulia era improvisada y de confianza; como quiera que estuvieran los otros estaban bien. No se trataba más que de dar algunas vueltas y de pasar una noche agradable. Contaban con su amabilidad.

Emilio prometió, llegó hasta dar seguridades, y salió bufando. ¡Correr de ese modo toda la noche! ¡Para qué se le ocurriría ir allí? Solo á él le pasaban estas cosas. De todos modos estaba bien hecho que le sucedieran; así escarmentaría.

Las manías y las niñas en la sala ponderaban su amabilidad. ¡Qué mozo tan simpático! Era una monada; lo mas bien educado. ¡Qué diferencia con Fulano y Zutano, que eran unos groseros! Este daba gusto; tan atento, tan servicial, tan caballero!..

Su llegada habia sido un rayo de alegría. Seguramente iba á traer muchos otros, y ya en la sala pasaban revista á sus amigos, nombrando á los que vendrían probablemente.

LA PESQUÍZA

¡De polo á polo! Ni un peso para tramway. Veinte y tantas cuadras andadas inútilmente. Ninguno está en su casa esta noche. ¡Vaya uno

á saber en dónde se han metido ! Y no haberse-les antojado dejar dicho á donde iban !

¿Qué hacer! Volver solo, y decir que no he encontrado á nadie, imposible! Ni me creerian, ni habria perdon. Vaya un bonito entretenimiento! Naturalmente, nie han tomado por tonto, y yo tengo la culpa. Esta vez será la última que vuelva á encontrarme en tales enredos. Pero, entre tanto, son las diez y media, ¿Qué hacer? Estoy muerto de cansado. No me queda mas remedio que pasar por el café, como último recurso.

EN EL CAFÉ

—...Pero, estas loco ! ¿Cómo quieres que vaya á un baile en este traje?

—Si te digo que no es baile! Es una tertulia improvisada, de confianza; esa ropa está perfectamente. Vamos, no perdamos tiempo, nos estan esperando y me he comprometido á llevarte. De-seaban que fueras tú.

—¿De veras? Pero... y cómo voy así, con estos pantalones gastados, este saco... ah! y tú estás de levita!...

—Eso no importa; sinó fuera tan tarde me la quitaba; voy á ser el único, te lo garanto.

—Pero es que mis botines....

—Y los míos también; eso no le hace, es una cosa improvisada, de confianza, te lo repito; y además de noche no se vé. Anímate, no me hagas quedar mal.

—Si cuentan conmigo. . . en fin, vamos; pero ya sé lo que nos divertiremos. Te advierto que no voy á estar mas que un momento. Mañana tengo que levantarme temprano.

—Yo tambien, entro y salgo; sin embargo, la cosa no ha de estar mala. La cuestion es cumplir. ¿No sabes dónde encontraríamos algun otro? Siendo tres nos divertiremos más.

—Hombre, ese que está jugando al billar, ese rubio que en este momento mira para este lado, se pinta solo para estas cosas. ¿No lo conoces?

—Nó.

—Te lo voy á presentar, es buen compañero. Asi vamos los tres. Es algo loco, pero recomendándole que esté con juicio, . . . y como no te conoce á tí. . .

—Bueno, como quiera que sea, vamos pronto.

EN LA SALA

Las once y nadie llega. Las niñas han vuelto á bailar entre ellas, parodiando un baile deveras. Probablemente Emilio se ha ido á acostar á su casa, ó se ha entretenido *por ahí* sin acordarse de la tertulia. ¿Dónde se ha visto que las niñas tengan que estar rogando á los hombres? ¡Qué mas quieren ellos!

Todo ruido de pasos en la calle es escuchado con avidez. Ninguno se detiene en el zaguán de la casa. Nadie toca el llamador. ¡Chasquear así á la gentel! ¡Y esta misia Filomena con su Pan-

chita y toda su familia, que manda buscar bailarines á última hora, como quien manda al almacén á traer azúcar! Qué se habrá figurado, ¿Creerá que estamos acostumbradas á estos fiambres?

Y las señoritas continúan, entre pieza y pieza, su murmuración en crescendo.

—

Han llamado á la puerta. El eco sonoro del llamador ha llenado la sala despertando la esperanza en todos los corazones. Las parejas de niñas se han detenido en mitad de un vals.

Los tres jóvenes que han ido á depositar sus sombreros y quizá algun abrigo al dormitorio, sobre el tálamo nupcial, hacen su entrada á la sala, despues de discutir cuál entraba primero. Como por encanto, el piano ha cesado de tocar, y todas las señoritas alineadas en sus asientos, afectando gravedad y modestia, tratan de divisar á los demás caballeros que deben acompañar á los tres que han entrado. Sin embargo, por mas que escudriñan, no alcanzan á columbrar ninguno más. Dos de las más curiosas se levantan con un pretesto cualquiera; tienen sed y van al comedor donde está el ambigú. Al pasar por el dormitorio matrimonial lo revisan de una sola ojeada. No queda ninguno; los sombreros que están sobre la cama, lo prueban: tres mozos, ¡qué miseria! No valia la pena haber esperado tanto.

Otra ráfaga de vida ficticia pasa sobre esa tertulia improvisada. El piano asmático se lamenta bajo la presión de los dedos que trotan por su teclado. Dos sirvientas, prestadas por amigas de la dueña de casa, ceban mate para la concurrencia. Las señoras del sofá se cuchichean cosas reservadas. D. Estéban dormita pacientemente en su silla, en la pieza contigua, con la cabeza apoyada en la batiente de la puerta; un cigarrillo negro, apagado y medio consumido, está próximo á caer de sus dedos entreabiertos.

La música continúa sonando con intermitencias, arrullando las felicitaciones forzadas al cumpleaños de Panchita. Los trajes de los caballeros y el tocado de las señoritas parecen hacer una mueca amarga á esas alegrías improvisadas. Y en las paredes de la sala, en los muebles, en los trajes y en los rostros de los tertulianos, hasta en las llamas de las luces, puede leerse esta frase: *de noche no se vé.*

—

La reunion termina á la una. El santo de Panchita se ha festejado espléndidamente, y es indudable que todos se han divertido. Esa noche, en sus casas, las señoritas antes de rezar para acostarse hacen la mas minuciosa crónica de la fiesta. ¡Ah! cuando eran pequeñas, cuando soñaban con poder usar vestido largo no sospechaban seguramente que pudieran divertirse tanto en tertulias de confianza.

EL AVE DE ZEUS

I

Acabo de leer á Píndaro de Tebas.

« ¡Dadme la lira de Homero, pero sin sus cuerdas teñidas de sangre! » — decía Anacreonte, el poeta de Teos, despues de conocer la epopeya de Ilion, y ¡por Pólux! si Homero es el cantor de los héroes, Píndaro es el cantor de los atletas. Esas armonías inmortales pueden ser gratas al alma estóica de un lacedemonio, pero no conmoveran mi apasionado corazon de ateniense.

Dejemos á otros el noble afan de conquistar el ramo de olivo allá en las riberas del Alfeo; ellos serán los vencedores en la carrera, el pántalo, el cesto y el pancrácio; sabran conducir mas diestramente un carro de bronce sobre ellano de Olimpia; dcmaran mejor un brioso

caballo de Trácia ; pero ninguno de ellos gustará jamás los grandes placeres del espíritu, reservados á los dioses y á los elegidos de los dioses : ninguno de ellos podrá amar con esa pasión que Éros solo enciende en el alma de los predilectos ; ninguno de ellos podrá inmortalizar para siempre el nombre de la mujer amada. ¡ Oh ! aquellos cuya fuerza consiste solo en el vigor de los músculos, no probarán jamás el agua de la fuente Castália consagrada por las musas para templar la intensa sed del génio.

¿ Qué me importan tales rumores de combate ? No seré yo quien entone himnos en su alabanza, envileciendo la lira de Apolo para cantar festines de cuervos.

Gran sosiego reina en mi espíritu bajo este hermoso cielo del Atica, para que intente turbarlo con el recuerdo de escenas sangrientas.

El Destino ha querido que las Horas me sean siempre propicias : las veo deslizarse coronadas de flores y sonrientes para mí, bajo la bóveda celeste. El cuerno de Amaltea ha derramado la abundancia en mi mansion, alejada del bullicio del mundo ; y Páias, la portadora de la negra égida, me ha enriquecido con un caudal de experiencia, sin exijirme el tributo de lágrimas que por él paga el resto de los mortales.

Apartemos, pues, las escenas de fuerza y de violencia, aunque hayan sido cantadas por la lira gloriosa ; Píndaro de Tébas, tiene una estatua en

el templo de Zeus, y en verdad, bien está allí Píndaro de Tébas: el señor de los dioses gusta tener á su lado al águila sagrada.

Entre tanto, hablemos de asuntos mas gratos al corazon de los hombres.

Que ningun bárbaro se escandalice al escucharme: soy un hijo del Atica, que canta para sus hermanos, los demás hijos de la Hélada.

II

Diosa de los bellos ojos azules, Pálas Atenea, presta inspiracion á mis palabras para cantar á Corinto!

¡Oh! Alalá, tú que al pasar imprimes una huella sangrienta, no turbes con los golpes de tu lanza la dicha de sus moradores; allí los acentos viriles de la danza pírrica se han trocado en cadencias de voluptuosidad inefable, y en vez de rudos cantos guerreros solo encontrarás tiernos arrullos de amor.

Es la segunda hora de la noche, y sus habitantes acostumbran á divertirse ruidosamente. Es ya la hora de los festines.

Térpsias, el mas hermoso y elegante entre los jóvenes de la gran ciudad, daba un convite soberbio. Los invitados eran cincuenta para cincuenta hetáiras, elegidas entre las mas jóvenes, entre las mas bellas y entre las menos cortesanias.

El plectro de marfil hacia vibrar las sonoras cuerdas de la cítara; sonaban las flautas, y las

carcajadas de los comensales atronaban el recinto; una ligera niebla de perfumes suavizaba las luces de las lámparas; y las ánforas de Knido, de contornos esbeltos, yacian repletas de vino de Lesbos, de Maronea y de Flionte. Anchas cráteras abiertas y rebosantes de licor eran continuamente vaciadas por los convidados y vueltas á llenar por esclavos de formas atléticas y piel bronceada. Guirnaldas de frescas rosas orlaban aquellas cabezas juveniles, y sus cuellos estaban rodeados por collares hechos con pétalos de las flores mas fragantes, fijados sobre cortezas de tilo.

El dios del tirso, adornado con pámpanos y hiedra, Dionysos, el risueño hijo de Semele, se hubiera estremecido de gozo al presenciar aquella fiesta, y el viejo Sileno no hubiera trepidado en lanzar el grito de las fiestas orgíacas: ¡Evohé! ¡evohé!

Esos jóvenes reian como enloquecidos y bebían como semi-dioses.

III

Térpsias, presidiendo el banquete, estaba soberbio de belleza viril. Cuatro guirnaldas adornaban su cabeza y su busto digno de ser modelado en bronce por Skopas.

Recostado con indolencia sobre tapices de Cartago, acariciaba blandamente la graciosa cabeza de su compañera.

Era esta una niña de esas que los mercaderes del Archipiélago envían para satisfacer la sensualidad de los hombres opulentos; se llamaba Fliyra. En ella los ligeros contornos de Artemis ocultaban, como una promesa de los dioses, los magníficos encantos de Kypris. Su cuerpo tenía el color, el perfume y la frescura de las hojas de rosas que coronaban sus sienes; sus mejillas ostentaban los suaves matices de las manzanas de Eubea, y sus cabellos embebidos en esencias y entrelazados con flores, eran negros como sus grandes ojos chispeantes. La expresión de su fisonomía era un conjunto de pureza y de pasión á la vez, y en su mirada no brillaba ese destello lúbrico que anima la de las cortesanas.

Hasta esa noche había sido virgen de cuerpo como de espíritu.

Vestia una ligera túnica de ese color de aurora que despierta los deseos; una túnica hecha del tejido tan leve en que solo son diestras las mujeres de Laconia. Sus brazos y la extremidad de sus piernas estaban desnudos y adornados con anillos y espirales de oro bruñido; sus pies descubiertos sobre la flexible sandalia.

Térpsias la estrechaba, oprimiéndola sobre su pecho, agitado por angustias que nunca había sentido al lado de ninguna otra mujer; Filyra se había quedado pensativa confundiendo su mirada en la mirada de su compañero. Los demás continuaban bebiendo bulliciosamente, pero éstos habían cesado ya de beber y de reír.

Al lado de Térpsias habia una gran copa de oro cincelado de que solo él hacia uso: era un noble presente con que, segun la tradicion, fué obsequiado uno de sus antepasados por Hefais-tos, el que forjó el escudo de Aquiles en las frá-guas infernales.

Cuando hubo llegado el momento de arrojar en el vino los pétalos de las flores, Térpsias y Filyra confundiendo las hojas de sus guirnaldas en el licor de la copa, juntaron sus lábios hasta tocarse dulcemente, apurando al mismo tiempo y en el mismo vaso la onda embriagadora que mezclaba las hojas de las rosas.

—Qué bueno es beber así —dijo Térpsias.

—Y qué bello debe ser morir bebiendo de esa manera,—agregó Filyra.

—Aparta esos pensamientos,—replicó él;—queden los dolores para otros mortales menos felices; es tentar á los dioses el hablar de ese modo en estos momentos dichosos. ¿Acaso su-fres á mi lado?

—Térpsias,—contestó ella,—hé aquí el pensa-miento que me entristece: estas bebidas y estos manjares no son menos agradables ni menos excelentes porque los hayas pagado; pero con el amor no sucede lo mismo, y tú has compra-do mi cariño de esta noche asi como compras esas bebidas y esos manjares. Los higos de Ro-das ocasionan siempre sueños deliciosos, aunque sean adquiridos por dinero; pero con el cariño

no sucede lo que con los higos de Rodas. Si quieres mi amor, dáme amor en cambio....

Ambos callaron, y los besos, de invisibles alas, volaron y confundieron la esencia de sus dos espíritus.

Eros los había herido á traicion con la misma flecha de oro.

IV

Desde entónces Filyra fué la compañera de Térpsias; y el amor, al verificar la fusion de sus almas, las había purificado y ennoblecido. Él se creyó indigno de la pasion que inspiraba; sentia dentro de sí ambiciones inmensas, deseos insaciables; Eros le infundió fuerzas sobrehumanas, enardeciéndole con el fuego de su antorcha misteriosa, y Térpsias quiso asemejarse á los dioses inmortales, para merecer la felicidad que había conseguido.

Reunia la belleza á la juventud y la gracia, pero deseó aumentar el caudal de la vida, deseó concentrar la vida; y empezando á acumular riquezas, sextercio por sextercio, consiguió formar una verdadera colina de oro. Con ellas se había conquistado mayor suma de libertad, de bienestar y de placeres: ensanchaba los límites de su existencia, y de ese modo se asemejaba á los que habitan la cumbre del Olimpo.

Una vez poseedor de inmensos caudales, se consagró al estudio para adquirir la ciencia, re-

servada á los que han aprendido el lenguaje de la naturaleza, comprensible solo para los iniciados en sus grandiosos secretos. Su paciencia y constancia salvaron los obstáculos en la árdua prueba á que se habia sometido, y al cabo de algun tiempo le pareció que una intensa luz suave y tranquila acababa de surgir en su alma; poseia ya eso que los mortales llamamos sabiduría: el conocimiento de las leyes establecidas por los dioses y el de los pactos convenidos por los hombres.

Pero el amor y la juventud, la gracia y la belleza, la fortuna y la ciencia, no pudieron calmar sus deseos insaciables: ambicionó el poder, para jugar con la suerte de los hombres y ser así semejante al Destino inflexible. La constancia y la paciencia habian contribuido á darle la sabiduría: la astucia y la audacia le hicieron conquistar el poder; y Térpsias, al entregar el mando cuando hubo terminado el período de su gobierno, bajó rodeado de las bendiciones de sus conciudadanos, en medio de la fortuna próspera que habia sabido propiciarse de los inmortales para su pueblo.

Pero, tales bienes en vez de saciar sus ambiciones, despertaron en su alma la sed de una gloria mas pura, mas brillante y mas duradera.

V

Una noche, mientras dormia con la cabeza reclinada en el seno de su compañera, bendecido

por las Gracias, soñó que estaba en sus manos la lira de Apolo y que de su frente, coronada de mirtos y laureles, irradiaban resplandores sagrados. El, cantaba pulsando la lira sonora, y la multitud escuchaba y aplaudía sus cantos armoniosos. Su nombre, grabado en letras de oro, era venerado en todos los templos de la Hélada y repetido con admiración por todos los hombres. Era un poeta cuya fama podía compararse á la de Homero, el cantor de los heróicos tiempos pasados.

Al despertar, refirió á Filyra este agradable ensueño.

— Tu nombre y el mio, — la dijo, — serán repetidos en las edades venideras y conservados con amor en la memoria de los hombres. Es así como viven los dioses inmortales.

— Amado mio, — preguntó ella, — no basta mi amor para saciar tus deseos ?

— ¡ Oh ! Filyra, basta el imperio del mar al carro de Poseidon ; pero es necesario el poder de un Dios para abarcarlo completo y eternizarlo en la inmortalidad de su nombre. Yo quiero que nuestro amor no muera cuando Atropos nos llame al reino de las sombras.

VI

Así como habia adquirido la riqueza, la sabiduría y el poder, Térpsias deseó que las musas, de negros cabellos, le fueron propicias. Se hizo enseñar los secretos del arte divino por los doctos

en la poesia y en la elocuencia; y, con ardor incansable, estudió los modelos que le presentaban los grandes maestros; sin embargo, desgraciados fueron sus ensayos, sus cantos quedaron envueltos en el silencio y en el olvido: no hubo para ellos ni alabanzas, ni sátiras; no despertaron ni un eco. Pera el desaliento no anidaba en el alma de Térpsias, y siguió siempre perseverante en el estudio, sin conseguir jamás persuadir, convencer ni conmover á los hombres.

Un dia, un sábio dijo á Filyra:

—Mientras Térpsias posea tu amor y sus riquezas, mientras sea dichoso, las musas le negarán su proteccion divina: la poesia es flor que solo se abre con el rocío de las lágrimas.

Filyra meditó largamente las palabras del sábio, y cuando se hubo convencido de que su inmenso amor suscitaba la envidia de las musas, tomó una resolucion suprema, de esas que únicamente estan reservadas para los corazones amantes.

En ausencia de Térpsias, hizo llenar de flores un departamento, donde tantos goces le habian sonreido.

Un artista, combinando la fragancia y el color de esas flores, tapizó con ellas las paredes, y cubrió el suelo formando muelle alfombra.

Filyra, adornada solamente con la casta desnudez de una divinidad, se encerró en ese departamento, y, flor viviente, fué á unirse sobre la alfombra con sus hermanas de los campos.

VII

Cuando Térpsias regresó y fué á beber en los lábios de su amada la palabra de amor que alentaba su vida, la encontró allí, sobre el lecho de flores, desnuda como éstas y fria como una gota de rocío. A esas horas su espíritu quizá vogaba en la barca del Aqueronte, sobre la onda oscura del Leteo.

Térpsias cayó sin conocimiento, al lado del cuerpo de su amado.

Al volver en sí, le pareció que un profundo silencio y una soledad inmensa se habian producido dentro de él; por primera vez se sintió quebrantado ante el infortunio, y en su intensa desolacion maldijo á los dioses inmortales.

Filyra, al prepararse á la muerte, habia dejado sobre una placa de marfil esta inscripcion, que era á la vez su único adios :

—A TÉRPSIAS: CANTA, AHORA QUE SUFRES. Y cuando el dolor hubo menguado en violencia, quedando mas tranquilo, pero mas intenso, Térpsias, arrancando fúnebres notas á la lira cantó el tremendo martirio de su corazon; pero, como antes, la música de sus cantos se extinguió sin repercutir en ningun otro corazon desesperado: la expresion no alcanzaba al sentimiento: el poeta no podia nacer en el hombre.

Entónces, poseido de la mas intensa amargura, se trasladó á Delfos, á escuchar la voz inspirada de la pitonisa en el trípode sagrado.

La pitonisa le dijo :

— El águila es el ave de Zeus. El águila nace águila. Solo ella puede, sin temblar, lanzarse en medio de las nubes tempestuosas surcadas por el rayo; solo ella puede contemplar el mundo desde el trono de la divinidad. Es en vano que la ciencia de los mortales pretenda revestir á cualquier otra ave con el plumaje del ave de Zeus. El águila nace águila.

ESTELA

*Une mélancolique et piteuse chanson,
Respirant la douteur, l'amour et la tristesse;
Mais l'accompagnement parle d'un autre ton.*

MUSSET.

I

Se llamaba Estela.

Los perros así como los hombres no tienen derecho para elegir el nombre que han de llevar durante toda la vida; por eso tienen que adoptar como distintivo de su personalidad el que á otros se les antojó aplicarle, sin tener para nada en cuenta la voluntad del agraciado. Protestas, súplicas, rebeliones, todo es completamente inútil: el nombre es implacable.

Cuando á uno le han dicho Sinforoso al nacer, continuarán amargando despiadadamente sus días, llamándole Sinforoso hasta morir, y

despues, no ha de faltar todavia algun marmolista que por encargo de los deudos del difunto considere un deber grabar en la lápida: « Aquí yace Sinforoso. » Y el aborrecido nombre quedará como un ángel malo sentado sobre la tumba.

Bien puede descomponerse el cuerpo y anadarse el alma; siempre durará el nombre, no diré que en la Historia ó en el recuerdo de la familia, pero al menos sobre la piedra tumular, en las cuentas de cualquier acreedor ó en algun registro de elecciones; cuando uno muere se le restituyen todas las buenas cualidades que se le han negado en vida, se le agregan generosamente otras que no ha pensado tener, y se le conceden los derechos civiles que igualmente se le han negado en vida. Tales somos: empezamos á saber cuando no podemos aprovechar, y empezamos á votar cuando concluimos de vivir.

Sinforoso, pues, será repetido y hasta perpetuado por el contagio del ejemplo; sabido es que los malos ejemplos son los que obtienen más éxito.

Luego, no debe estrañarnos que un perro se llamara Estela. Con este nombre, casi impropio de un can honesto, le habia ocurrido á su amo bautizarle, quizá para vengarse en él cuadrúpedo de alguna belleza ingrata, insensible á su cariño. Por otra parte, el pobre animal, Estela, el perro, estaba habituado á ello, y sin manifestar enojo

ni sorpresa acudia al llamado de su dueño, convencido de que no habia mas Estela que él en el universo.

Todo el mundo, ó lo que para él equivalia á todo el mundo, los amigos de su amo y los chicos de la vecindad, le nombraban de la misma manera: los primeros para echarle fuera cuando incomodaba, lo que sucedia con frecuencia, y los segundos para tirarle de las orejas so pretexto de acariciarle. En este último caso, cuando era víctima de los muchachos del barrio, enviaba siempre á los perros que eran tirados de la cola, y los chicos, por motivos de todo punto opuestos á los del can, deseaban exactamente lo mismo. Pero tales aspiraciones no llegaron á realizarse, por la sencilla razon de que el pobre carecia de ese hermoso apéndice.

¿Habia perdido la cauda por accidente ó era rabon de nacimiento? El mismo lo ignoraba. Pero cifraba en ella toda la felicidad á que puede aspirar un perro que desea hacer carrera en el mundo.

Estaba convencido,—era lo único importante que sabia por esperiencia,—que las colas perdidas no vuelven á renacer, y sin embargo, la esperanza, la esperanza !.... Ya tenia lo suficiente ó mejór dicho le faltaba lo suficiente para no poder ser feliz jamás ; quizá por eso mismo se obstinaba en fijar la bienaventuranza de un perro rabon en la imposible adquisicion de una cola. Entre tanto se consideraba el mas desdichado

animal de la especie, y en sus momentos de amargura formulaba en su pobre cerebro canino pensamientos que pueden traducirse así en el idioma de los hombres:—No poder andar como el perro del carnicero, con la cola levantada!..

La verdad es que la suspirada cola no habria realzado mucho su belleza. Era raquítrico, de pelaje gris amarillento, fácil de confundir con el color del polvo en el que era muy afecto á revolcarse. Parece que la madre fué una perrita escocesa de la que habia heredado descomunales bigotes lanudos, cejas encrespadas ocultando ojillos relucientes, y una extraordinaria pasion por martirizar ratones. En cuanto al padre ¡quién sabe! se admitia como probable que solo hubiera transmitido á su vástago la cualidad de carecer de cola. ¡Se pierden tantas cosas por herencia!.

II

Como hemos visto, Estela tenia poco que agradecer á la Suerte, esa cruel madrastra de los perros rabones. En cambio, debia estar grato para con sus progenitores, parientes ó simples conocidos: ninguno de éstos le hizo sentir jamás que si él era perro era debido á ellos, y por cierto que tenian razon para vanagloriarse de haberle hecho nacer y formado individuo de la especie canina, pues bien pudo haber resultado mono de organito, hombre, sapo ó cualquier otro animal repugnante ó simplemente desgraciado.

¿Hubieron de correr iguales riesgos los dichos progenitores y parientes? De cualquiera manera tal consideracion influye poco cuando se trata de demostrar un beneficio.

Por su parte, Estela se hubiera contentado con obtener de aquellos una cola abundante y erguida, un cuerpo mas robusto y de pelage mas distinguido. A falta de estos dones habríase de otro modo considerado dichoso con que le aceptaran en devolucion los bigotes y las cejas de que tan pródigamente le dotáran, en vista quizá de lo útil que podia serle en la vida el aire de familia.

¡Ah! pero ambas cosas eran improbables. Cuando cachorro, segun ahullaban sus protectores, habian hecho por él todo género de sacrificios, con muy buen éxito; pero ahora ya era grande, y á su edad es imposible que un perro cualquiera pierda las cejas y los bigotes que le han acompañado desde que vino al mundo. ¡Cuántos sacrificios y abnegaciones! En compensacion los parientes solian gruñir cuando acertaba á pasar cerca del hueso que roían.

El hocico maternal que peinaba cariñosamente sus lanas y lamía los mordiscos que conquistaba en las refriegas fué el único que no se volvió nunca contra él. Pero una vez separado bruscamente y para siempre de este hocico protector, se encontró solo, al lado de un amo desconocido.

Los primeros dias de la separacion fueron terribles; casi llegó á perder el apetito. ¿Y des-

pues? Despues... los perros tienen la mala costumbre de olvidarse, y eso que nosotros llamamos consuelo no és mas que una forma del olvido. Así, entre los hombres, la santa resignacion suele ser máscara de la indiferencia impotente.

Estela, pues, se consoló cuando el recuerdo de los suyos quedó marchito en su memoria. Empezaba á encontrarse bien en la casa á donde le habian llevado; tenia carne y agua en abundancia, y su amo le trataba algo mejor que á la servidumbre. Sin embargo, en los dias de mal humor, cuando aquel reprendia á los criados, éstos tomaban la revancha en el pobre animal. Por eso al único á quien profesaba cierta simpatía era al cocinero, pero en cambio el muy taimado solo le alimentaba para atribuirle la responsabilidad de todo lo malo que hacia:

— ¿Quién rompió el espejo?

— Estela.

— ¿Por qué está crudo el asado?

— Por culpa de Estela.

— ¿Se han fumado los cigarros?

— Es Estela.

El amo, aunque afectaba creerle autor de esas asombrosas travesuras, no por eso le demostraba menos cariño y de cuando en cuando solia mostrarse clemente hasta con el mismo cocinero. En sus momentos de buen humor repetia como el otro: « cuanto más conozco á los hombres, más quiero á los perros. » A pesar de eso, el mediano

afecto que profesaba á estos nobles cuadrúpedos, no fué suficiente para impedir que acaeciese un accidente lastimoso.

Al poco tiempo de permanencia en su nuevo domicilio Estela gozaba de dicha inefable, aunque algo turbada por la preocupacion de la cola, que ya comenzaba á inquietarle en los escasos momentos que dedicaba á reflexiones filosóficas. Sin embargo, el hueso envuelto en carne succulenta, que roía por puro pasatiempo; el pedazo de blanda tierra en que se tendia á la bartola, bañado por el sol, bajo el cielo azul, y el agua fresca y límpida bebida á lengüetadas, que sembraba de gotas trasparentes sus poblados bigotes, eran bienes positivos bastante poderosos para deterrar las cavilaciones mas recalcitrantes.

Y pasaron tres meses en esa beatitud.

Cierto dia el amo convidó á comer á un alto personaje de cuya influencia necesitaba para realizar un negocio que segun sus cálculos daria pingües beneficios. Todo estaba preparado con habilidad para atrapar al hombre influyente, — que era además buen gastrónomo, — en el momento de la comida. Esto nada tiene de extraño, los hombres influyentes pueden ser consumados golosos, y aun hay algunos que prefieren los líquidos á los sólidos. Pero nuestro anfitrión habia contado sin su cocinero.

La comida que prometia ser tan interesante, embellecida con expansiones y abandonos, fué simplemente fria y ceremoniosa; muchas dis-

culpas por parte del anfitrión, mucho descontento políticamente transformado en cumplimientos, como se transforma un bostezo en un suspiro por parte del invitado. Aquel había arreglado la comida para insinuar su famoso negocio, como quien coje un abrojo con un guante perfumado. Ahora había desaparecido el guante; quedaba solo el abrojo con sus púas herizadas sobre la mano desnuda. El cocinero se había mostrado insoportable; parecía á propósito: todo estaba quemado, mal aderezado, y con una profusión de sal capaz de molestar hasta el gáznate de un personaje importante como el huésped. Este, que mas de una vez se había visto obligado á tragarse cosas muy mal sazonadas, no pudo ya contener un gesto de disgusto cuando llegaron al café; tenía un olor indiscreto á pelo chamuscado. Ya en la salsa habíanse hecho notar ciertos pelillos sospechosos. La negociacion fué imposible.

El cocinero fué despedido esa misma noche. Pero, antes de abandonar la casa había lanzado la palabra de perdición: « Señor . . . es Estela ! »

¡ Calumnia ! Pero la difamacion siempre hace su camino en el mundo, ya sea perro ú otro animal la víctima elegida. Se cuenta de un cuáquero que yendo á gran galope en una mala cabalgadura fué atacado por un mastin en un camino solitario; la caballeria al sentir los mordiscos en sus jarretes hizo algunas cabriolas y derribó al cuáquero. Este á duras penas con

siguió ahuyentar al perro, y recuperar su asiento en la montura. A pesar de su carácter evangélico meditaba la venganza que habia de tomar; —« Mi religion me prohíbe verter sangre, — dijo al perro, — no puedo matarte; pero no importa, yo te desacreditaré. » Continuando su marcha encontró á poco andar unos labriegos: « Tened cuidado, — les gritó, — en aquel sitio acabo de encontrar un perro rabioso; tened cuidado. » — Y el cuáquero continuó su camino. Pero los labriegos, juntándose en mayor número, se armaron y dieron muerte al pobre perro desacreditado. La calumnia, verosímil ó no, habia producido su efecto.

Por eso, á la mañana siguiente, Estela fué arrastrado á remolque y llevado ante su amo enfurecido, el que le administró algunos golpes para calmar la exitacion de sus nervios, y en seguida le entregó.... ¿A quién? No me atrevo á decirlo. Yo hubiera deseado que lo hubiera puesto en manos del verdugo, lo que habria sido mas romántico para mi historia, y quizá mas agradable para Estela. Desgraciadamente, y con perdon de los oidos delicados, debo consignar que fué entregado al basurero.

¡Oh, prosa de la vial! ¿Por qué existen los basureros?

Pero, me apercibo que la pregunta es bastante indiscreta. Los basureros son tambien hombres, y los poetas elegíacos, que al fin y al cabo lo son igualmente, sostienen que el hombre

es un dios caído. Esto es consolador, por lo menos. Sin embargo, debemos convenir en que el oficio de basurero es un tanto inconveniente para un dios expatriado.

A esta categoría pertenecía pues el individuo á quien fué entregado Estela; el amo mandaba que lo llevara lejos, muy lejos, lo matara, lo desmenuzara.

Entonces, el mísero animal, en medio de su dolor inconsolable, al presentir que estaba perdido para siempre, comprendió todo lo que un perro rabon tiene que sufrir en el mundo. Si hubiera meneado humildemente la cola, el corazón de aquel se habría conmovido, y le hubiera perdonado. Pero ¡ahl el infeliz no tenía cola.

III

Camino del Gólgota. Estela iba atado á una cuerda muy corta detrás del carro del basurero; tenía que llevar el pescuezo en continua tensión, levantado á fin de no quedar suspendido. Cuando se echaba hácia atrás resistiéndose á seguir, la cuerda inflexible tiraba de él hasta estrangularle, y cuando el carro se zangoloteaba en el terreno desigual ó los caballos apuraban la marcha, sufría el sentenciado tormentos indecibles. En ciertos pasos difíciles, mientras ascendían una lomada, su cuerpo se arrastraba sobre alguna huella profunda, al costado del vehículo.

Uno que otro mordizco de perro callejero, y

varios golpes de pilluelo cruel, aplicados al pasar, hacian mas desesperante su situacion. El mismo carro le causaba terror pánico ; mirábalo como á una cosa con vida, que le arrastrara voluntariamente para mortificarle.

¿Qué habia hecho él, pobre inocente, para ser maltratado así? Y bien, tener un amo. Es sabido que cuando los amos hacen un mal negocio los perros tienen mucho que sufrir. El caso era sencillo.

Por otra parte, no habia esperanzas de salvacion : el basurero era un hombre honrado. Le pagaban diez pesos por matar á Estela, y él destinaba esta pequeña suma á la adquisicion de unos escaarpines para el hijito adorado que le acababa de nacer. ¡Qué diablos! es necesario buscarse la vida.

Así llegaron hasta el parage solitario, en las afueras de la ciudad, donde se depositan los residuos. Una vez despojado el carro de su contenido, el hombre se aprestó á cumplir su compromiso. El deber ante todo.

Desató la cuerda que sujetaba al condenado á la parte posterior del vehículo, y por un segundo quedaron los dos, hombre y perro, frente á frente, cada cual en una estremidad del cable.

Era la hora del mediodia. El sol de Enero, cayendo á plomo sobre los campos, hacia doblegar mústias las hojas de las yerbas. El follage, en las arboledas cercanas, estaba inmóvil, no agitado por ningun soplo. Los rumores distantes

de la ciudad se extinguían en la sonnolencia de las cosas. Había cierta solemnidad en el recogimiento de la naturaleza inundada por el calor y la luz; parecía una vírgen suspensa en el éxtasis de un beso ardiente.

Por desgracia, sentimos confesarlo, ni Estela ni el buen hombre tenían el sentimiento de la naturaleza. Ambos preferían una hora de siesta á un día de contemplación, y no hubieran vacilado entre un pedazo de carne y un fragmento de poesía. Era verdaderamente extraño que animales de gustos tan análogos no simpatizaran entre sí. Pero diez pesos pueden ser causa suficiente para que un basurero y un perro, nacidos el uno para el otro, no consigan entenderse.

Estela estaba cubierto de lodo, y apenas podía menearse; su lengua colgaba por un costado de la boca jadeante. Contemplaba al hombre con ojos estupefactos.

Este, después de haberle mirado á su vez, no sin algún recelo, buscó á su alrededor un objeto cualquiera, palo, piedra, botella, para arrojarlo á la cabeza del perro. Por más que escudriñó con la vista el terreno en torno suyo, no encontró nada. De pronto, al hacer un movimiento, tropezó con una cosa dura: era una piedra; estaba salvado, ó lo que es lo mismo, Estela estaba perdido.

Se inclinó para levantarla.

En ese instante dos ideas poco tranquilizadoras acudieron á su mente de hombre honrado:

Si no acertara á pegarle con la piedra! ¡ Si el animal le acometiera á morderle! — Y contuvo su mano próxima á armarse con el pesado objeto.

Examinó de nuevo á Estela.

El cuadrúpedo parecia tener vaga conciencia de su situacion; por lo menos los golpes y el cansancio le habian extenuado hasta el punto de quitar á su endeble cuerpo los pocos brios con que podria acometer á un hombre, en su estado normal. Se diria que empezaba á morir. Estaba quieto, mudo como perro embalsamado.

Su sacrificador le creyó orgulloso al observar que su cola no estaba enroscada entre las piernas, como acostumbraban á llevarla los perros sensatos, en trances parecidos. Tampoco la tenia levantada, ni de ninguna otra manera mas ó menos graciosa. ¿Qué demonio habia hecho de su apéndice? ¡ Ah! ya caia en ello: este animal pertenecia á la mala raza de los rabones. ¿Qué compasion podia sentir hácia un perro que no la solicitaba?

Al considerar lo inofensivo de ese pobre sér impotente, el hombre se avergonzó de haber vacilado por un instante; sin embargo, se reprochaba la maniobra inútil de haber desatado la cuerda.

Decidió á concluir de una vez con sus hesitaciones, alzó la piedra. Entónces el perro dió señales de vida irguiendo las orejas; de su hocico entreabierto brotaba un encaje de espuma.

El basurero levantó el brazo armado para aplastar al fin aquella cabeza, pero rápido, instantáneo, pasó por la suya un pensamiento aterrador: — « ¿Por qué quiere matarle su amo? ¿Será porqué está enfermo? Si estuviera rabioso! Si estuviera rabioso! » — Y esta duda angustiada, aferrándose cada vez mas su cerebro se convirtió en convicción, gracias al miedo. Por otra parte, el aspecto de Estela que no indicaba buena salud, y la estación canicular favorable á la hidrofobia, aumentaban los temores del buen hombre. Convertido en estatua por ese maldito pensamiento inoportuno, no se atrevía á bajar el brazo cargado con la piedra, ni á soltar la cuerda pensando que el menor movimiento podia provocar las fúrias del perro.

En caso de fuga, éste podia perseguirle, y lo que es mas grave alcanzarle, morderle, comunicarle la rabia.

Ya se creia hidrófobo, blasfemando, despedazándose á sí mismo, y muriendo en la mas espantosa agonía. Su mujer, su hijito recién nacido y su hijita mayor ¡qué no hubiera dado por encontrarse al lado de estos seres que adoraba! Lloraba de amor por todas las felicidades que el mundo brinda á los basureros, y que él estaba próximo á dejar para siempre. Por eso, sintiendo bondad infinita, queria abrazar á Pichin, un paisano suyo que le habia robado el producto de diez años de trabajo.

Entretanto, el te rible perro estaba ahí, frente

á él, al otro cabo de la cuerda; habíase sentado y parecía tener singulares deseos de ahullar. El hombre, pálido por la angustia, con la cuerda en una mano y la piedra alzada en la otra, sentía irresistible anhelo de ser tragado por la tierra. El instante que duraba la escena concentraba para él las emociones de un año.

De pronto, en uno de los grandes montones de desperdicios que rodeaban á nuestros héroes, resonó un chillido agudo.

El basurero como si hubiera recibido una descarga eléctrica, sintió una sacudida terrible; algo inesplicable acababa de pasar.

Cuando pudo darse cuenta de lo que sucedía, se encontró encaramado en la parte más elevada de su carro, sin piedra, sin cuerda, sin perro. Había trepado hasta allí como si le acabaran de brotar alas en alguna parte del cuerpo.

Abajo, como á cincuenta pasos de distancia Estela arrastrando la cuerda luchaba contra un raton enorme, el mismo que acababa de producir el chillido, determinando el ataque del perro atontado y la fuga del hombre. El raton acababa de salvar á Estela de la muerte inminente, pero pagaba con su vida la imprudencia de hacer bien, sin saberlo.

Desde lo alto del carro empinado, consideraba el buen padre de familia con qué voracidad era almorzada la rata.

—Esponerse un hombre indefenso,— pensaba,— á ser devorado así por un perro rabioso.

Yo soy hombre, esto es claro; él es perro, esto tambien es claro. Bueno, yo soy un hombre y él es un perro; ese otro era un raton. El perro ha cazado al raton; quiere decir... sí, eso quiere decir... ¿Qué querrá decir?...

Mientras discurría abismado en tan sabios razonamientos, Estela dejaba por pura buena crianza la cabeza de su víctima y se alejaba á campo traviesa, ufano de haber recobrado su libertad.

IV

Su único pensamiento era buscar á su dueño; en su cerebro las nociones de alimento y refugio estaban íntimamente unidas á la idea de amo, pero aparte de eso sentíase llevado por un noble instinto algo parecido á la lealtad ó al cariño, y más poderoso que el interés del alimento y del asilo. Además como ignoraba la magnitud del peligro que acababa de correr, y la participacion que su dueño tenia en sus desventuras continuaba considerándolo como á divinidad protectora.

¿Pero, cuál era su casa? ¿Dónde estaba el amo? ¿Por qué no acudia en su socorro, él que que debia comprender su angustia? Ya habia recorrido algunas calles de los suburbios y empezaba á internarse en los barrios centrales, deteniéndose á veces para olfatear á los cuatro vientos, sin encontrar en el aire, ninguna emana-

cion simpática, ó siguiendo la huella engañosa de una pista falsa. Ni una cara conocida en todo ese laberinto de edificios altos y de calles muy largas que iban hasta allá lejos, á donde nunca habia andado. Todos los perros que le salian al encuentro le eran estraños, y por cierto que se lo hacian notar; á cada paso tenia que detenerse para que se practicara un reconocimiento en su persona, aunque generalmente preferia adelantarse á toda carrera, medio eficaz para hacer menos desagradables este género de conferencias. ¡ Ningun amigo, ninguno que se compadeciera de él entre tanta gente y entre tantos animales! ¡ Ni siquiera pasaba por ahí ese soberbio perro del carnicero, con su cola levantada!

Sufria con estoicismo, y arrastrando la cuerda atada al cuello buscaba á su amo con la tenacidad desesperada del que se vé rodeado de peligros y solo cuenta con una probabilidad de salvacion.

Como nunca se habia alejado de su casa le era imposible ahora dar con ella viniendo desde un sitio tan apartado, despues de los terrores y sufrimientos que le habian hecho perder la memoria de los rumbos. Toda la ciudad le parecia trastornada y fuera de quicio, todo en ella le era desconocido ú hostil, y hasta sus semejantes los demás canes parecian considerarlo como simple variedad de la especie gatuna, y en consecuencia tratarle como á perro.

Así, errante en medio de un dédalo interminable de calles le sorprendió la noche, una espléndida noche de verano, en cuyo cielo se levantaba radiante la luna en medio de las constelaciones australes. Al estrépito de los carros y agitación de los transeuntes había sucedido una calma sorda que le llenaba de vagos temores. Era él tan pequeño, tan insignificante, tan desconocido y menospreciado en esta ciudad inmensa en que los edificios se sucedían juntos, hacinados en todas direcciones; había cosas tan grandes y tan brillantes en todas partes, y sobre todo veía tantos perros con amos y amigos, felices y repletos, colmados de caricias y alimentos, cuyas colas desaparecían al entrar en los zaguanes de sus casas, ó cuyas cabezas asomaban amenazadoras en los dinteles. Se encontraba á cada paso con hombres extraños que pasaban sin mirarle, con pilluelos que le perseguían, con casas entre las que no estaba la suya; y ninguno adivinaba su dolor, ninguno comprendía su idioma, ninguno sabía su nombre; él ignoraba su vivienda y el amo ignoraba su suerte.

Teniendo idea confusa de todo esto, llevando dentro de sí miserias demasiado grandes para un animal tan chico, Estela abandonó el centro de la calle por donde había viajado durante el día, y empezó á trotar por las veredas, escurriéndose en la sombra, arrimado á las paredes. A intervalos la música de algún piano impregnaba de armonías la suavidad de la noche, pero el pequeño

mártir seguía su camino sin escucharla; solo cuando de distancia en distancia algún organismo destrozaba una tocata en el centro de una boca-calle, rodeado por una muchedumbre de perros ahulladores, Estela interrumpiendo su marcha, iba á tomar parte en el concierto, é incorporándose á la rueda ahullaba á la luz de la luna. Pero ¡ah! estos coros terminan casi siempre por una pelea general, y aquel no volvía á proseguir su camino sino despues de haber atrapado un satisfactorio número de dentelladas, al disolverse la sentimental asamblea. Bien puede ser que estos animales tengan alguna embrionaria idea religiosa, y así como el elefante se queda absorto contemplando el sol saliente, los perros modernos, imitando á los antiguos druidas, prefieran hacer manifestaciones melódicas á la luna; en cambio, en estos asuntos, nuestros queridos Incas opinaban como elefantes. ¡Quién sabe de qué lado está la razon en cuestiones de tanto interés para la zoología!

Por fin, despues de varios percances y cuando de puro cansado ya no podía dar un paso mas, vino Estela á encontrarse á orillas del rio, en un punto de la playa apartado del tránsito. Nunca hasta entonces habia visto cantidad tan considerable de agua; en su concepto, muchas veces muchos perros podían beber allí continuamente sin que se acabara jamás, y su asombro hubiera sido mayor si el agotamiento de sus fuerzas físi-

cas no hubiera afectado las funciones de sus escasas facultades mentales.

Presa de somnolencia irresistible buscó por allí cerca un sitio á propósito para dormir, eligiendo una cueva escavada por las aguas, cuyo fondo era un lecho de resaca perfectamente seca. ¡Qué tesoro! Despues de dar considerable número de vueltas sobre sí mismo, se echó al fin quedándose dormido y probablemente mareado por ese movimiento giratorio cuyas evoluciones se hacen mas complicadas á medida que se envejece,—naturalmente, como que la edad hace á los perros más sábios.

Al otro dia despertó muy temprano; sentíase débil, sediento, atormentado por el hambre. Sumergió el hocico en el primer charco á su alcance, y luego que hubo satisfecho la sed se detuvo mohino, abatido, sin saber á dónde recurrir en busca de alimento.

De pronto, de una cueva próxima á la suya, y como brotado del suelo, vió salir sacudiéndose y estirando sus patitas delanteras á un galgo pequeño que se puso á considerarle con sorpresa, erguidas las orejas, una pata levantada. La actitud suplicante de Estela no debió infundirle temor, pues se le acercó haciendo cabriolas y correteando en torno suyo, como invitándole á jugar; á aquel, por su parte, le fué simpático este perrito de formas esbeltas y movimientos nerviosos, que parecia tener muy buen humor. Cambiaban las cortesias preliminares para enta-

blar relacion, cuando surgió un nuevo perro que, lo mismo que el anterior, parecía brotado del suelo; era un terranova enorme, de pelo largo y negro, rizado y sedoso, que á pesar de sus enormes fauces guarnecidas de dientes aguzados, tenia cierta espresion alegre y bondadosa; se aproximó con gravedad, meneando con pausa el penacho de su cola colgante, y hundiendo sus anchos piés en la arena de la playa. A pesar de su fisonomía benévola, Estela se estremeció sintiendo que una corriente helada herizaba los pelos de su lomo; despues de los malos ratos que le habian hecho pasar sus semejantes desconfiaba de todos ellos, especialmente de los que como el que se le acercaba podian aniquilarle de un solo golpe. Pero su miedo y sorpresa subieron de punto cuando por el mismo arte maravilloso que el galgo y el terranova apareció un viejo perro criollo, de color bayo, manchado de arena húmeda y de resaca en polvo, con el cuero cubierto de cicatrices, y desprovisto de orejas y de dientes, particularidades que en opinion de Estela le comunicaban un aire distinguido. El primer acto con que manifestó su presencia fué el de ladrar al viento que le soplabá en el hocico, recostándose para el efecto contra un sauce de la ribera, á fin de que el esfuerzo no le derribara; en seguida juntóse al terranova que conferenciaba con el galguito, antes de aproximarse á Estela; al parecer intercedia por éste, que poseido de morta

ansiedad esperaba el resultado del parlamento, temiendo á cada instante ver salir de la tierra nuevos canes que fueran á unirse al conciliábulo de los primeros.

Estos tres, sin embargo de ser de razas diversas y edades diferentes, eran grandes amigos; vivian ahí en ese pedazo de terreno sobre la playa; abandonados por amos crueles, la desgracia los habia unido; llevaban una vida vagabunda, eran libres y podian ser considerados felices, á pesar de las privaciones y de la intemperie que tenian que soportar, y de las persecuciones numerosas á que se veian expuestos. Residían allí sin hacer mal á nadie, merodeando por los alrededores en busca de sustento y pasando el resto del tiempo en revolcarse en los pastos ó en corretear en la playa, cuando el rio estaba bajo. Eran, pues, dichosos, porque la independencia es en los animales que se bastan á sí mismos la base de toda felicidad. Por otra parte, el prolongado ejercicio que se veian obligados á ejecutar, el aire libre que respiraban, las numerosas luchas que diariamente sostenian, la costumbre de soportar las inclemencias del tiempo, y las astucias que solian discurrir cuando la comida escaseaba, les habia fortalecido físicamente y aguzado el entendimiento. Cada uno de ellos era mas inteligente, mas robusto, mas bueno que cualquier otro individuo de su raza y edad.

El achacoso perro bayo que con otro régimen

de vida habria muerto seguramente algunos años antes, tenia aun, como se ha visto, suficientes fuerzas para ladrar, bien es verdad que para esta delicada operacion necesitaba apoyarse contra un árbol. Su historia es una de las mas curiosas que conozco y referiré uno de sus percances tal como me ha sido contado por un miembro de la Sociedad Protectora de Animales, que en compañía de otros cofrades se instruyen en pormenores sobre la vida de las bestias, mientras llega el dia en que por muerte de los amos, por desaparicion de los animales, ó por disolucion de la Sociedad Protectora, queden realmente los pobres protegidos á cubierto de los malos tratamientos de los unos justificados por la indiferencia de los otros.

« El viejo can habia pertenecido en sus mocedades á un buhonero, calabrés por nacimiento y condiciones de carácter, que además de aquel servidor poseia una mula destinada á tirar perpetuamente del carrito en que llevaba sus mercancías. Este primer dueño habíase obstinado en someter á sus dos animales á la misma dieta alimenticia, consistente en una racion de mondaduras de patatas y otros desperdicios vegetales tan desagradables para el perro como para la mula ; sin embargo, ambos notaban con asombro que el hombre, prévio ligero condimento, los devoraba sin manifestar disgusto. Veíanse, pues, obligados á procurarse un sustento menos repugnante, y aunque maña se daban para ello,

muy pocas veces lo conseguian; así iban rápidamente quedando reducidos á piezas anatómicas: sus costillas estaban tan señaladas en relieve sobre sus respectivos pellejos, que en los momentos de recreo, en los dias de fiesta, el amo se entretenia en contarlas para pasar el rato en una ocupacion amena, y tan salidzs estaban que casi siempre contaba mas de las que habia. Cierta vez, en una de sus excursiones al campo, se agujerearon las peszdas botas que usaba, y para componerlas imaginó un espediente infernal á fin de proveerse de cuero: cortó las orejas del perro, y despues de raspadas y embetunadas sirvieron perfectamente para reparar las averias del calzado. Al cabo de dos años fué vendida la mula á un carnicero, y el perro entregado en calidad de obsequio al feliz comprador; éste se apresuró á dar muerte á la mula, cortando su cabeza, y despues de desollar el cuerpo y prepararlo convenientemente, lo espuso colgado de los gárfios y adornado con una cabeza de vaca á la codicia de sus parroquianos. En vista del buen éxito obtenido con esta inocente mistificacion de comerciante ingenioso, pensó un dia mientras miraba al perro: « de éste haremos un buen carnerito »; pero habiéndole venido á tiempo un reblandecimiento de cariño por los animales, le perdonó la vida movido á compasion y pensando que si se descubria la treta podia perder la clientela. En breve el perro le fué de inmensa utilidad, vijilaba la casa, cazaba las

moscas muy abundantes en verano, y hacia colecciones de diversos parásitos que la familia de su patron clasificaba en los momentos de holganza. Su mayor habilidad consistia en servir de servilleta; el amo, sus peones y sus hijos, que por las exigencias del oficio se ensuciaban las manos á cada momento, acudian á limpiarlas en el lomo del perro, escupian sobre el mismo para no manchar el piso, y en los dias lluviosos dejaban en él el barro de las botas. Estos trabajos habrian sido soportables y casi honrosos sinó se hubieran complicado con otros de mal carácter: el padre fregaba los cuchillos y probaba su filo en el cuero del pobre animal, y los hijos que por vocacion se dedicaban al oficio, ejercitaban su destreza dándole grandes cuchilladas; el papá castigaba severamente esos desmanes, pero los muchachos se vengaban de cada correccion abriendo un nuevo ojal en el pellejo de su víctima; era aquello un círculo vicioso de cuchilladas y mojicones.

Al cabo, el infeliz no pudo ya soportar este estado de cosas, y abandonando el domicilio de su patron salió en busca de otro más hospitalario. Como nadie quiso hacerse cargo de él, y quedando en la situacion extrema de volver á casa del carnicero ó vivir errante á la buena de Dios, optó por lo segundo, y avezado como estaba á los sufrimientos, la vida callejera fué de grande alivio. »

— ¡Qué exageracion! — exclamé, despues de oir ese relato.

— ¡Exageracion! — replicó el narrador, — y bien! abultar no es desfigurar, sinó disponer las cosas de manera que sean vistas en sus mínimos detalles; las pequeñas cuestiones deben tratarse al microscopio. Por otra parte, siempre nos parecen exagerados los dolores agenos y mas aun si el protagonista está colocado en escala inferior á la nuestra, llámese perro ó lustra - botas. Para estar acorazado contra la compasion lo mejor es pertenecer á una sociedad de beneficencia, porque es condicion de la naturaleza humana mirar indiferente las cosas que uno está acostumbrado á ver.

Dicho esto, el hombre salió silbando una música alemana, á propósito para ser silbada; parecia que llamaba á algun perro perdido.

V

Volviendo á nuestro asunto....

Los tres se aproximaron á Estela, tembloroso al considerar los colmillos del terranova. Llegáronse hasta él, y despues de husmearle concienzudamente consideraron con atencion la cuerda que colgaba de su cuello, y se miraron entre sí como deliberando; el temblor de aquel aumentaba. Luego, el galguito volvió á sus brincos anteriores, correteando á su alrededor; el terranova entreabrió las mandíbulas como si ensayara una

sonrisa, y el criollo viejo fué á recostarse gruñendo contra un árbol, y empezó á rascarse con lijereza impropia de su edad.

Perdonado el intruso, el galpo iba á servirle de introductor en sociedad tan distinguida.

Un momento despues Estela sentíase satisfecho con sus nuevas relaciones, ni mas ni menos que si se encontrara entre antiguos amigos.

Durante un mes les acompañó en todas sus escursiones, llevando su mismo género de vida. Habíase borrado de su memoria, casi por completo, el recuerdo del pasado, y diestro como estaba en diversas artimañas para procurarse el sustento, el porvenir no le inquietaba gran cosa, aunque en verdad no le agradáran mucho las aventuras; todavia no las saboreaba en calidad de aficionado... Una noche, andando á caza de ratas por las calles, vigilando albañales sospechosos, se topó con un perro de aguas á quien conocia de vista, muy superficialmente, y con el cual habia simpatizado; era el tal un perro sábio, que se ganaba la vida dando vueltas de carnero en un circo de acróbatas y aunque Estela sentia viva repugnancia por esta clase de cuadrúpedos habia esceptuado á éste, cediendo á la nobleza de sus sentimientos; era una corazonada la que le impelia hácia ese congénere, y ya se sabe que el corazon no engaña.

Esa noche, como se hubieran entretenido hasta deshoras correteando juntos, se echaron á descansar en medio de la calle. Habíanse ador-

mecido, cuando el perro de aguas despertó sobresaltado al oír voces conocidas que hablaban cerca de él. Eran el director del circo y el payaso, que andaban buscándole.

—Al fin damos con este bribon, — dijo el primero; — ya me las pagará todas. Pensar que hemos caminado treinta y tantas cuadras por culpa suya!....

—¡ Por culpa suya! — repitió el payaso.

— A ver John, — prosiguió aquel, dirigiéndose á su acompañante, — llámalo tú, que te obedecerá mas que á mí; eres casi tan animal como él, por eso puedes hablarle en su propio idioma.

Jhon, el payaso, llamó al perro, pero éste quizá por exceso de temor no obedeció, permaneciendo echado como estaba.

— ¡ Vaya! exclamó el director impacientado, — No hay nada mas ridículo que una mascarita á quien la policía obliga á quitarse la careta, y nada mas tonto que un payaso fuera del circo. ¡ Me dan compasion! ¿ Con que no has aprendido á hacerte obedecer de un cachorro?

El payaso, humillado, volvió á repetir su llamamiento; el perro se puso en pié, sin aproximarse.

— Llévalo de una oreja, — gritó el director. — Ahora en casa, yo enseñaré á ese tunante á ser perezoso. ¡ Lástima que no pueda descontarle del sueldo!

Jhon obedeció sin que el pobre perro opusiera resistencia, tan acostumbrado estaba á los malos

tratamientos. A todo esto Estela se habia levantado y miraba á los dos hombres, sintiendo grandes deseos de acometerles.

—¿Y ese otro?— continuó el director, señalándole. —¿Es un gato?

—Parece gato, — contestó humildemente el payaso.

—¿O es perro?

—Ciertamente, parece perro.

—¿Y si fuese perra?

—En efecto, es posible que sea perra.

—¡Y tú eres un asno!— gritó el director enfurecido. Será preciso rebajarte el sueldo.

—Soy un asno! — murmuró John, enjugando una lágrima furtiva, síntesis de todos sus pesares.

—Pues voy á atraparle; la cosa es fácil, lleva una cuerda al cuello. Nos viene á propósito para reemplazar á ese calavera de Jack que ha fugado, llevándose el collar que le compré.

El director empleando las palabras más gratas al oido perruno y dándoles el acento mas cariñoso fuése acercando gradualmente á Estela, hasta pisar la cuerda que arrastraba.

—¡Ya no te me escaparás!— exclamó para sí. Y continuó avanzando con cautela dando á sus frases la entonacion más dulce, y pasando confiadamente la mano á manera de caricia por la cabeza de su prisionero. Este estaba desarmado ¡hacia tanto tiempo que ningun hombre le trataba de esa manera! Su lado flaco era la sensibilidad; no estaba hecho á las aspe-

rezas de la vida solitaria, y treinta días de aventuras le habían dado á conocer los inconvenientes y sufrir las mortificaciones de la existencia azarosa, porque no bastaban á hacerle gustar las ventajas de la independencia ni á habituarle á las zozobras de las excursiones arriesgadas.

Dejándose guiar por los impulsos de su corazón siguió pues al amo de su amigo, el perro de aguas, que tan bondadoso se mostraba para con él.

Una vez en el circo, se encontró rodeado por los artistas, hombres y mujeres, que acudían á conocerle.

— ¡Qué feo es! — exclamó una amazona.

— Es rabon, — observó un acróbata.

— ¡No tiene orejas! — añadió otro.

Y por este tenor fueron pasando en revista todos los defectos del recién llegado.

El director, después del prolijo exámen á la luz, se manifestó satisfecho de su adquisición.

— Le pondremos cola, le afeitaremos el lomo y los bigotes, y después de pintado de azul y rojo hará un bonito efecto. Será el clown de nuestros perros sábios; el público va á reír mucho; me felicito de haber sido el descubridor de esta joya.

En seguida, y después de larga deliberación y diferentes mociones, la compañía le votó el nombre que debía llevar, acordándole el de Baby, por mayoría de sufragio.

A los dos días de su nueva existencia Estela

se encontraba suficientemente estúpido para pasar sin oposicion por perro sábio, como sus demás compañeros de infortunio. La racion escaseaba, llovian los golpes, y el trabajo, superior á sus fuerzas, era muy complicado para su inteligencia. El instructor encargado de su educacion le enseñaba á ejecutar habilidades por el mismo sistema que se emplea en nuestros batallones para que los soldados indios aprendan la música.

En sus momentos lúcidos, cuando columbraba la angustia de su situacion, sentíase presa de mortal desconsuelo, y luego volvía á quedar embrutecido, insensible, inerme.

Estaba próxima la noche fijada para su debut. Grandes carteles pintorreados con figuras estrañas de animales fabulosos que nada tenían que ver con el texto del aviso, inundaron las calles, pegados en las esquinas, y paseados por muchachos, en la estremidad de un palo. Anunciábase en ellos el primer paso de Estela en la carrera artística, de la siguiente manera: « La gran novedad de la funcion serán los juegos malgaches, ejecutados por Baby, el perro prodigio de la isla de Madagascar. Este animal, cuya inteligencia es asombrosa, y que ha sido aplaudido en las principales ciudades europeas, donde se le llamaba el Gran Perro, dará el mártes próximo las mas sorprendentes muestras de sus talentos. Precios, los de costumbre. »

El circo se llenó completamente; Baby era

la atracción del espectáculo, todos estaban ansiosos por conocerle y preparados de antemano, gracias á los eficaces anuncios, á admirarle sinceramente. Esa noche, los encantos de las artistas jóvenes, los chistes obligados de Jhon el payaso, las polkas bailadas por los caballos célebres al compás del látigo, los saltos mortales, las suertes de equilibrio, todo fué mirado con perfecta indiferencia por los concurrentes. Querían, necesitaban ver á Baby, el perro prodigio. Habíanse encaprichado en ello; era la novedad de la función.

Después de los trabajos ecuestres ejecutados por lindas amazonas, les tocaba el turno á los perros sabios. La arena del circo quedó desierta por un instante, la música apresuró el compás, y á gran carrera, saludando á derecha é izquierda, se precipitó dentro del circuito la perrada. En el interior, para darle bríos en la escena, se explicaba la última lección artística á Estela, bajo su nuevo nombre de Baby, empleando para el efecto un nudoso garrote.

Llenado este requisito el perro prodigio hizo su aparición en el circo, en medio de una tempestad de aplausos; llevaba una gran cola de lana, larga y gruesa, teñida de colores vistosos y adornada con cintas; habíanle afeitado gran parte del lomo, y lo restante del cuerpo producía un sorprendente golpe de vista pintado á rayas rojas y azules. Entró vacilando sobre sus piernas endebles, asustado, con los ojos llorosos por el

dolor de los bastonazos que acababa de recibir. Temia que toda esa muchedumbre, apiñada en las graderias en torno suyo, bajara á maltratarle ; los aplausos le causaban miedo.

Pero el público estaba empeñado en aplaudir ; interpretaba de la manera mas ingeniosa los movimientos de Estela, y atribuia intencion y malicia á todo lo que ejecutaba. En lo mejor de sus trabajos, que á pesar de su torpeza el pobre animal se obstinaba en hacerlos concienzudamente, se produjo una fuerte explosion de entusiasmo en los espectadores ; entonces Baby no pudiendo ya dominar por mas tiempo su miedo corrió á ocultarse dentro de los pliegues de una alfombra arrollada en la arena, y agazapado en ella sacaba de cuando en cuando su cabeza azul hermoseada con grandes cejas y bigotes rojos, miraba al público con ojos espantados y volvía á esconderse.

El entusiasmo de los espectadores fué ilimitado ; las palmadas se confundian á las vociferaciones.

Sacado de su escondrijo por el látigo del director, volvió á continuar los juegos, y esa noche el éxito fué completo. Todo el mundo admiraba á Baby, el célebre perro de la isla de Madagascar.

Pero el ruin Estela que no comprendia la vanidad de la gloria, ahullaba por su rinconcito clivado, donde en otro tiempo solia echarse en paz, á la luz del sol, bajo el cielo azul. Así, á

medida que su fama aumentaba, mayor iba siendo su pesar por la libertad perdida; al menos, ahora tenia cola, pero falsificada; recogia aplausos á condicion de dar siempre los mismos saltos.

VI

Llegó un dia feliz. Los saltimbanquis iban á plantar su tienda en otra parte, y Estela, aprovechando la falta de vigilancia para su individuo, en la confusion de la mudanza, emprendió la fuga galopando con toda la velocidad que era susceptible de desplegar en caso tan apurado. A su espalda dejaba el látigo implacable; en perspectiva tenia la misma vida vagabunda que llevara anteriormente. Otra vez la ciudad grande y desconocida, los muchachos crueles, los perros bravos, el alimento inseguro.

Diluviaba. La lluvia se desplomaba en napas líquidas, chocando violentamente contra las paredes de los edificios, arremolinándose con el viento, corriendo en anchos arroyos á los costados de las aceras. En lontananza las calles solitarias se perdian en contornos confusos, velados por la lluvia. Estela corria por las calles desiertas; el agua había desteñido los colores con que le embadurnaban en el circo; de Baby, del perro sábio, no quedaba en él mas que un recuerdo desagradable y una lonja del lomo afeitada. Quizás algunas de las personas que le veían

pasar mirando á través de los vidrios de las ventanas, habian sido admiradores suyos en la noche anterior. ¿Pero, qué sabia él de todo esto? ¿Qué le importaba?

La playa, sus amigos, constituian sus únicos pensamientos.

Pasado el chubasco, recorrió la ribera y acudió á escape al sitio donde por primera vez encontró á sus compañeros. Todo estaba como antes: el sauce en que acostumbraba a recostarse el perro criollo y las cuevas en que dormian, llenas de agua á la sazón; Estela encontró todo; todo, exepcto lo que buscaba. Sus amigos habian desaparecido; y chorreando agua, al lado de las cuevas anegadas, sobre el terreno húmedo, quedó como la primer vez en el mismo sitio, sin tener á dónde dirigirse, sin saber qué hacer.

Una por una husmeó minuciosamente las cuevas, para calcular por la intensidad de las emanaciones el tiempo que faltaban sus moradores, pero su delicado olfato apenas pudo percibir un débil olor de perro viejo en el escondrijo del criollo. Imposible deducir nada; el agua, sirviendo de desinfectante, habia desvanecido los olores. La pista perdida, el rastro borrado, ¿qué le quedaba? Quién sabe; nada! En ese instante Estela adquirió la convicción de que, como hacia tiempo lo sospechaba, era rabon de nacimiento. Entonces, recurriendo á la gran virtud de los rabones, se armó de resignacion. Probablemente volveria a sus camaradas; esperaria.

Sentóse en la cúspide de un monton de escombros, y quedó ahí contemplando el rio. De pronto estornudó tres veces; empezaba á sentir estraña pesadez en la cabeza acompañada de fuerte opresion en la garganta; llenáronsele los ojos de lágrimas que al caer iban á mezclarse á las gotas de agua que humedecian su bigote.

Poco á poco fuése enturbiando su vista; algo le zumbaba en los oidos, como si grandes moscardones revoloteasen sobre su cabeza. De cuando en cuando se pasaba una de las patas delanteras por el cráneo, para ahuyentar esas moscas imaginarias, pero no conseguia alivio. Un malestar intolerable invadió todo su sér; corrientes alternativas de calor y frio hacíanle estremecer con temblor continuo. Los estornudos eran frecuentes; el mal adquiria mayores proporciones.

Si es cierto que todos tenemos algo de loco y de poeta, no es menos exacto que en cada perro hay un veterinario *manqué*; por eso Estela al sentirse enfermo, bajó de la eminencia en que estaba sentado, y empezó á escudriñar las malezas que abundaban en la playa, debajo de los sauces, escogiendo algunas matas de una gramínea que devoró con avidez. Al poco rato el remedio le producía un endiablado efecto de emético combinado con otros efectos más. Sintió alguna mejoría, però su debilidad era tan grande que tuvo que buscar un sitio en que acurrucarse. En los alrededores encontró un portal que le pareció á

propósito, y sin mas preámbulos tomó posesion de él, echándose en el rincon mas seco, al abrigo del viento. Esa noche tuvo un sueño agitado, turbado por las visiones de la fiebre; creía encontrarse en medio de una selva inmensa, formada por enormes colas de perros, que ahullaban agitadas por la brisa, y de en medio de todas esas colas descomunales sobresalia, larga, muy larga, la del perro del carnicero, que pasaba al trote con su orgullo habitual. Despues veia una ciudad cruzada en todas direcciones por calles interminables; los edificios se apiñaban altos y negros, y en vez de puertas tenian infinidad de agugeritos, por los que asomaban cabezas de ratas que miraban á la calle con sus ojitos redondos y vivarachos y volvian á esconderse en silencio. Luego el circo, la muchedumbre bulliciosa, el látigo del instructor que le llamaba: ¡Baby! ¡Baby! — y allá muy lejana, en alguna parte desconocida, la voz de su antiguo amo que le buscaba silbando y gritándole:— ¡Estela! ¡Estela! — y él que no podia moverse para ir á su encuentro y que no podia ladrar para hacerse oir.

Despues de una noche terrible, poblada por las visiones de la fiebre que entrecortaban su sueño con sobresaltos, despertó al amanecer, y levantándose fué á recorrer la ribera en busca de sus antiguos camaradas. Ninguno aparecia, y Estela solo y enfermo vagaba á lo largo de la playa, estornudando y tosiendo. En su orga-

nismo empezaba á iniciarse el proceso de la poética enfermedad de Traviata.

Como los perros tienen acopio inagotable de cosas susceptibles de perderse, y que son por ellos consideradas como dones de inapreciable valor cuando ya no pueden recuperarse, Estela perdió una cosa aun además de las muchas que le faltaban, y ¡parece mentira! aunque era un perro distinto, casi opuesto al antiguo, continuó viviendo y creyendo llamarse Estela, ni mas ni menos que cuando era cachorro. Habian desaparecido gran parte de sus esperanzas, sus bríos, la cola, las orejas, el pelo del lomo, la salud, y con ella el apetito y la alegría, hasta el punto de no conservar ya ni su famoso aire de familia. Parece imposible, repito, que pudiera perder otra cosa importante, y sin embargo la verdad es que perdió el sueño, lo único que le queda á un perro cuando ya no le queda nada.

Y todavia no ha de faltar quien crea en los animales que nada tienen que perder, cuando lo positivo es que los hay que nada tienen que ganar.

En cinco dias que anduvo errante, á duras penas consiguió despachurrar una rata, tan grande era su abatimiento y tan menguado su apetito; en cambio bebia con frecuencia como si quisiera apagar el fuego interior que le abrasaba.

Recorria la playa buscando á sus amigos, pero en vano, ¡ni un rastro! El amo segura-

mente estaba dentro, en la ciudad, buscándole, pensando en su pobre perro. ¿Cómo dar con él? A la sola idea de encontrarse perdido otra vez en el laberinto de calles ó de caer en manos de los acróbatas, Estela se aterrorizaba. Enfermo y desamparado, prefería esperar en la ribera hasta que pasara algún hombre, algún perro conocido para seguirles sin que se aperciesen, y entrar á la casa que habitáran para de ahí orientarse y poder llegar hasta la suya; luego, si eran amigos de su amo, no dejarían de participar á éste la noticia de su aparición.

Tales pensamientos, flotando vagos y confusos en su débil espíritu, le distraían haciéndole olvidar momentáneamente sus dolencias. Todas las tardes, á la hora del crepúsculo, trepaba sobre el monton de escombros y echábase á dormirar, hasta que un acceso de tos seca, metálica, interrumpía su reposo, entónces se levantaba, y sentándose con el pelo erizado, y la cabeza gacha, permanecía por largo tiempo frente al rio inmenso, como si meditara algún proyecto siniestro. Creo que si los perros tuvieran la noble facultad de suicidarse, Estela no habria vacilado en ser un Werther, ó alguien mas real, un Chatterton de su especie. La vasta llanura líquida que tenia delante parecia brindarle la muerte de Ofelia, pero para que las cosas hablen es necesario un cerebro que comprenda, y la naturaleza habia destituido el de Estela de la tendencia á

la muerte voluntaria; sin embargo, en compensacion hábale dotado, como hemos visto, de la facultad de medicinarse, lo que al fin y al cabo concluye por dar el mismo resultado, segun pretenden los escépticos.

La enfermedad avanzaba rápidamente, y la situacion de Estela era cada vez mas difícil; para colmo de infortunio no podia ladrar, habia quedado áfono.

Un dia, amaneció inerte, rígido, en la ribera, al lado del monton de escombros; su extenuacion era tanta que parecia muerto. Hacian ya algunas horas que se encontraba en ese estado de sopor letárgico que hace perder el conocimiento de la propia existencia; varias personas, obreros y lavanderas en su mayor parte, pasaron junto á él sin que su miseria les inspirase lástima.

Por fin, muy avanzada ya la mañana, un hombre y una niña de corta edad, vestidos de luto, paseaban cerca del sitio en que yacia Estela. El hombre parecia preocupado, y caminaba despacio, en silencio, mirando distraidamente lo que le rodeaba; la niña pálida, de aspecto enfermizo, caminaba delante, volviendo la cabeza á uno y otro lado, y tocando los objetos que encontraba al pasar, con esa curiosa inquietud peculiar de la infancia.

Al llegar al lado de Estela se detuvo, y dirigiéndose al hombre:

— ¡Ay! papá, — exclamó, — un perro! Yo quiero tener un perro, porque me gustan mucho.

Aquel se aproximó, y empujando con la punta del pié el cuerpo inmóvil del animal:

—¿Lo ves hijita? dijo.— Este está muerto.

—¿Muerto,—exclamó la niña;—muerto lo mismo que mamá! ¿Entonces está en el cielo?

—Pero, nó, angelito, los perros no van al cielo...

—¿Y á dónde van entonces, papá?

—A ninguna parte.

—¿Y por qué se ha muerto entonces, papá?

—Por que Dios lo ha mandado.

—¿Y por qué no lo manda al cielo, papá?

—Mi tesoro,—dijo el padre,—¿Quieres que compremos caramelos ó flores?— Y colmándola de besos y caricias, trató de alejarla del perro moribundo.

Pero la niña se obstinaba, y echándose á llorar al verse contrariada, repetia:

—Yo quiero este perro, papá! Pobrecito, no está muerto!

En efecto, al oír las voces, Estela habia levantado la cabeza, y despues de mirar al hombre y á la niña déjola caer pesadamente volviendo á quedar tan inmóvil como antes.

La niña muy mimosa ó de una sensibilidad delicada, continuó intercediendo por el enfermo; queria que el padre le llevara consigo; ella empezaria á cuidarle, y cuando estuviera sano jugarian juntos; de ese modo iba á estar un poco mas contenta mientras regresaba la madre que habia ido al cielo; asi no estaria tan triste al lado de su

papá tan sério. El padre, enternecido quizá por los recuerdos que despertaban en él las reflexiones infantiles de la niña, no queriendo contrariar los buenos sentimientos de ésta, y movido á compasion por la suerte de ese animal desamparado, accedió á las súplicas, disponiendo lo necesario para socorrer al perro.

Un mandadero trasportó el doliente á casa del albeitar.

—¡Caso perdido!—exclamó éste, despues de examinarlo.

La niñita estaba desolada. Diariamente iba acompañada del padre á visitar al pequeño enfermo; le llevaba golosinas, prodigábale frases cariñosas, y cuidaba que fuese bien atendido. Estela, á pesar de la prediccion del veterinario; iba mejorando notablemente de dia en dia, y comprendiendo las solícitas atenciones de que era objeto, trataba de demostrar su agradecimiento con la mirada, estendiendo su lenguaje hasta los movimientos y las actitudes. Nunca como entonces, sintió tanto la falta de la cola.

Cuando su protectora, inclinada á su lado le hablaba con su dulce vocecita, suavizando los pelos ásperos de su cabeza sin orejas con su mano diminuta, se sentia tan feliz sobre su lecho de paja, que si hubiera podido llorar se habria deshecho en lágrimas de gratitud. Un inmenso consuelo, una alegria desconocida reemplazaron sus agitaciones, calmando sus dolencias.

Al cabo de seis semanas, ya notablemente

mejorado, fué conducido á casa de sus protectores donde concluyó de restablecerse; pero nó eran las drogas del veterinario las que le habian vuelto á la vida, sin embargo de que este hombre científico se apresuró á cobrar el importe de tan maravillosa cura

¿Fué feliz Estela? Me creo autorizado para contestar afirmativamente, y con no poco sentimiento me abstengo de agregar, para concluir, que se casó y tuvo muchos hijitos.

La verdad es que nunca sanó por completo de su tenaz enfermedad; la tos le atacaba siempre á la llegada del invierno, y en esta estacion aborrecida pasaba dias enteros acurrucado en un mismo sitio, sin salir auera, y siendo siempre benévolamente tratado por sus amos.

Tal fué el porvenir de nuestro héroe. Ignoro si en los demás perros la prosperidad puede estirpar del todo una tos inveterada contraida en los largos dias de infortunio.

•

EL HOMBRE DE PIEDRA

En aquella noche serena y estrellada, un surco de fuego atravesó la atmósfera, y, acompañado de un trueno ensordecedor, un meteoro fué á caer en la falda de la montaña.

Los peñascos que recibieron el choque de la piedra celeste, saltaron astillados como frágiles cristales, y el aereolito, rebotando y descendiendo de roca en roca, llegó á detenerse, hundiéndose dentro de una profunda huella en las vertientes del monte.

Allí, la piedra bajada en el espacio quedó confundida con sus hermanas de la tierra, hasta que las aguas de un gran torrente, minando su base y alterando su equilibrio, la hicieron rodar desde la falda á la llanura.

El aereolito quedó inmóvil en medio de la planicie; inmóvil, erguido y silencioso, en la inconsciencia de su sueño de piedra.

A su rededor todo vivia en los campos: las plantas y los animales parecian brotar igualmente del seno de la tierra. El soplo de la fuerza creadora alentaba esas existencias, produciendo sin cesar nuevos séres organizados. Su vara mágica tocaba el polvo de los cadáveres, y á su contacto el polvo estremecido revivia: el ave fénix se levantaba de sus propias cenizas.

Solo la piedra, acurrucada entre toda esa florescencia de vida, parecia olvidada por la naturaleza.

El sol de estio calentaba su cúspide, sin encenderla; la lluvia inundaba su cuerpo, sin disolver la mole; y el viento batia sus áridos flancos, sin disgregar ninguno de sus átomos.

Cierta vez, ráfagas de destruccion asolaron la llanura.

Dos ejércitos luchaban allí. Todo moria, en torno de la pobre roca inconsciente; solo ella no podia morir, porque nunca habia nacido.

Millares de hombres perecieron en la contienda, hundiéndose para siempre con sus ambiciones, sus virtudes y sus vicios; los nombres de todas sus personalidades vibrantes de ideas y pasiones, fueron condensados en una sola cifra y restados de la otra multitud sobreviviente.

Despues de la batalla un imperio habia tambien desaparecido de la escena del mundo.

Entre tanto, la inerte piedra quedó en el mismo sitio, sin haber en apariencia variado de forma ni

cambiado de sustancia; inmutable ante la vida y la muerte.

Sin embargo, ella, como todo en la naturaleza, se transformaba á pesar de su estabilidad engañosa.

Los agentes naturales, las fuerzas activas, luchaban de una manra sorda y tenaz contra las encargadas de la conservacion del sér, y sus moléculas perdian gradualmente la cohesion que las vinculaba.

—

Una noche, la montaña tembló, y el llano estremecido por bruscos sacudimientos fué iluminado por fuego siniestro. El monte apareció coronado por un penacho de púrpura resplandeciente: un volcan acababa de surgir.

Las cenizas y los pedruscos lanzados por el cráter al espacio, llovieron sobre los campos; franjas de lava incandescente inundaron la falda de la montaña; las aguas, cambiando su curso primitivo, fueron á fecundizar parajes antes estériles, y un arroyo, al tropezar con la roca meteórica, saltó por encima de ella, formando una cascada.

Muchos años pasaron. La desierta llanura se transformó en ciudad populosa, y el cauce del arroyo, desviado de su curso, dejó en seco la piedra.

Luego trascurrieron muchos siglos aun. La ciudad desapareció, y la roca, despreciada por

todos, quedaba siempre inmutable cuando la última de las ruinas se derrumbaba, cuando el último de los escombros caía desmenuzado.

Pero ella también debía caer.

Después de largo lapso de tiempo, que pudiera medirse por siglos, la piedra, al fin, se convirtió en polvo, sobre el terreno que le servía de asiento; y sus partículas aglomeradas en montón, formaron una pequeña eminencia en la planicie.

Entonces, fecundizada por el agua y el aire, se preparó á recibir el beso de la vida.

—

En el llano, sobre el terreno en que se levantaba la antigua población fenecida, se había edificado otra nueva ciudad.

La roca disgregada fué cubriéndose poco á poco de vegetación, hija de su propia sustancia.

Cerca del sitio en que yacía, Thym, el pastor, construyó una cabaña, y él y su esposa se instalaron en la vivienda.

Ambos pasaban una vida miserable, obligados por la necesidad á no destruir, para alimentarse, las escasas reses que componían su rebaño.

Sobre el terreno formado por la materia del bólido, la sucesión de generaciones vegetales había extendido una gruesa capa de humus, y entonces fué cuando brotaron allí numerosas plantas de trigo; crecieron altas y robustas, nutriéndose con la sávia del terreno. Las espigas

erguidas de lozania y doradas por el sol, se hinchaban tambien rebosantes de sávia.

La roca vivia.

Ese trigo era la piedra misma, transformada en vegetal.

Las células de esas plantas eran átomos de sus átomos.

Thym y su mujer, no pudiendo recurrir á su ganado se alimentaron de ellas, y los elementos de la roca, por intermedio de las espigas que ésta habia engendrado, pasaron á difundirse en el cuerpo de aquellos, y renovando sus materiales influyeron hasta en su espíritu, modificando las funciones del órgano del pensamiento.

Como el cuerpo humano se renueva en breves períodos de tiempo, y como los pastores se nutrian esclusivamente con la sustancia de la roca, con la roca misma metamorfoseada en aquellos frutos, aconteció que en ellos vivia y se animaba parte de esa piedra caida del éter.

—

Un niño engendrado por Thym, empezó á modelarse en el vientre de la esposa. Ese feto era formado por los materiales de la roca y alimentado con ellos, despues de ser transformados en el laboratorio humano.

Al nacer el niño, la piedra entraba de lleno en la comunión de la vida, encarnada en él, desde su cuerpo hasta su espíritu.

La piedra se habia hecho hombre.

En el período embrionario y en la época de la lactancia, el niño había *sido* y se había desarrollado á espensas de la sustancia del bólido. Después, cuando el niño fué jóven, cuando el jóven fué hombre, continuó absorbiendo, absorbiendo siempre los elementos de la piedra, encerrados en los frutos de los vegetales que medraban en ella.

De esta roca habían nacido también mariposas y culebras. Estos hijos suyos, eran á su vez, por la esencia de su sér, hermanos del hijo de Thym, que en su niñez se entretenía en perseguir á las unas y á las otras.

—

Este hijo del bólido, nacido por la mediación del pastor, se llamó Elbas.

Se había desarrollado tan sano y hermoso de cuerpo como de espíritu; por eso luchó tenazmente y sin fatigarse en el rudo combate de la vida, que le estaba impuesto. Y ascendiendo de gerarquía, llegó á regir los destinos de multitud de hombres. La gloria le sonreía, el amor le tendía los brazos.

Al mismo tiempo muchas generaciones de culebras y mariposas asomaban á la vida entre las matas de yerba y las plantas de trigo, sobre los restos de la gran piedra caída del cielo.

Y Elbas hollaba con su planta todos esos seres, hermanos suyos en la naturaleza.

Fué un grande hombre, un conquistador poderoso.

Pero, jóven todavía, Elbas cayó en medio del estrépito de su carrera gloriosa. La muerte ponía término á sus hazañas ; y los pueblos admiradores de su génio hicieron su apotéosis ; y los sacerdotes elevaron preces á Dios, para mayor regocijo de su alma.

Su cuerpo, embalsamado y bañado en perfumes, se depositó en un monumento. Allí iban á rendirle el tributo de adoracion los fanáticos de su génio.

Mas tarde, una revolucion sobrevino y los restos de Elbas fueron exhumados del mausoleo en que reposaban y arrojados desnudos al seno de la tierra, justamente en el sitio en que yacian los residuos del bólido.

El hijo tornaba, al fin, al seno de la madre, el gran fragmento de roca.

Sus hermanas las plantas de trigo, las malezas, las mariposas y las culebras, crecieron en mayor número, exhuberantes de vitalidad, sobre el cadáver de su hermano.

Y la fuerza que preside la continúa evolucion de los séres, prosiguió repartiendo túnicas de vida, hechas con los andrajos de la muerte.

Algo más, decia el viejo libro ; algo más , escrito con caractéres ilegibles para mí.

Cerré, en seguida, las hojas del antiguo volúmen

apenas descifrable, y pensando en este cuento que acabo de transcribir:

—En verdad,—me dije,—nada muere en el Universo; pero, de qué vale la inmortalidad de la materia, si perecen los individuos? Si el YO se borra en la oscuridad de la nada, qué es entonces el breve instante de amor que gozamos en el mundo? ¿qué son la gloria, el poder y la ciencia, sino alucinaciones del espíritu, sombras reemplazadas por otras sombras, miseria acumulada sobre miseria?

¿Y para qué sirve esta miserable lucha por la existencia, si no hemos de encontrar en otro mundo mejor la soñada mansión de paz y felicidad absoluta?

¡Oh! El Universo es el campo infinito de un eterno combate, y los dos polos de la vida, el nacimiento y la muerte, no son mas que la causa y la consecuencia de esta lucha sin fin y sin tregua.

Quiero creer que el hombre sea la estatua de piedra no animada por el fuego divino: quiero creer que, una vez rota la escultura humana, solo queden sus destrozos, para dar forma á otras estatuas; pero ¿estamos seguros de que Pigmalion no haya triunfado para siempre?

DE UN MUNDO Á OTRO

I

El doctor Pánax era un hombre sumamente extravagante.

Hacian cerca de dos años que le acompañaba, ayudándole á disecar sus colecciones zoológicas, y en ese tiempo solo cinco ó seis veces me habia dirigido la palabra. Jamás tuvo conmigo ningun género de expansion. Cuando deseaba decirme algo, me lo daba á entender por señas, ó bien empleando signos taquigráficos me lo trasmitia por escrito.

Muchas veces procuraba irritarle ó hacerle reir para que hablara; mas en vano: el doctor era invulnerable.

Cierto dia que él no estaba en casa, no pudiendo soportar por mas tiempo su eterno mutismo, me decidí á abandonarle. Mientras lo esperaba para darle á conocer mi resolucion, disponia cui-

dadosamente varios coléopteros sobre una urna de ébano, encima de la cual me habia prohibido colocase objeto alguno.

Esta urna llamaba siempre mi atencion porque tenia el aspecto de un pequeño sarcófago de mármol negro, induciéndome á creerla depositaria de la mómia de algun pequeño faraon.

Pánax tenia con ella especial cuidado : todos los dias la frotaba muy suavemente con un paño de seda, á fin de quitarle el polvo ; todas las noches lo observaba entreabriendo cautelosamente la tapa y examinando el fondo. Nunca salía sin echarla llave, y siempre que pasaba cerca de ella, murmuraba una palabra misteriosa que yo no podia oír.

¿Qué secreto, qué misterio, qué tesoro encerraba esa urna ? ¿ Y qué relacion habia entre ésta y la estremada reserva del doctor ?

Hé ahí un problema cuya solucion me habia sido imposible encontrar. Mi curiosidad, al formularlo, se habia empeñado en resolverlo, haciéndome permanecer en aquella casa mucho mas tiempo del que buenamente hubiera podido ; sin embargo, ya la paciencia se me habia agotado, y estaba resuelto á salir de allí.

Ese dia regresó Pánax muy tarde y, como de costumbre, nada dijo. Yo le observaba con atencion para ver el efecto que le producian los coleópteros. Al principio no los apercibió, pero despues, cediendo á la atraccion que ejercia sobre él la urna, dirigió la vista hácia ella. Al

ver á los insectos hizo un gesto de rabia, y estendiendo la mano los derribó esparciéndolos por el suelo.

Me aproximé con el pretesto de recojerlos.

Al mismo tiempo quedóse inmóvil, y dejando caer los brazos é inclinando la cabeza con desaliento, lanzó un suspiro, exclamando:

—¡ Adima !

Parecióme haber oido la palabra mágica, encubridora del misterio que trataba de penetrar, y sin poderme contener iba á preguntarle *quién* era Adima; pero me detuve en mitad de la palabra, y dividiendo el diptongo, solo dije :

—¿ Qui... ?

El doctor me miró asombrado. Su rostro espresaba la alegría y el miedo á la vez, como el de un náufrago que se inunda de júbilo creyendo haber visto una vela lejana, pero que teme haberse engañado.

Tan profunda era su mocion que habló articulando con voz babuciente la sílaba :

—¿ Qui ?

No sabiendo que responder, contesté :

—Qui.

Entónces, asiéndome por un brazo y arrastrándome hácia una mesa, cogió una pluma y escribió dos palabras en un papel. En seguida mostrándomelas, dijo :

—¿ Puede traducirlas ?

--«Ki» «daçan»,—leí.—Es muy fácil: quien, diez.

El, abriendo enormemente los ojos, me contemplaba estupefacto.

De pronto, dándome una violenta sacudida en el brazo, exclamó :

—¡ Sanscrito ! ¿ Sabe V. sanscrito ?

Aturdido por tan inesperado arranque de elocuencia no contesté ; pero el doctor, cambiando instantáneamente de tono, volvió á repetir con acento casi suplicante :

—¿ Sabe V. sanscrito ?

Entonces respondí :

—Sé algo.

—¡ Oh ! qué felicidad ! —esclamó.—Ya tengo la clave del secreto ; de un secreto oculto en el seno de la tierra durante miles de años, cuyo poseedor y dueño soy. Vamos á traducirlo, á descifrarlo, á adivinarlo si fuese necesario.

—No comprendo —le dije. Cierto es que el sanscrito es el único idioma que mediamente poseo, pero V. también debe saberlo, pues esas dos palabras....

Pánax no me dejó concluir.

—Son las únicas,—dijo,—que he podido aprender de ese endiablado, quiero decir, de ese divino idioma, pero en cambio sé de memoria el « Diccionario de la lengua de los Cuervos » y la « Traducción de las Canciones del ruiseñor » por Dupon de Nemours, habiéndole agregado al primero cuarenta y tres homónimos y siete sinónimos....

A mi vez lo interrumpí diciéndole :

—Doctor, creo que perdemos tiempo.

—Tiene V. razon,—dijo;—mi cerebro está perturbado, indudablemente por el exceso de alegría que experimento, pero su excitacion se calmará en breve. Voy, pues, á referirle compendiadamente las circunstancias, de mi precioso hallazgo.

« Hacen cuatro años fui á la India, con el objeto de estudiar los saurios de aquel país, en sus costumbres é idioma, para lo cual fijé mi residencia en una aldea oculta en medio de los bosques, cerca de la ciudad de Benarés. Allí podia entregarme á mis anchas, al estudio que me proponia.

« Para esto compré un enorme gavial ¡nunca se me olvidará! uno hermosísimo de ocho metros, catorce milímetros, á quien sus primitivos dueños habian tratado en vano de domesticar. Le destiné para su vivienda un cómodo estanque rodeado de una fuerte empalizada, á orillas del cual iba mañana y tarde á conversar con él. A los dos meses ya éramos íntimos amigos, lo que no impedia que yo recelase de su lealtad. El me referia las pequeñas travesuras de su infancia tales como engullirse á un sectario de Brahma, en el acto de bañarse en las sagradas aguas del Ganges. Yo aplaudia, reservándome para lo venidero el darle algunas lecciones de moral. Entre tanto procuraba sondearle sobre sus opiniones respecto á los hombres. Cuando le aseguraba que estos eran seres inteligentes y buenos se reia abriendo de una manera espantosa sus mandíbulas, y oponiendo á mis argumentos objeciones sumamente lógicas citába-

me numerosos casos de luchas entre hombres, y de cocodrilos asesinados por aquellos. Me esforzaba en probarle lo contrario, refiriéndole tenebrosas historias de sus cercanos parientes los aligatores, caimanes y yacarés, mas solo conseguia hacerle confesar que la gula era el mayor defecto de los de su familia.

« Un dia vino á demostrarme esto prácticamente. Estaba, como de costumbre, al borde del estanque cuando llegó á visitarme un francés, íntimo amigo mio ; confiando en la aparente mansedumbre del cocodrilo, se aproximó á contemplarle mas de cerca. A pesar de haberle aconsejado se retirara, no hizo caso y siguió acercándose descuidadamente hasta tocar el hocico del monstruo ; éste hizo un movimiento, y mi amigo asustado intentó huir, pero con tal precipitacion que tropezando en un guijarro de la orilla, resbaló cayendo instantáneamente al agua. El gavial, sin dejarle sumerjirse por completo, le dividió por la cintura de una dentellada. Despues de muchas tentativas, y con la ayuda de varias personas, pude sacar el cuerpo horriblemente mutilado: le faltaban las piernas ; estaba muerto.

« Al amanecer del siguiente dia, fuí á una eminencia cercana, guiando varios hombres, armados de azadones y picos. Les señalé el sitio donde debian cavar la fosa de mi amigo, y me retiré.

« Por la tarde volví á examinar el estado del trabajo, encontrando á todos muy agitados con el descubrimiento que habian hecho, en una capa de

terreno terciario, de una especie de estuche de piedra, que parecia encerrar algun objeto. Efectivamente, una vez roto, quedó al descubierto una hoja cuidadosamente arrollada y cubierta de caracteres rojos, dispuestos en columnas verticales; no era papel, ni pergamino, ni tela, ni papíro, sinó una sustancia mas flexible, mas durable y de una blancura nítida.

« Uno de los que estaban presentes, al verla, me dijo :

—« Está en sanscrito; llamaremos á un sacerdote para que lo traduzca.

—De ningun modo,—repliqué,—me pertenece y no la cedo á nadie.

«Mas, mi interlocutor, pudo leer una palabra:

—¡ «Adima!—esclamó, hé ahí el nombre de nuestro padre comun. Estoy iniciado en vuestra religion y sé que nos lo habeis usurpado disfrazándolo con el nombre de Adam. Ahora pretendis robarnos su historia, su verdadera historia, que habeis encontrado cerca de Benarés, nuestra ciudad sagrada; pero os aseguro que nos vengaremos y el manuscrito será nuestro.

« Yo, continuó el doctor, temiendo el fanatismo de los indígenas, y conociendo lo impotentes que en esa clase de cuestiones son las autoridades inglesas apresuré el entierro de mi amigo y á los pocos dias salí de Calcuta, trayendo el precioso documento, para el que mandé construir esa urna de ébano. Desde entonces, siento por ella una especie de veneracion idólatra; desde en-

tonces mi pensamiento está fijo y mi lengua está inmóvil. »

Aquí terminó el doctor su relato que, salvo algunos detalles, me parecia muy verosímil; pero me restaba hacerle una objecion muy importante.

—¿Podria esplicarme,—le dije,—cómo habiendo vivido en la India no sabe V. sanscrito?

—Es muy sencillo, contestó.—Mi permanencia en aquel país fué, como antes he dicho, para el estudio esclusivo de la filología irracional; V. conoce mi carácter y no le será difícil creer que me dedicara completamente á ella, pues para que me entendiesen los hombres me bastaba el inglés.—Lo raro que hay en esto es que al pronunciar V. la sílaba *qut*, creyera lo hacia en sanscrito; sin embargo me lo esplico: en ese instante me encontraba muy preocupado con la urna, repitiendo mentalmente y exaltándome cada vez más, con las palabras kí, daçan, cuando V. pronunciando la primera de éstas, hirió tan vivamente mi imaginacion que por un acto irreflexivo le interrogué, continuando así hasta obtener su respuesta.

Despues de dar á Pánax la esplicacion que me correspondia, levantóse éste con aire solemne y abriendo la urna estrajo el famoso manuscrito cuidadosamente oprimido entre el pulgar y el índice.

Me precipité sobre él con avidéz, mas el doctor me contuvo con un gesto, é indicándome que le siguiera, penetró en su gabinete inmediato, y des-

pues de encender las bugías de un candelabro, cerró herméticamente la puerta.

II

El doctor se rascó la cabeza, señal de que alguna nueva estravagancia le ocurría.

En estos casos acostumbraba frotarse la protuberancia que los frenólogos asignan á la secretividad.

Después de esta operación se notaba en él un cambio momentáneo: su reserva aumentaba ó disminuía según activase ó entorpeciese las funciones de su cerebro con una fricción suave ó demasiado ruda. Esta vez ocurrió lo segundo.

—¿Hace frío?—me preguntó.

—Algo más que eso,—respondí.

—Ahí tiene V. el termómetro ¿cuántos grados marca?

—Cuatro.

—No le entiendo.

—Cuatro grados sobre cero.

—Ah! bien. La temperatura del mar, en el ecuador á 2200 piés de profundidad y en las regiones polares á 1400. No la olvide V; es tan importante que siento variarla, pero..... es menester hacerlo.

—Por mi parte, confieso ingénuamente que prefiero una temperatura más modesta.

—Voy á encender la estufa; le haré ese obsequio,—murmuró Pánax.

Yo que hubiera jurado que la estufa de ese gabinete era frigorífica, pues jamás la había visto encendida, exclamé encantado de ese descubrimiento y de la inusitada galantería del doctor.

—Tantas gracias!

—Si, agregó, —le haremos ese obsequio al manuscrito, y en seguida, antes de traducirlo, organizaremos un festín del cual no puede V. formarse una idea; será un banquete que envidiarán todas las sociedades antropológicas y arqueológicas de mundo!

—¿Y las gastronómicas!

—¡Profano! En esos momentos el arte culinario se convertirá en ciencia; será un banquete fósil.

—¿Fósil? Magnífico! sublime! estupendo!

Pánax guardó silencio, y sin perder un ápice de su gravedad, conservando siempre una actitud solemne, principió á llenar de carbon la hornalla de la estufa.

Entretanto yo preparaba una mecha para encenderlo, y un instante despues la hoguera chisporroteaba á impulso de la columna de aire científicamente lanzada por el fuelle del doctor.

Me entretenía en hacer comentarios sobre la completa transformación operada en su carácter, cuando vino á distraerme una pregunta salida al parecer de la bocina de un fonógrafo. Era su voz que repetía:

—¿Cuántos grados marca?

Miré el termómetro y respondí:

—¡Nueve!

—¡Frío! balbuceó, arrojando dos enormes trozos de hulla en la chimenea, que se había convertido en frágua.

Y así por intervalos, él repitiendo su interrogación y yo contestándola, llegamos hasta el 25°, término medio entre la temperatura cálida y la ardiente.

Pánax se retiró de la estufa, jadeante, casi achicharrado, y aproximándose á mí que empezaba á sentir síntomas de asfixia, me dijo en tono que no admitía réplica:

—Estamos en los tiempos prehistóricos y hace tanto calor como en el Indostan actual bajo el techo de mi *verandah*, y casi el mismo que en el interior de una caverna, en la edad de piedra; lo que equivale á decir que nos hallamos en el verdadero y justo término medio. Conseguido esto me acompañará V. á cenar.

—¿Doctor—pregunté tímidamente,—no podría conocer antes el *menu*?

—El interpelado se había dirigido á un ángulo de la habitación y mientras abría una enorme caja de hierro, contestó secamente:

—La lista será por orden cronológico.

Y agregó suavizando un poco la voz:

—¿Quiere tomarse la molestia de esparcir algunas áscuas por el suelo, en la superficie de un pié cuadrado?

En el acto accedí al deseo de Pánax y este avanzó conduciendo lentamente un trozo de una

sustancia rojiza que colocó sobre los carbones encendidos.

En seguida volvió á la caja, regresando cargado con una porcion de objetos estraños cuyo uso me era completamente desconocido. Los amontonó, y despojándose de su levita quedó en mangas de camisa.

Cruzó los brazos á la espalda, contrajéronse sus cejas y olfateando, como un sabueso que ha perdido la pista, exclamó :

—¡ Que perfume tan grato ! No lo nota V ?

Empezaba á sentir un olorcillo sospechoso, mas, por no disgustar á Pánax, respondí :

—En efecto, aspiro ciertas emanaciones que no sé de donde proceden.

—¡ Ah! bien seguro estaba de que V. no lo adivinaria. Es del osmazono de este pedazo de carne.

E indicó al trozo puesto sobre las brasas, agregando :

—Pero V., autor de la obra «La mortalidad de los inmortales», es por ventura miembro de la Academia Argentina?

—No merezco tan alto honor,—contesté;—ni comprendo qué relacion puede haber entre el ozmazono y la Academia.

— Le diré : el ozmazono proviene de ese asado, que es lo que Vds. llaman *carne con cuero* ; frase que seguramente aparecerá en el « Diccionario de Argentinismos », pero he aquí lo que los se-

ñores académicos ignoran : carne con cuero
de manmuth.

—¡ De manmuth ! Entónces formalmente vamos á engullirnos la carne de un coloso antidiuviano.

—Palpamos verdades inverosímiles,—contestó Pánax,—desde este momento cesamos de ser contemporáneos de nosotros mismos.

Yo estaba atónito. Hacia enormes esfuerzos de lógica para convencerme de que todo aquello era real, pero solo conseguia embrollarme cada vez mas. El manmuth me inspiraba casi tanta desconfianza como el criterio del profesor, y estaba resuelto á decir cualquier cosa para esquivarme de tomar parte en la comida. Asi es que empecé :—He oido decir que produce terribles indisposiciones de estómago

—Es falso,—replicó tranquilamente Pánax.—Desgraciadamente no somos los primeros que en este siglo gustamos esta carne; ya unos insignificantes marineros, holandeses segun creo, han tenido la audacia de anticipársenos en los hielos del norte. Su comida á pesar de ser empírica les nutrió perfectamente, pues la asimilaron en gran parte; lo que prueba que no tiene las malas cualidades que Vd. le atribuye. Por fortuna el nombre de nuestros oscuros antecesores no pasará á la historia.

—Sin embargo,—continué, obstinándome en mi afirmacion anterior,—he oido decir que Jonathan Franklin, por ejemplo, murió á consecuencia de...

No pude concluir; el doctor devoraba con avidez un bocado del manjar cuya apologia habia em-

pezado á hacer, y yo, convencido por respuesta tan elocuente, influenciado por el apetito y hostigado por la curiosidad, decidí imitarle.

Me senté en el suelo en una postura eminentemente musulmana y cogiendo un instrumento de piedra que me alargaba mi anfitrión separé una hermosísima tajada.

—Nuestros cuchillos son de pedernal,—observó Pánax.

Sí,—murmuré,—y el asado parece de lo mismo.

El doctor se levantó bruscamente y por tercera vez dirigióse á la inmensa caja de hierro.

Creí que mi reflexion le hubiera disgustado, pero pude notar, con placer, que era otro el motivo, pues puso entre él y yo una marmita de piedra casi llena de una materia de aspecto gelatinoso.

—¿Es también fósil?—me atreví á preguntarle.

—Algo así, respondió,— es una bebida comestible. Una vez que visité las ruinas de Pompeya, vagando á inmediaciones de la casa de Pansa, se me acercó un obrero de los que trabajan en restaurarla y me dijo con aire reservado: —« Exe-lencia, acabo de encontrar un cántaro conteniendo una cosa semejante al vino y como no me conviene que vaya al Museo 'de Nápoles, deseo venderlo á cualquier aficionado». —Me lo enseñó y reconocí con indecible alegría que su contenido era, en efecto, vino; si, vino de mil ochocientos años, y por el cual el mismo Baco hubiera trocado gustoso su puesto en el Olimpo!

—Doctor —esclamé en el colmo del entusiasmo,—deme un ánfora, una cratera, una copa, un jarro, cualquier cosa ; quiero beber !

Pánax, alcanzándome una concha, solo dijo :

—Ahí tiene una cuchara. Es suficiente.

La cojí, y armándose él de otra empezamos simultáneamente á disminuir el contenido de la marmita-

A la tercer cucharada yo preguntaba al doctor :

—¿ Está Vd. seguro de que la ambrosía era tan fabulosa como los dioses ?

Y el interpelado, por toda contestacion, se levantaba, volviendo á colocar la vasija en el mismo lugar de donde la sacara

Acto continuo, recobrando su primera posicion, apoyó los codos sobre las rodillas y con la cabeza oculta entre las manos, permaneció como dormido.

Indudablemente, en ese momento, soñaba con millares de diccionarios fósiles (el doctor era fuerte en ambas cosas) de las cuales la mayor parte no alcanzaban la letra A ; esto es, se hallaban en la inajinacion de los futuros colaboradores.

Distrágle de tan hermosísimo ensueño preguntándole.

¿ Y... el manuscrito ?

Entonces sus facciones se dilataron y levantándose como impulsado por alguna fuerza extraña repitió :

—¿El manuscrito? ¡Ah! ¡Vá á disiparse la sombra del misterio; solo temo que la luz de las bujias no nos sea bastante.

Nos dirijimos á un escritorio que estaba en medio de la habitacion y nos situamos frente á frente.

Antes de empezar nuestra tarea, Pánax lanzó un suspiro, murmurando:

—¡Cuántas grandes ideas habia en el fondo de la marmita!

III

Y sumergió la pluma en el tintero.

Bajo la impresion de una multitud de confusos pensamientos empecé á dictar:

La pluma de Pánax corria sobre el papel, produciendo un chirrido áspero y monótono.

Las brasas de la chimenea se iban cubriendo con una capa de ceniza, y la temperatura descendia sensiblemente, sin embargo, preocupados con nuestro trabajo y estimulados por el licor pompeyano, proseguíamos ardorosamente nuestra labor sin que ninguna dificultad pudiera hacérsela abandonar. Habia veces que empleábamos mas de media hora para interpretar una palabra; siendo esa la causa de que despues de cinco horas y trece minutos de trabajo, segun el cronómetro del profesor, apenas hubiésemos traducido la quinta parte del manuscrito.

Un instante mas tarde, el doctor esclaman-

do ; *eureka!* me arrebatava el documento, y yo abandonádoselo contestaba ; *hosanna!*

Se levantó de la silla, rascóse la cabeza y leyó lo siguiente :

IV

« El tiempo desfigura los acontecimientos envolviéndolos en una niebla fantástica : así estos hombres de ahora transmitirán á los del futuro la narracion adulterada de nuestra historia, y de generacion en generacion, de lugar en lugar, irá transformándose y originando diversas fábulas, segun el tiempo que transcurra y la índole de cada pueblo. »

« Por eso lanzo esta página al acaso ; si lo escrito se pierde queda la tradicion ; la tradicion es la penumbra de la historia. »

« Quizá esta hoja permanezca eternamente sepultada en las entrañas de la tierra ó se hunda con ella en un cataclismo ; quizá, como lo espero, algun hombre la descubra. »

« Mas suponiendo que la encuentre y la lea ¿ podrá comprenderme ? Y si me comprende, pertenecerá á una época tan adelantada que pueda creer lo que revelo ? »

« ¡ Ah ! he ahí lo que me llena de angustia ; he ahí la causa que hace detener la mano y vacilar el ánimo. »

« A pesar de eso, mi deber es escribir esto y lo cumplo. Si fuese tan afortunado que una mano inteligente rompiese, durante un período

de progreso, el cilindro de piedra que encierra esta débil lámina, entonces todas mis angustias actuales se verían compensadas. »

« ¿Quién sabe! »

« Ojalá no se descubra en una época de civilización estática en que las naciones como viajeros fatigados se sientan al borde del camino para tomar aliento, y seguir adelante. »

« Como vais á ver, yo Adima y mi esposa Eva vinimos á este planeta desde nuestro próximo mundo. »

« Las cosas grande deben decirse sencillamente. »

« Ah! cuan pocos son los que van. »

« ¿Y los que llegan? »

« Eso depende de la inteligencia y del valor. »

« No sabeis qué inmensidad de emociones se experimenta cuando se abandona el mundo sin abandonar la vida. »

« No sabeis cómo se apodera del ánimo la nostalgia de lo infinito, y cómo la realidad viene á superar lo que se sueña. »

« El hombre se espanta al contemplar su propia obra, y una vez terminada, el castigo no tarda en llegar; si, el castigo impuesto á todo el que imprime una nueva evolución á la marcha de la humanidad. »

« Y mirad: cuando el sol desaparece y empiezan á centellar los astros en la misteriosa oscuridad de la noche, entonces abrumado por el dolor, permanezco silencioso y abstraído, conteniendo el planeta, mi patria, que gira en

el espacio arrastrando todos los recuerdos de mi existencia. Me parece un ojo ardiente que me envía una mirada envuelta en un rayo, que abrasa sin iluminar! »

« Qué triste es el recuerdo. »

« En qué pocas palabras se encierra completamente todo lo que miles de generaciones han conquistado á través del tiempo á costa de combates supremos. »

« ¿A dónde llega el hombre? »

« Primero recorre la superficie de la tierra, en seguida surca las aguas, despues hiende los aires, y por último se lanza al espacio, al espacio infinito. »

« Al principio sus armas son toscas y groseras, ramas de árboles y fragmentos de piedra, pero van mejorándose á medida que se van adquiriendo conocimientos; la fuerza ha sido reemplazada por la destreza, que á su vez lo será por la inteligencia; la inteligencia esgrimiendo la única arma digna, sublime: la palabra. »

« Se empieza por ganar una cueva; luego se somete una tribu; mas tarde un pueblo. Se llega á conquistar un país, á dominar un continente; y los hombres van acercándose y los pueblos van refundiéndose. Entonces, al llegar á la unidad por la fraternidad, el hombre vé que se ha reproducido demasiado en un mundo cuyo suelo está empobrecido, cuya atmósfera está viciada, y conoce que la felicidad que

se ha labrado á costa de tanto tiempo de sacrificios, es pasajera, efímera. Pero ha estudiado y se salva.

« La ley está dada y la hora ha sonado. »

« Se apresta atravesando el espacio, para realizar la mas grandiosa de las conquistas humanas: la conquista de un astro!...

« Es asi como se ha descubierto este planeta; es asi como hemos llegado á este mundo quizá á poblar estas regiones con una gran familia, que trae acumulada la experiencia de una larga vida civilizada. »

V

El doctor, profundamente emocionado, suspendió la lectura y sentándose en un gigantesco sillón, cruzó los brazos sobre el pecho, quedando en su posición favorita.

—¿ V. sabe?—me dijo.

—¿ Qué cosa?—pregunté á mi vez.

—Que el paraiso hindu es la antigua Trapobana, Ceilan.

—¿ Y?

—Es probable que allí sea donde abordó Adima.

—¿ En su viaje extra-planetario?

—Justamente. Ya vé que el Adam de la Biblia, tomado de las tradiciones de la India, tiene derecho á ser un tipo real.

—Naturalmente, puesto que segun el manuscrito, Adima era un descubridor de mundos, y

hasta me parece que el progenitor de los hombres de la raza blanca.

—¿Y V. lo duda?

—Al contrario, doctor, creo algo mas.

—¿Si?

—Si, fundado en la metempsícosis voy hasta suponer que V. mismo es Adima, reencarnado despues de miles de años, espresamente para recojer el perdido manuscrito.

Pánax guardó silencio.

Yo, con un codo sobre la mesa y apoyando la mano en la mejilla, me hacia la siguiente reflexion :

La sabiduría y la locura son tan opuestas como la luz y la sombra ; mas, con frecuencia, la una acompaña á la otra.

Pánax es un sabio.

Luego

LA BOTELLA DE CHAMPAGNE

. . . . mais, le lieu du suplice c'est le cabinet. c'est l'interieur de l'homme, le plus profond de l'ame.

BALZAC.

Era una noche de invierno, fria y lluviosa. Asaltado por mil ideas sombrías, transitaba por una calle oscura y solitaria ; tiritaba, llevaba frio en el alma, quiero decir en el bolsillo, porque el bolsillo es el alma de la época.

Hacia cuarenta y ocho horas que no habia comido ; cuarenta y ocho siglos que sufría el tormento del hambre.—Del hambre, fantasma terrible que arrastra al individuo al vicio, al crimen, á la tunba.

Caminaba sin rumbo, sin objeto, tambaleándome y manchado de lodo ; el agua caía sobre mí implacable como la desgracia, helada como la indiferencia, pero yo no la sentía, pues

la desesperacion embargaba todos mis sentidos, absorbía todas mis facultades.

¿Dónde encontrar un pan? He ahí el gran problema que torturaba mi alma. Para resolverlo no veiz mas que dos recursos, la mendicidad ó el robo; esto es, el oprobio ó e crimen.

Los pobres que siéndolo no lo parecen, los que se ven obligados *á guardar la forma*, son los mas dignos de lástima; no pueden exclamar ¡hermano, una limosna por amor de Dios!

Yo pertenecía á esta clase de párias que se ven condenados si roban, escarnecidos si piden.

¿Dónde ir? ¿Qué hacer? Todas las puertas se cerraban ante mí, todas las manos se retiraban, todos me huían.

Nada debo esperar de los hombres,—me dije,—llamemos al cielo ó al infierno, sí, llamemos, la mansion de la muerte está siempre abierta. Vamos....

Y el fantasma del suicidio cruzó por mi imaginacion, sonriendo de una manera siniestra. Loco, delirando, imploré su ayuda: solo él podía arrancarme del Calvario de la vida. No era culpable; la sociedad habia sido mi verdugo y mi juez impasible—yo no era el criminal, era la víctima.

. ¡Qué caos de ideas sin nombre, sin forma, bullian revolviéndose en mi espíritu! ¡Qué crueles torturas, qué supremas angustias, acompañaban mi agonía infinita! ¡Oh! no culpeis al

suicida, no insulteis su memoria; compadecedle, respetadla.

Llegué á la orilla del rio; mejor dicho, él habia venido á mi encuentro y se habia detenido á mis piés.

Contemplé por un instante aquella inmensa sábana de agua, de agua que dá la vida al dichoso y la muerte al desgraciado; sus olas se arrastraban astutamente, produciendo rumores insinuantes, y me contemplaban al pasar, queriendo leer en mi rostro los sentimientos que batallaban en mi alma. Parecióme que en cada onda flotaba un espíritu que me reprochaba la cobardía de permanecer aún entre los vivos, y cediendo á la fascinacion dí un paso para precipitarme en aquel abismo, pero tropecé con un objeto y me detuve. Palpé la superficie del objeto y creí reconocerlo, era una botella. Fuíme al farol mas próximo y á favor de su luz agonizante la examiné; no me habia engañado.

Era una botella llena, intacta. ¡Una botella de Champagne!

Cojila y estrechándola contra mi seno para evitar que se rompiese, en caso de tropezar, emprendí el regreso hácia mi habitacion, hácia mi guarida.

Yo no vivia solo, no, jamás hubiese podido conseguirlo — el hombre aislado es un ave sin alas. En mi refugio, pequeño como el alma de un egoista, moraban séres cuya ocupacion era

martirizarme; íntimos enemigos de los que no podía escapar, á quienes no podía vencer ni dejar de combatir.

¡Cuántos hay que no los conocen! Sin embargo, ¿hay alguno que no los haya oído nombrar?

Por la mañana el cansancio, el desaliento; á la noche el hastío, el tedio; á la hora de comer la desesperacion, el hambre; al tiempo de dormir.... ¡Oh! Al tiempo de dormir!... el insomnio, muriéndome de sueño.

Detúveme en el dintel de la puerta procurando sondear la oscuridad que pesaba sobre los objetos de mi cuarto como una atmósfera maldita. Coloqué á mi lado cuidadosamente la botella, tan cuidadosamente como una tierna madre deposita en la cuna el fruto de sus placeres y dolores; en seguida saqué un fósforo, lo froté en la pared, estendí el brazo hácia dentro de mi habitacion, y á su luz incierta, amarillenta, huyeron espantadas las sombras atropellándose confusamente y desvaneciéndose al instante.

Volví á coger la botella, avancé y encendí una miserable vela de sebo cuya luz dudosa iluminó tímidamente un espacio cerrado por cuatro paredes recamadas, con lujo, de telarañas, en cuyo centro se destacaba un lecho semejante á un ataúd y una mesa cubierta con un tapete negro, remedando un túmulo.

Aproximé una silla á la mesa, tomé asiento, atraje la vela hácia mí, y cogiendo la botella

con ambas manos, cubrirla de besos, después de contemplarla con ternura. En seguida levantéme con presteza, traje un vaso, volví á cogerla, y dando un violento golpe en el borde de la mesa, con su cuello, lo rompí produciendo un sonido vibrante y melodioso.

El Champagne surgió instantáneamente con el ímpetu de la lava que se lanza rugiendo por el cráter; como ella líquido, como ella hirviente. Al verterlo dentro de la copa, herido por la indecisa luz de la vela, parecióme que deramaba una cascada de topacio en un cáliz de diamante, y al apurarlo creí gustar el néctar de la felicidad.

Entre tanto, el resto del vino convertido en ténue espuma de oro, se escapaba incesantemente por los bordes de la rotura; quise estender el brazo para evitar su derrame, pero no pude; un desfallecimiento dulcísimo, seguido de un sopor profundo, se iba apoderando de mí.

Todo giraba á mi alrededor con vertiginosa rapidez, la cama, la mesa, las paredes. La botella y la luz de la vela se habian multiplicado infinitamente y daban vueltas tambien, como satélites al rededor de su planeta.

Cerráronse mis ojos y me encontré rodeado de tinieblas.

¡Qué sueño tan horrible!

Nadaba, perdido en la inmensidad de un mar fantástico ¡de un mar de Champagne! seguía-

me un espectro, el espectro del suicidio que hacía esfuerzos sobrehumanos para alcanzarme, pero las olas gigantescas se interponían como barreras insuperables. No intentaba huir; pero las mismas olas me arrastraban suave, muy suavemente, lejos de él que luchaba con marcada rabia contra aquellas montañas líquidas que se oponían á su paso. Yo le perdía de vista insensiblemente y miraba como estendía hácia mí, con desesperación infinita, sus largos brazos de blanquecinos huesos.

Por fin, borróse á los ojos su silueta y llegué á una playa defendida por colosales murallas cortadas á pico, donde iban cantando á morir las olas de aquel mar.

Una mano desconocida me asió con fuerza y me levantó al nivel de la playa, poniéndome en el suelo. Al incorporarme ví con asombro que estaba completamente seco; en seguida busqué con la vista á mi salvador.

En ese momento algun espíritu encendió el fanal de la noche que esparciendo su melancólica luz de plata iluminó á mi extraño compañero; parecióme un hombre disfrazado de botella ó mas probablemente una botella disfrazada de hombre; tenía una especie de bonete de corcho, encima del cual se adaptaba una tela metálica dorada, que cubriéndole el rostro (si lo tenía) le caía hasta mas abajo de los hombros; su traje negro y lustroso parecióme de cristal, reduciéndose á una simple túnica que

se ensanchaba en su estremidad inferior; además, á la altura del cuello, dibujábase una cicatriz muy particular, en la que ví algo semejante á espuma.

Preguntéle quién era, pero en vez de contestarme echó á andar hácia el interior de aquella tierra, que no sé si era de este mundo ó de otro; le seguí, poniendo mi pié en cada una de las huellas que imprimiera su planta. Así llegamos al linde de un bosque.

Mi guía se detuvo un instante, como indeciso, pero al fin se resolvió á atravesarlo, volviendo á emprender la marcha con un paso que me helaba la sangre: no era el de un hombre, sinó el de una máquina, regular y acompasado como el oscilar de un péndulo. Seguile también con movimiento mecánico, que no emanaba de mi voluntad que habia perdido su dominio sobre mis piernas. Si hubiese querido detenerme ó apresurar la marcha, indudablemente no hubiese podido conseguirlo: el misterioso personaje tenía la virtud de atraerme.

Llegamos al centro del bosque.

¡Qué árboles tan estraños! Si hubiera podido admirarme de algo, seguramente el asombro se habria apoderado de mí en esos momentos, pero yo le contemplaba todo con naturalidad, con indiferencia; los vapores de aquel mar estra vagante habian amortiguado mi sensibilidad.

Un huracan continuo, como el de las pasiones, reinaba en aquella selva produciendo ru-

mores indefinibles; los troncos de sus árboles parecían hombres petrificados, y su ramaje sostenía hojas informes, de brillantes colores en la parte superior, pero que agitadas por el viento dejaban ver la segunda faz semejante á un andrajo: repugnante y monstruosa.

Algunas plantas se entrelazaban á otras que oprimían y aniquilaban; muchas, de extraordinarias proporciones, azotaban con sus ramas á las mas próximas y débiles; todas parecían poseídas de las mismas pasiones y afecciones que los hombres. En el estrambótico follaje titilaban transparentes gotas que no eran de rocío, ni de resina, sinó que mas bien parecían lágrimas, lágrimas de dolor.

Interrogué, al pasar, á mi guia, sobre tan raro espectáculo, pero como la vez primera no obtuve contestacion alguna. Entónces fijé en él mi atencion y noté que su forma era... ¡la de una enorme botella de champagne! ¡la de la que me habia encontrado! ¡de la que habia bebido!...

Miré su cuello y la cicatriz que viera antes la contemplaba ahora, pero mas distinta, brotando mas espuma. ¡Era la misma fractura que yo habia hecho al golpearla contra el borde de la mesa!

—Perdido estoy, — pensé tranquilamente, — se vengará de mí.

En ese instante detuviéronse mis piernas súbitamente; la botella habia hecho otro tanto.

Estábamos al borde de un abismo profundo, insondable: me incliné hacia él, escudriñé su fondo, y allá á lejana distancia apareció una sombra tan inconcebiblemente negra que oscureció las mismas tinieblas del antro.

Retrocedí horrorizado, esa sombra era la mía.

Entonces se efectuó otro prodigio: la botella habló.

Con voz clara y solemne, cuyo timbre parecía el sonido de dos copas al chocarse, me dijo haciéndome temblar:

— *Suicida: ese bosque es tu mundo, este abismo es tu conciencia.*

Abrióse su cicatriz, y la espuma á torrentes, á mares, á diluvios, cayó en el abismo y fué subiendo, subiendo hasta cubrir sus bordes.

Despertéme horrorizado y me encontré debajo de la mesa, cerca de una botella rota y vacía.

La idea del suicidio no volvió á halagarme, pero en mi alma quedó una duda:

¿Fué sueño ó realidad?

EL GNOMO

Así es como hacen los jitanos para adivinar lo que se piensa,—me dijo Antonio.

—Pero,—contesté,—esa operacion tiene algo de cábala, algo de sortilegio, algo de nigromancia.

—Sí, Pedro, es una caricia de vampiro á su presa; una conversacion de bruja con un poseído del espíritu maligno.

—No creo en tales cosas, Antonio; mi razon se resiste á ello, y las personas que refieren ingénuamente esos hechos maravillosos me inspiran profunda lástima.

—Bah! no es que no creas, sinó que nadie acepta un buen fondo bajo una mala forma y si hubiese tratado de explicarte el caso por medio de la fisiología, ó mejor por las misteriosas corrientes magnéticas que ponen en comunicacion á los individuos mediante el contacto y la

voluntad, te hubiera parecido lo mas verosímil y sencillo.

—¿Entónces crees sinceramente en eso?

—Ya te lo he dicho: no tengo la menor duda.

—¿Te atreverias á hacer la prueba en alguien?

—En nadie; se me erizan los cabellos al solo pensarlo, porque temo causar al operado algun trastorno mental.

—Pues yo que niego el hecho me atrevo á poner en práctica el experimento, para convencerte de su ineficacia.

—No me estraña; pues siempre ejecutas experiencias tan raras como inútiles.

—Con eso no hago mas que realizar lo que me cuentas.

—Vaya, déjate de epigramas.

—Bueno, espícame detalladamente cómo haré para saber lo que piensa una persona dormida.

—Bien has visto que lo que sé es muy poco y quizá no basta para conseguir el efecto deseado. Por otra parte, el procedimiento es bastante vulgar.

—No importa, dímelo otra vez, pues quiero que no se me olvide nada. ¿Qué se hace primero?

—Algunos pases mesméricos sobre los ojos.

—¿Y depues?

—Despues, esto es todo: pones la mano derecha sobre el corazon del durmiente, de manera que ejerza una suave presion en la epidermis. Los dos fluidos se comunican por el poder de la voluntad; la corriente queda esta-

blecida y entonces se ordena, al que duerme, que obedezca, que hable, que revele sus mas ocultos pensamientos.

—¿Nada mas?

—Nada menos, Pedro. El otro abre para tí la sagrada puerta de su conciencia.

—Perdóname Antonio, si dudo de tus palabras pero me hablas con la seguridad y el entusiasmo del que no pudiendo realizar algun bonito proyecto, por creerlo imposible, induce á otro á llevarlo á cabo, enumerándole las probabilidades, ocultándole los obstáculos, y haciendo de él la pintura mas sencilla y mas tentadora.

—Luego ¿crees que miento?

—No, sinó que estás engañado.

—En fin, no haré cuestion de esto. Dime ¿qué horas tienes?

—La una de la noche.

—Me voy.

—Yo tambien. Oscar dormirá profundamente ¿Vas á experimentar en él la operacion de que hemos hablado?

—Si, me distraeré en despertarlo con eso, ántes de acostarme, para convercerte de tu error, mañana cuando nos veamos.

—Ten cuidado, que no despertará fácilmente.

—Bah! tiene el sueño muy ligero. Ya verás como nos reimos de tus cuentos de hadas.

Entré á la pieza furtivamente, con el sigilo del que se prepara á cometer una mala accion ; encendí la mecha de la lámpara, abriendo y cerrando con grandes precauciones el anillo de bronce que sostiene el tubo, é intercepté la luz colocando un libro entra ella y el lecho de Oscar.

Luego, indeciso, cruzado de brazos, esperé á que un ruido cualquiera viniese á libramme del completo silencio que me rodeaba, intimidándome y haciendo que no me atreviera á interrumpirlo. En esos momentos todo parecia reposar en inmovilidad absoluta: no resonaban en el piso, ni en el cielo-raso las corridas que los ratones solian emprender todas las noches; el viento no susurraba en las plantas del pátio, ni estremecía las batientes de las puertas; la respiracion de Oscar no era sensible al oído y hasta el gato de la casa dormia á esas horas, contra su costumbre, haciéndome desear ardientemente el imperceptible rumor de sus pisadas. En la calle tampoco podia percibir los pasos de ningun transeunte, el silbato de ningun gendarme, ni el canto de un gallo, ó el lejano ladrido de algun perro.

Me encontraba en una situacion anormal de espíritu producida por la conversacion con Antonio y el experimento, estraño para mí, que iba á ejecutar; concurriendo tambien á determinarla, la noche, la soledad, el silencio y lo maravilloso de los resultados que, como aquel

me aseguraba, iba necesariamente á obtener. La inteligencia recibia la sensacion del silencio completo y confundiéndola con él engendraba la nocion de la nada absoluta.

Al fin hice un gran esfuerzo y quedó vencida la influencia del medio moral en que me habia colocado. Me aproximé al lecho de Oscar y sentándome suavemente en el borde, contemplé su rostro envuelto en la penumbra. El perfil de esa fisonomía, dibujándose con precision sobre la blanca tela de la almohada, destacaba netamente la silueta de correccion poco comun: la línea média del craneo, desde el cerebelo hasta la base de la frente, se desplegaba en un arco suave, gracioso, no alterado por ninguna protuberancia; la nariz arrancaba en curva ligera, continuando despues en línea recta, perfectamente regular, ocupando la tercera parte del rostro, y á distancia casi igual entre su terminacion y la de la barba se dibujaba la boca, bajo los contornos mal diseñados del bigote naciente.

Oscar dormia. A primera vista y por causa de la gran regularidad de ese rostro, me pareció que su sueño era tranquilo; pero observando con mas atencion, noté el labio inferior ligeramente avanzado hácia fuera, con las comisuras hacia abajo; las mandíbulas apretadas dibujando los ligamentos sobre las mejillas, y en la frente dos surcos paralelos profundamente señalados, cayendo perpendicularmente á las cejas.

Evidentemente Oscar sufría algún secreto dolor, y el malestar interno se reflejaba vagamente en la fisonomía, alterando su habitual expresión de calma.

—Esta es la ocasión para hacer el experimento,—me dije —Si, voy á saber en qué piensa Oscar; no, no le preguntaré lo que piensa, porque sería indigno arrancar á un amigo que duerme lo que quizás no me revelaría despierto. ¿Y entonces perderé esta oportunidad? No podré realizar nunca la experiencia? Todo es falso, Antonio me ha engañado; se ha divertido burlándose de mi ingenuidad ¿Y si fuese cierto? ¿Si respondiese á mis interrogaciones? Ah! le preguntaré lo que sueña; nada más que eso y quedaré satisfecho ¿Y si no sueña?

Pero eso es imposible, el cerebro no puede estar inactivo; tiene que producir algo, ideas razonables ó disparatadas, pero algo, en fin, que él pueda traducir en palabras. Ya veo que me alarmo infundadamente, pues habrá tanto que preguntar que el tiempo me será insuficiente, y en todo caso, con tal de que responda sin despertar, quedaré satisfecho. Ánimo, hagamos la prueba y saldremos de la duda.

Delicadamente, con lentitud, una por una, descorrí las cubiertas que le abrigaban, hasta dejar parte de su cuerpo al descubierto y después de hacer los indicados pases magnéticos, desprendí la camisa y temblando de emoción

pasé mi mano sobre el costado izquierdo de su pecho.

Movió los brazos, variando la posición de la cabeza hasta quedar de frente y produciendo un sonido gutural, semejante al gruñido de un perro que sueña, estremeciéndose convulsivamente, quedando en seguida inmóvil.

Renové los pases, temiendo fuese á despertar; reconcentré toda la voluntad de que era capaz y sin apartar mi mano de su corazón, queriendo firmemente dominar su espíritu :

—¿Sueñas? —le pregunté.

Nada dijo. Volvió á agitarse, pero esta vez mas débilmente.

Y yo insistí :

—Contesta, te lo mando.

Debatióse, pareciéndome que trataba de desobedecer la orden recibida, mas cediendo á pesar suyo al esfuerzo de mi volición :

—Sí, duermo y sueño, —contestó; —la escritura es el signo de la idea como el sueño es el geroglífico de la vida. ¿Quieres interpretarlo?

Esta pregunta hizo vacilar mis resoluciones, produciéndome cierta inquietud parecida al remordimiento, por obligarle, cuando le era imposible resistir, á confiarme lo que quizá no quería; pero al ver su aspecto sufriente y al considerar que revelándome la idea que le agitaba, podía yo calmar sus angustias, desaparecieron mis temores, y viendo que era preciso ordenar para saber, con

el tono apacible del que aconseja á un niño obediente, le dije :

—Escucha bien; no pierdas la hilacion de tus pensamientos; trata de recordar lo que imaginas y transmite todo, sin omitir el mas mínimo de talle.

—¿Lo ves?—respondió:—sí, lo ves. Puedes creer que esas oscuras y pesadas ruinas son de una fortaleza ó de un castillo, perdido entre las montañas, las nieblas y las sombras; puedes creer que todo eso vá á juntarse, piedra por piedra, con los inertes guijarros que yacen para siempre, olvidados y perdidos para los hombres, en el fondo de los precipicios.

« El horizonte resplandece; el viento trae en sus ráfagas vibraciones de armonías. »

« Los lagartos huyen fuera de las cavidades húmedas y tenebrosas de las rocas; los buhos graznan, precipitándose fuera de esas almenas seculares, los buitres se ciernen con la mirada centelleante y la garra entreabierta, y los murallones de las rocas tiemblan y vacilan »

« Allí, detrás de los lejanos picachos de los montes, la luz difunde la vida; la alegría que es la plenitud de la vida y la manifestacion del placer; y yo ¿lo ves? estoy encerrado en esta vieja y decrepita fortaleza que se derrumba. El gnomo ha descornado el velo ante mis ojos y me ha mostrado los abismos, los profundos y tenebrosos abismos; ha evocado á los génius que conocen los secretos de la naturaleza y trasformado

todo lo bello que me rodeaba, en estas ruinas miserables. »

Calló, y nuevamente volvió á reinar el silencio.

A pesar de mi voluntad, sentí que sus pensamientos se confundían con los míos, formando un conjunto armónico é imponiéndose en cierto modo, á la razón que se esforzaba por rechazarlos. Por otra parte, una curiosidad tan pueril como irresistible me ostigaba á seguir preguntando.

—Oscar, le dije, concluye el cuadro que acabas de pintarme, termina la narración; pon en orden tus ideas. Te serviré de guía; contesta ¿dónde imaginas las ruinas de que hablas?

—Todo me parece oscuro é indeciso; los contornos de las cosas, vagos como las fábulas en que ocultaban la verdad los hombres de las épocas primitivas. El fondo de lo que veo escapa á mi inteligencia; no distingo más que la *forma*, así como en los cuerpos no transparentes solo es posible ver la superficie.

—Pero el castillo, las ruinas, donde crees que están.

—No sé en qué país. Las veo elevarse sobre un gran peñón rodeado de precipicios; en un sitio igual á cualquier paraje desolado de los que conozco y aún, ignoro por qué, á cualquiera de los que nunca he visto. Todos deben ser lo mismo y muchos desgraciados se lamentarán, como yo, de la fuerza que les obliga á permanecer en ellos,

—¿No estás solo en el castillo?

—Ahí tienes á algunos de mis compañeros. Espera. . . . ¿no me ves? . . . me encuentro en medio de un gran salon de paredes altas, macizas y desnudas. Hace mucho frio. Una luz apenas visible, plomiza como la niebla, penetra en el vasto recinto por las claraboyas donde estuvieron las puertas y por los intersticios de las piedras desunidas.

«Estos ancianos es lo único que venero. El horrible gnomo ha venido, de tiempo en tiempo, á visitarme y una por una ha destruido mis creencias, cambiando á mi vista el aspecto de las cosas y transformando los horizontes que limitan la planicie, en otros siempre mas sombríos. Apesar de todo su inmenso poder mágico, nada ha podido hacer contra estos sábios.»

«Ellos están sentados en el pavimento, al rededor de la habitacion, con la espalda apoyada contra el muro; grandes mantos negros los envuelven y enormes capuchones ocultan sus rostros. Permanecen inmóviles, de bruces, con los brazos estendidos y las manos entrelazadas sobre las rodillas, por debajo del manto, en actitud de reposo, como descansando de grandes agitaciones y fatigas.»

«Yo me he refugiado entre ellos, para estar libre de las asechanzas del gnomo.»

—¿Y por qué no abandonas esas regiones?

—«¿Por qué no huyo? ¿Acaso no lo sabes? Mira hácia fuera, contempla esas dos blancas siluetas de mujer; flotan con sus cuerpos intangi-

bles, puras entre el fango de la planicie, luminosas entre la bruma y las tinieblas.

« Ellas me impiden dudar de la ciencia de estos ancianos ; su presencia me consuela ; alientan y vivifican mi espíritu, y á través de las brumas me envian sus resplandores, infundiéndome la esperanza de alcanzar á las comarcas de la luz, y fé para soportar con valor mi encierro en estas regiones malditas.

« Entonces creo que esos ancianos meditan, tranquilamente, sobre grandes y terribles problemas, cuya solucion encontrarán en la inmensidad de su sabiduria. »

« La fé y la esperanza, inundándome con un baño de su luz empírea, me adormecen en un sueño, en un éxtasis, suave, placentero é intenso. »

« Oh ! no preguntes mas ; no me despiertes. Bellezas ideales me rodean, sensaciones voluptuosas recorren mis nervios en vibraciones armónicas. Creo estar mas allá de las montañas, insuperables para nosotros ; qué placer ! ¡ qué felicidad inmensa ! los goces del alma y los del cuerpo se confunden en uno solo, formado por todos y distinto de todos. Mi ser se difunde, se desvanece personificándose con el placer ; soy una cosa abstracta y él una sustancia corpórea ; yo mismo soy el placer, que tiene conocimiento de su propia existencia. »

« Tú que no me comprendes, déjame gozar de esta dicha extra-terrestre ; deja que esas dos imá-

genes luminosas, que la fé y la esperanza, me alienten y purifiquen. »

—Recuerdo que Platon ha dicho,—pensé,—que un sueño profundo, no agitado por ningun placer ni turbado por ningun dolor, es preferible á la mas bella de las realidades, y mañana la sensacion de ese sueño sin ensueños será la única que subsista en la conciencia de Oscar.

La fisonomia de éste, que un momento antes espresaba la tranquilidad y la dicha, adquirió de pronto un aspecto horrible, mezcla de dolor y de rábía.

Alarmado por su salud, creyéndome culpable por haber prolongado el experimento mas de lo que aconsejaba la prudencia, iba á despertarlo, cuando él pronunció, ó mejor, tartamudeó unas palabras, con un temblor, esfuerzo é inseguridad para articular los sonidos, que me trajo á la memoria los dementes atacados de locura paralítica. Recordé con inquietud y remordimiento lo que me habia dicho Antonio sobre trastornos mentales; pero Oscar mismo disipó mis temores, volviendo á pronunciar la palabra, fuerte y claramente :

— El gnomo ! — dijo.

Y sin que yo le interrogara, trasmitiendo lo que pasaba en su cerebro, como anteriormente se lo habia ordenado :

— El gnomo se acerca, — agregó, — viene á turbar mi mas bello sueño, como ya lo ha hecho otras veces : viene á volverme á la vida, á mos-

trarme las cosas bajo un aspecto que no desearia conocer; él destruye mis alegrías, disipa los encantos que me rodean, aparece de improvisto en medio de mis placeres, para amargarlos; con-turba el alma y llena de sombras la inteligencia

« Pedro ¡por piedad! no dejes que se aproxime á helarme con su contacto frio, á convencerme con su palabra ponzoñosa. »

« Imágenes, bellas imágenes, imploro la pro-teccion de vuestros divinos resplandores. ¡En vano! El gnomo os ha hecho huir con su presen-cia, se ha estinguido para siempre el brillo de vuestra silueta y desapareciendo confundidas con la oscuridad y la bruma, me dejais desamparado y débil. »

« El se aproxima; temo su palabra de convic-cion irresistible; llega hasta mí y vierte en mi oído frases diabólicas. »

« Me impele hácia los ancianos y venerables sábios que quizá meditan absortos, grandiosos asuntos, impenetrables para el resto de los mor-tales; me ordena que descubra sus rostros y los despoje de sus mantos, y permanezco inmóvil, sin atreverme á obedecer, temblando de respeto y veneracion ante ellos. »

« El gnomo, descubre entonces una lámpara que tenia oculta. La reconozco: es la lámpara de Psiquis, que indudablemente le ha sido robada par este demonio. »

« Alumòra, y me repite la órden. »

« Parte de este espíritu del mal toma posesion

de mí. Me acerco á uno de los sábios, estiendo el brazo para despojarlo de sus ropas; pero me detengo sin atreverme á ejecutar la operacion; el temor y la veneracion paralizan mis movimientos. »

« El génio dirige hácia él los rayos de la lámpara y con sus poderosos razonamientos me determina á realizar la obra. »

« Obedezco y derribo bruscamente la capucha de aquel hombre — ¡qué asombro! ¡qué terror! ¡qué hecho inesplicable! — no tenia cabeza; la lámpara de Psiquis confirmaba su no existencia: El manto recogido en anchos pliegues sobre los hombros, caia hasta el suelo, dibujando las formas de un cuerpo que no cubria. »

—« Sigue, sigue! — me grita el gnomo, y yo cogiendo un extremo de esta túnica hago un violento esfuerzo, tiro, y la estiendo en el pavimento ¡nueva admiracion! — nada hay debajo del capuchon, nada tampoco debajo del manto ».

—« Descubre á los demás, — me dice el génio, — despójales de esas apariencias venerables y encontrarás, en muchos, debajo de los pliegues de esas ropas, lo hueco y lo repugnante ».

« Vuelvo á obedecer y el encanto desaparece otra vez. La luz de la lámpara penetra en mi alma, que entristecida y desconsolada, contempla la realidad miserable de lo que ántes era objeto de su culto. »

Y Oscar, haciendo una pausa agregó:

—Pedro, eso es lo que he soñado. No me interrogues más, porque no podré contestarte.

—Disípame esta última duda, te lo ruego,—le dije.—¿Qué es el gnomo? Responde, ya que tu inteligencia tiene mayor lucidez que la mía.

Con tono triste y serio contestóme:

—Pregúntalo á esos jóvenes rebosantes de inteligencia y de vida que llevan una profunda amargura, un inmenso hastío, un incurable escepticismo engendrado por el conocimiento de las cosas. A esos que la *experiencia* del mundo ha hecho egoistas y descreídos pregúntales si han escuchado la palabra envenenada del Gnomo.

Entonces desperté á Oscar.

—Pobre amigo, — le dije — no eres el único á quien atormentan estos sueños.

HISTORIA DE UN PARAGUAS

I

Hacen pocos años, trasladando en uno de los cementerios de Baltimore, parte del contenido de una fosa comun, á otra recientemente abierta, se encontró dentro de una vieja y carcomida caja mortuoria un enorme y extraño paraguas, descolorido y agujereado, con la particularidad de no haber cadáver alguno en el ataud, ni restos ó indicios que autorizasen suposiciones al respecto.

Con este motivo se hicieron numerosos y absurdos comentarios, y los periódicos yankees inventaron las fábulas mas estupendas.

Muchas buenas gentes, tan piadosas como poco sensatas, creyeron y divulgaron que tal mueble y en tal sitio y condiciones no podia ser otra cosa que el cuerpo de alguien fallecido

en pecado mortal y transformado en paraguas por la voluntad de alguna potencia maléfica.

Esta ridícula version fué la mas generalmente aceptada, quizá por su carácter maravilloso.

Así fué como supe la noticia del encuentro del paraguas, epílogo en la narracion que voy á hacer de sucesos que á él se refieren y en los que desgraciadamente me tocó ser uno de los protagonistas.

—

Gran tempestad se habia desencadenado esa noche sobre Baltimore. Una inmensa nube negra cubria el firmamento, rasgada á intervalos por relámpagos deslumbrantes acompañados por el estallido del rayo; las ráfagas barrian las desiertas calles apagando la oscilante luz de los faroles y produciendo lúgubres silbidos al chocar en las esquinas de los muros, y los rugidos del mar venian á unirse á este desapacible concierto, mezclándose al choque de las olas rumores quejumbrosos arrastrados por el huracan desde una parte lejana.

Jamás habia visto una tormenta igual desde diez años á esa fecha; probablemente la gran columna de Washington iba á ser derribada en esa noche terrible. ¡ Pobres pescadores! ¡ pobres marinos!

Yo corria por una acera con la esperanza de llegar á mi casita, situada cerca de la playa, antes de que empezara á llover. El polvo cegaba

y los golpes de viento me hacían vacilar, dificultándome la marcha; sin embargo, esforzándome conseguí llegar al portal de mi habitación, saqué la llave del bolsillo, la introduje á tientas en el agujero de la cerradura, abrí la puerta y entré al angosto zaguan que tanto conocía, donde estaba situada la escalera. Detúveme un instante para dejar paso á una violenta bocanada de aire venida desde arriba, y en seguida trepé por aquella especie de túnel ascendente, saltando los peldaños de tres en tres.

La escalera terminaba en una pequeña plataforma, dando acceso á la pieza en que yo vivía acompañado de Nathaniel Storn, mi discípulo y amigo de la infancia.

Me sentí satisfecho de encontrarme en mi casa, resguardado de la intemperie, junto á mí compañero cuya delicada salud desde hacían varios meses me inquietaba sobremanera. Especialmente cuando como en esta noche había alguna alteración atmosférica, su estado enfermizo se agravaba con el mal tiempo, sin que pudiera localizar ni definir el mal que le aquejaba.

A veces me decía:

—No sé lo que tengo; nada me duele pero conozco que no estaría así si mi salud fuera completa.

—¡Serán los nervios!—contestaba yo, por decir algo.

Entonces Nathaniel quedaba pensativo, y en

ciertas ocasiones parecía absorto en alguna idea sombría ó dolorosa que se negaba á revelar.

—Los nervios, —replicaba, — los nervios, la electricidad, el alma ¡qué sé yo!

Y eso era lo mas esplicito que se podia obtener de él respecto á sus dolencias. Estas habian además agriado su carácter, volviéndolo en extremo irritable; y cuando me arriesgaba á declararle que en mi opinion sus males eran imaginarios, generalmente valiame esa franqueza frases duras ó destempladas.

—¡Qué necedad! —esclamaba;— decir que el malestar que siento es ficticio, porque mi enfermedad no reside en el estómago, ni en el pecho, ni en ningun órgano que pueda verse ó tocarse; confundir los males imaginarios con los males de la imaginacion, como si esta facultad de mi espíritu no fuera una parte de mí mismo. ¿Son acaso menos reales sus efectos porque esa parte dañada no esté manifiesta? Por otro lado esta enfermedad moral que empieza á minar mi organismo debe ser producida por una lesion material; basta una coloracion en la sustancia cerebral, algunos invisibles gránulos, un defecto cualquiera de conformacion para perturbar total ó parcialmente las funciones del cerebro, conturbando eso que llamamos alma, haciéndola vacilar como brújula loca que oscila sin marcar el rumbo. La lesion material debe de existir en alguna parte de mi cerebro, no me cabe duda; la cuestion es saber si

es causa ó efecto, si el espíritu gobierna ó es gobernado por la materia.

Su carácter expansivo, hasta en los primeros tiempos de su enfermedad necesitaba desahogarse, hablando en voz alta como si quisiera arrojar al exterior los pensamientos que le molestaban, pero ahora cada vez mas preocupado con su dolencia habíase tornado reconcentrado y huraño, hasta el punto de hacerme temer que adoptase alguna determinacion desesperada.

Por eso necesitaba ahora más que nunca no separarme de su lado.

Habitábamos en una casa de huéspedes y nuestro cuarto era el mas vasto de todos, siendo el único que por su situacion tenia una espléndida vista sobre el mar; reducíase su mueblaje á dos lechos con sus correspondientes veladores, en un extremo; en el otro una chimenea de mármol rojo y un caballete de pintura cerca de un diminuto aparato telegráfico; en el centro una larga mesa oblonga cubierta de libros, papeles, instrumentos de diversas ciencias y rodeada de sillas; adornando las paredes infinidad de croquis, mapas y cuadros, entre los que descollaban dos magníficos retratos representando á los héroes de la guerra de los siete años: Washington y Lafayette.

Llamé, pues, á esta segunda puerta y oí á Nathaniel que decia desde dentro:

—¡ Ah! eres tú, James; voy al momento.

Descorriéronse los pasadores, entreabriéronse las batientes y apareció mi amigo en el dintel, destacándose su silueta en el fondo iluminado de la pieza.

Hice un movimiento para entrar, pero me contuvo y quedó en actitud de imponer silencio, con el índice sobre los lábios.

—¿Ocurre algo? interrogué,—ó deseas simplemente pasar esta hermosa noche en el corredor?

—Escucha,— me contestó;— ¿no oyes esos golpes que se repiten de tiempo en tiempo?

—En efecto, son las hojas de la puerta que el huracan hace chocar. En la prisa por guarecerme de la tormenta, he descuidado cerrarlas, pero bajo á hacerlo.

Nathaniel volvió á entrar, y yo descendí á saltos, para demorarme lo menos posible.

Llegué, cerré una hoja, y en el instante en que iba á entornar la otra un resplandor vivísimo é instantáneo, una detonacion violenta y ensordecedora, el estremecimiento del suelo y la conmocion del edificio me hicieron caer, dejándome ciego, aturdido y espantado. Pero de la misma duracion de la causa fué el efecto; levantéme rápidamente, eché llave á la puerta dejándola en la cerradura, y saltando sobre los escalones me encontré en el umbral de mi habitacion; habia subido de un solo impulso, no sé cómo, sin mirar á ningun lado.

Me apoyé contra el marco para tomar alien-

to y ví á Storn, que de pié, junto á la mesa, acercaba á la luz una tirilla de papel; estaba lívido, desencajado; la vista estraviada, fija en la blanca cinta que tenia en la mano y acercaba á la lámpara.

No pude contener una exclamacion de sorpresa; al oirla, se estremeció como si le hubiesen puesto en contacto con una batería voltaica y mirándome con espresion despavorida, sin moverse de su sitio ni cambiar de postura y sin notar, al parecer, nuestra posicion estraña, me preguntó con voz perfectamente tranquila que contrastaba con la alterada espresion de su semblante:

—¿James, crees que esto está en el órden natural?

—No hay nada sobrenatural,—me apresuré á constestarle, sin entender lo que queria decirme.

—Es muy extraordinario, y á pesar de mi voluntad debo obedecer el mandato.

Guardé silencio, sin saber á qué atenerme, dudando del sano juicio de mi amigo.

—Bien sé,—continuó, como hablando consigo mismo,—que las nubes no son inteligentes; sin embargo, una fuerza como la electricidad puede, sin darse cuenta por supuesto, formular un pensamiento fácilmente inteligible, y aun abrigo la esperanza de que el paraguas me haya sido reservado para alguna empresa de magnitud.

Yo habia entrado situándome frente á él en la parte opuesta de la mesa.

—Querido Nathaniel, — dijele suavemente, — ¿qué significa todo eso que estás hablando?

Guardó silencio y se estremeció. En seguida, como si reaccionara sobre sí mismo, sentóse y con ademan tranquilo me indicó cerrara la puerta, agregando:

—¡Qué cosa tan complicadamente sencilla! Hazme el servicio de acercarte.

Nos sentamos juntos, frente á frente.

—¿Cuando bajaste, — continuó, — que efecto te produjo ese rayo que acaba de caer?

—Imposible me seria esplicártelo; creo que perdí el conocimiento.

—A mi me ha sucedido mucho más; hacia imprudentes esperimentos en nuestro pequeño telégrafo, cuando empezaron á desprenderse del alambre conductor numerosas chispas azuladas, y casi en el acto estalló una espantosa detonacion, quedando iluminada la pieza con una luz tan viva como la del sol, pero de un color azulado tambien, debido quizá al oxígeno del aire. Cuando me pasó la sofocacion producida por la descarga eléctrica, me aproximé al aparato receptor y quedé estupefacto al ver que en la tiri-lla de papel se habia impreso una série de rayas y puntos representando letras, perfectamente coordinadas para formar palabras ó iniciales de ellasToma la prueba, léela y dime si no es como para enloquecer.

Cogí el papel, lo examiné y por un rato permanecí atónito.

—¿Para qué has escrito esto?—le pregunté,—ignoro lo que has querido decir; solo entiendo dos palabras.

—Pregúntaselo á las nubes,—respondió.— Te repito que ellas han escrito eso.

—Nada comprendo—insistí.—Sabia que las tempestades suelen producir trazos y puntos disparatados en los receptores, á los que se les llama *despachos de rayo*, pero nunca he oido decir que hubiesen llegado á formar palabras, como en este caso, ni siquiera á diseñar una sola letra.

—En verdad esto no es maravilloso pero sí muy casual. Hay mucho mas, James; si el hecho en sí mismo no tiene nada de inesplicable, lo asombroso es el significado de las palabras. Fijate bien,—prosiguió cogiendo un lápiz,—he aquí el telégrama tal cual es: *Umbre, street, night, n. s.* ¿Qué interpretacion le das?

—Ninguna, — contesté.—Las únicas que veo claramente son *street, night* (calle, noche) pues la primera no sé que exista en inglés, y las dos letras finales nada representan, salvo que sean la abreviatura, por otra parte algo usada, de *new style* (estilo nuevo.)

—¿Nada mas?

—Nada mas.

—No recuerdas algun nombre que empiece así:
umbre.....

—| *Umbrella*!—exclamé.

—Vaya,—murmuró sonriendo,—no tienes perspicacia. ¿Acaso hay en inglés otra palabra que empiece por esas dos sílabas?

—Tienes razon ¿pero N. S?

—¿No sabes como me llamo?

—Nathaniel Storn, respondí sencillamente, tontamente si se quiere.

—¡Y bien l....

—Y bien, confieso que soy demasiado torpe.

—Si es lo mas sencillo.

—Y sin embargo, me parece lo mas difícil.

—Lo creo, James, pues se necesita ser loco de nacimiento como yo, para descubrir ciertas cosas que escapan á las inteligencias mas sólidas.

—Vaya, Nathaniel, no vuelvas á hablarme de eso porque llegaré á creer que tienes la mas extraña de las manías: la de creerte demente.

—¿Vas á negarme ahora los efectos fatales de la herencia?

—Nunca he notado nada en tu padre.

—Era epiléptico.

—¿Y tu madre?

—Indudablemente era cuerda; pero en esa línea mi abuelo era coréico y no ignoras que á la corea se le ha llamado la locura de los músculos.

—¿Y eso qué tiene que ver?...

—Mucho. Son neurosis y éstas, como todas, se transmiten bajo una ú otra forma al engendrar al individuo, y solo á un conjunto de felices cir-

cunstancias se debe el que permanezca en estado latente en algunos miembros de familias atacadas de insanía.

—¿Y por qué no te cuentas entre este número?

—¡Bah! porque tengo algo de escrofuloso y mis excentricidades aumentan en primavera.

—¿Sabes que casi me has convencido?

—¿De qué?

—De que estás loco.

—Loco yo? ¿Quién se atreverá á decirlo?

—Vaya, hermano, te burlas ó realmente has perdido el juicio?

—¿Pero de dónde sacas esa deducion?

—De todo lo que me estás diciendo, y sinó ¿qué es lo que has querido probarme?

—¿Yo? Que no cstoy loco ni cuerdo.

—¡Ah! volvemos á lo mismo! No hablemos mas de eso, te lo ruego.

—Ya concluyo: teóricamente, entre la razon del comun de los hombres y la locura hay una línea divisoria, un término medio, una zona fronteriza, que es, respecto á ésta, como un rayo de luz que separase la sombra de la penumbra. Una línea mas arriba la inteligencia vulgar, la penumbra; una línea mas abajo la locura, la sombra.

—¡Ves! un relámpago,....otro rayo!

—James, quiero ver el mar; hay algo que me atrae en la tempestad.

Y Storn, corriendo hácia el balcon, abrió el postigo de una de las puertas que daban á él;

unió el rostro á los cristales y miró. Le imité y por un momento nada vimos, hasta que allá á los lejos brilló un relámpago que tiñó el horizonte con luz rojiza.

—Ves,—me dijo,—Mary me ha dado una flor que tiene un perfume análogo al color de este relámpago.

Pensé tristemente en el estado de Nathaniel; ya no eran simples aprehensiones tuyas las que tenía que combatir, sinó una enfermedad real, que podia acarrear nos funestas consecuencias.

Mi situación era en extremo difícil; temia contrariarle, y me alarmaba ser condescendiente con sus extravagancias. Oponiéndome abiertamente solo habria conseguido exaltarle más, mientras que mostrándome demasiado complaciente habria contribuido á agravar su enfermedad. Tenia, pues, que combatirle en el mismo tono de su locura.

Cerró los postigos diciéndome:

—¿Qué tienes? ¿Te has puesto malo?

Iba á responderle, pero continuó:

—Ah! ya sé; te opones á mi partida, la siento tanto como tú, pero qué hacer, si es fatalmente necesaria? Convéncete de que no puedo desobedecer el telégrama, que ahora recuerdo no te he explicado aun. Mira, lo sé de memoria. «Paraguas (*umbrella*), calle, noche, Nathaniel Storn;» lo que quiere decir simplemente:

«A Nathaniel Storn.—Salid á la calle esta noche con el paraguas.» ¿Qué te parece?

—Que tu interpretacion es tan sencilla como arbitraria, y aun suponiendo fuese la única posible, te considero suficientemente sensato para no cumplir al pié de la letra órdenes imaginarias de una personalidad mas imaginaria aun.

—Querido James, viendo que no me será posible convencerte, doy por terminada la discusion. Esta noche dentro de una hora, saldré á la calle con el paraguas; no trates de impedirlo, porque entónces el asunto concluirá de un modo desagradable.

Y en seguida, como arrepintiéndose de lo que acababa de decir, añadió dulcificando la voz:

—Te ruego por lo que te sea mas querido, que no intervengas para nada en esto; ya lo ves, voy contra mi voluntad.

—¿Cómo es posible?...

—Si, hermano, en este momento siento una cosa extraña: dentro de mí hay dos fuerzas totalmente opuestas que me causan un malestar indecible, haciéndome cometer acciones que conozco no son razonables ¡ te repito que voy contra toda mi voluntad !

—Quédate, pues.

—Te he dicho que no puedo: no estaria tranquilo sino cumpliese el telégrama.

—¿Y dónde piensas ir en una noche como esta ?

—¡Quién sabe! Espero que algo me ha de suceder luego que baje. Tengo miedo de salir, y sin embargo....

—Nathaniel,—esclamé alarmado,—estas enfermo, voy á llamar al médico.

Abrí la puerta y corrí á la escalera, mas antes que pisara el primer peldaño sentí que me asía por detrás, gritándome:

—Si vas me mato ¿crees que estoy loco?

Y sacudiéndome con violencia, me dijo:

—Ya lo has oído; anda ahora.

Soltóme y volvió á entrar.

Quedé perplejo sobre la resolución que habia de tomar é inmensamente afligido al ver el estado de Nathaniel, pues ya no me quedaba duda de que su razón estaba perturbada.

Pensando en que por lo pronto seria mejor distraerlo para que olvidara la hora y con ella la partida, entré esforzándome por parecer algo tranquilo y buscando una idea que fuera bastante poderosa para preocuparle.

En ese momento acababa de desplegar el enorme paraguas que desde hacia no sé cuánto tiempo habia estado lleno de polvo y telarañas tirado en un rincón, y se paseaba con él ensayando el mejor modo de manejarlo; era uno de esos perfeccionados, de los que tanto se fabricaron y tan gran boga obtuvieron á fines del siglo anterior. Tenia un puño de vidrio para aislar la electricidad, y en la parte superior una varilla metálica comunicaba con el suelo por medio de una larga cadenita de cobre.

—¿Conque me abandonas, Nathaniel?—le di-

je—¿Te separas sin motivo de mí, de tu compañero, de tu hermano?

—Mira, hermano James, esto se ha dicho: *el hombre es libre como el pájaro en la jaula*. ¿Qué quieres pues? yo nada puedo. A la amistad no le es dado impedir lo que fatalmente ha de verificarse.

—¿Y al amor? Crees que partirías si Mary te suplicara que te quedases?

—¡Mary...No eres mi amigo cuando has pronunciado esa terrible palabra; la has nombrado á ella, cuando no abrigo la esperanza de volverla á ver...Y te perdono; te perdono para que mi odio no atenúe tus remordimientos.

Al decir esto último corrió á la escalera, descendió, y con rapidez asombrosa, antes de que hubiera podido detenerle, abrió la puerta, y se lanzó á la calle.

Me precipité tras él.

La tempestad en toda su plenitud formaba un estruendoso concierto de rugidos; los relámpagos deslumbraban, y las sombras, mas tenebrosas aun por el contraste, eran impenetrables á la mirada.

Empujado por el huracan fuí á dar hasta la esquina de una calle inmediata, y allí escudándome con la pared de un edificio, al abrigo del viento, traté en vano de sondear con la vista la oscuridad que me envolvía.

De repente, á favor de una exhalacion, ví una cosa oscura que balanceándose en el aire

de una á otra acera, descendia la calle en direccion á Broadway, cualquiera la hubiera creido un enorme murciélago con su vuelo torpe é incierto, pero yo no dudaba que era Nathaniel asido al paraguas y arrebatado por el vendabal.

Gritéle y mi voz ahogada por los estrépidos de la tormenta se confundió á ellos. Quise correr para alcanzarlo, pero el viento y la oscuridad me impidieron hacerlo.

Un segundo relámpago se produjo, alumbrando la calle limitada por casas de aspecto desolado; estaba imponente y desierta.

Sintiendo que empezaba á llover con fuerza busqué refugio en el portal de una casa cercana, pues me era imposible llegar á la nuestra. Inquieto y abatido me senté en un rincon repitiendo, casi inconscientemente, las palabras citadas por Nathaniel: el hombre es libre como el pájaro en la jaula.

III

Pasaron cuatro meses sin que tuviera ninguna noticia de mi amigo, á pesar de todas las indagaciones que hice.

Una hermosa mañana hallábame sentado en el balcon, al sol, aspirando la pura brisa del mar. Hojeaba el último número *Scientific American*, fumaba en mi gran pipa y bebia largos tragos de té alternados con succulentas tajadas de sandwiches, con la misma aparente satisfac-

cion y tranquilidad de un honrado comerciante que ha hecho fortuna. Mas, mi pensamiento lejos de todo eso se ocupaba en reflexionar sobre Nathaniel; trataba de darme cuenta de la verdadera causa de su estraño viaje y de su situacion actual, dado caso de que viviera aun, como me obstinaba en creerlo.

A ser así, á no engañarse el cariño en su preciencia, Storn no tardaria en regresar.

¡Pero qué desengaño le estaba reservado! ¡Siempre la misma historia del amante lejos de su amada! Mary, su novia, ofendida por su brusca desaparicion habia ido cediendo poco á poco, á las sollicitaciones de un jóven elegante, Humphry Jackson, que sabia hacerse el lazo de la corbata con mas perfeccion que Nathaniel, y todos mis consejos y disculpas, todas mis súplicas y reproches, fueron impotentes para reavivar las cenizas de la pasion estinguida.

El amor, pensé, no es mas que una estupidez sublime; vasallaje que rendimos á esa ley natural que ahoga la razon en una oleada de afectos y de instintos.

Repetidos golpes en los cristales de la puerta interrumpieron mis reflexiones. Arrojé bruscamente el periódico y levantéme dejando caer la taza que tenia en la mano, en la precipitacion por acudir á la puerta; qué emocion al abrirla! Algo me anunciaba la vuelta de mi amigo.

Desgraciadamente, esta vez no se realizaron

los presentimientos, solo apareció la derrengada figura del cartero que despues de entregarme la correspondencia, desapareció.

Rompí la cubierta, y de mala gana desdoblé la epístola, pero al mirar la firma quedé grátisimamente sorprendido, pues no me habia engañado al creer que era Nathaniel quien venia á visitarme.

La carta estaba fechada en Annápolis y decia así:

« Querido hermano James:—Despues de nuestra violenta separacion, hasta la fecha, me han acontecido sucesos á los que espero no darás crédito. Figúrate que la noche esa, el paraguas, cuya estremidad superior recordarás era de metal, se había adornado con un hermosísimo fuego de San Telmo que me servia de auréola ya que no de antorcha; si vieras qué oscuridad y qué viento! —puedo garantirme que son demasiado duras las paredes de Baltimore ».

« Al llegar á Broadway, sobrevino un relámpago brillante sobre toda ponderacion; en seguida no sé lo que pasó, pues cuando pude darme cuenta de lo que sucedia, me encontré—¡no te rias!—sentado en el suelo de un país extraño, al que alumbraba un astro de colosales dimensiones, mucho mas resplandeciente que la luna y algo menos que el sol ».

« No podrás imaginarte ni yo describirte, la sensacion de espanto y asombro que me sobre-

cogió al contemplarle; créeme que sin dificultad reconocí en él la Tierra; pues la masa deslumbrante del continente americano se destacaba con precision sobre el fondo oscuro de los mares. ¿Te acuerdas cuántas veces en el colejo recorriamos en el mapa sus contornos accidentados, yo he sido el único que ha tenido la dicho de contemplarlos de una sola ojeada, desde el mar de Kane hasta las tierras anárticas unidas al reluciente casquete del polo ».

« Como ves, de esas palabras se desprende que he sido un terrígena emigrado, que se encontró fuera de su planeta por la influencia de una fuerza natural. Así como la electricidad desarrollada por el roce en una barra de resina, por ejemplo, atrae los pedacitos de papel y otros corpúsculos, así la inmensa cantidad de aquel fluido, acumulado en las nubes de esa noche, me ha soliviado transportándome casualmente á un bólido que gira al rededor de la Tierra, fuera de los límites de la atmósfera, como puedes comprender. La fuerza de atraccion ha sido tan inmensa que ha pasado mas allá del punto atrayente y caido en este pequeño satélite rodeado de una densa atmósfera rodeado de una densa atmósfera; el paraguas me ha prestado importantes servicios en calidad de para caidas. »

« Cuando tengamos ocasion de vernos, que es pero será bien pronto, aclararé muchos puntos

que ahora te parecerán oscuros á causa de la brevedad de ésta. »

« Paso en seguida para Washington á ver al Jefe del Observatorio Nacional, á fin de que me permita examinar los cielos con el nuevo refractor, construido recientemente por Chance. Una vez comprobada la existencia y fijada la situacion de mi astro, que no llevará ninguno de nuestros nombres, volveré á darte un abrazo. »

« Digo que no llevará ni tu nombre ni el mio, porque estoy completamente desengañado de la gloria y de otras miserias mas ó menos doradas. No hay renombre inmortal que alcance un paso en la medida de lo infinito ó que dure un segundo en el reloj de lo eterno; por esa via no se llega á la felicidad, pues con todos nuestros progresos materiales no seremos ni mas ni menos dichosos que al principio, mientras la union, la igualdad, el amor . . . en una palabra, la virtud, que es la verdadera gloria, no sea un hecho sobre la tierra. »

« Veo que ésta digresion, que podría no ser pertinente pero sí muy exacta, me ha hecho olvidar que estoy de prisa por lo que con disgusto se separa de tí,—por ahora.—tu hermano: *Nathaniel*. »

« P. D. — A. Mary no le digas nada, pues quiero sorprenderla. Pronto podré realizar lo que tantas veces con ella he soñado. — Un apretón de manos á todos los conocidos. »

Esta carta me llenó de desconsuelo, pues veía

que la locura de ideas de mi amigo iba adquiriendo cada vez mayor intensidad. Volví á leerla nuevamente y no me cupo duda de que se hallaba en Baltimore; quizá en ese momento estaria en casa de Mary, quizá venia á mi encuentro.

Preocupado con este pensamiento corrí al balcón y miré en todas direcciones, pero no pude distinguirlo entre la multitud que pululaba en la calle. Impacientado por su tardanza, tomé el sombrero y salí para ir á casa de su amada, donde estaba seguro de hallarlo.

Cerca ya del término de mi camino recibí una sacudida tan violenta que me hizo retroceder tambaleando; casi al mismo tiempo un hombre me abrazaba diciéndome:

— ¡Hermano!

— ¡Nathaniel! exclamé, ¿dónde has andado?

— Vamos, apresúrate; corramos á casa, — contestó tirándome del brazo y pretendiendo arrastrarme.

— ¿Pero por qué tienes tanta prisa? Estoy apartado de tí durante cuatro meses en que apenas si me escribes una sola vez, y ahora despues de todo eso quieres que eche á correr?

— ¿Llevas ahí la carta?

— Sí....

— Dámela pronto, pronto.

Se la entregué, por no contrariarle á causa del estado de su cerebro. La tomó y poseido de temblor febril la hizo pedazos.

Dí un grito de asombro y le pregunté:

—¿Qué te ha pasado? ¿Estás herido? Tus manos tienen sangre!

—¡Corramos! repitió.—Pero no pudo ejecutar la acción expresada por la palabra. Una mano, cayendo rudamente sobre su hombro, le sujetó, y una voz ronca, un tanto emocionada, nos dijo:

—¡Presos!

Era un agente de policía.

No intentamos desobedecerle.

Nos rodeaban muchos curiosos. Yo estaba confundido, alelado, mirando con asombro á Nathaniel, que sereno, impassible, con las manos en los bolsillos y el sombrero á la nuca, contemplaba un carro volcado en un extremo de la calle, con tanta naturalidad que se le hubiera creído ageno á lo que sucedía.

Dos agentes más llegaron corriendo seguidos por una muchedumbre de pilluelos, y despues de hablar con el que nos habia detenido, nos encaminaron á casa de la autoridad inmediata.

Tardamos muchisimo, pues me parecia que nos hacian andar muy despacio. Cuando llegamos fuimos separados y encerrados cada cual en una pieza, prévio registro.

Al corto rato se me llamó y comparecí ante el funcionario que levantaba la indagacion del hecho.

Preguntóme nombre, ocupacion, domicilio y otros preliminares.

Tranquilizado ya, respondí á todo sencilla y claramente, y en seguida mostrándome un puñal que estaba sobre una mesa, me preguntó:

—¿ Conoce V. esta arma?

—Sí, contesté.

—¿ De quién es?

—Mia.

—¿ Tenia V. relacion con Jakson?

—Lo conozco de vista.

—¿ Cuánto tiempo hace?

—Cinco meses, mas ó menos.

—¿ Es V. amigo de N. Storn?

—Íntimo amigo, él es solo, no tiene familia ni allegados; vivimos juntos desde hace mucho tiempo.

—¿ Hasta la fecha?

—Nó; hasta hacen cuatro meses. El partió y hoy, en este momento, acabo de encontrarle.

—¿ Por dónde han andado ustedes?

—Vuelvo á decirle que en el momento en que nos condujeron aquí salia de mi casa y casualmente me encontraba con él despues de todo el tiempo de su ausencia.

—¿ Y á dónde habia ido?

—No lo sé.

—¿ Cómo sabia V cuándo y á qué horas debia llegar?

—Recibí una carta en que me decia lo esperara de un momento á otro; estaba fechada en An-

nápolis, pero no puedo asegurar que allí haya pasado ese tiempo.

—¿Y esa carta?

—No la tengo.

—¿Qué hizo V. de ella?

—Me la pidió y la rompió.

—¿Por qué?

—Lo ignoro; no tenía nada de importancia.

—¿Cuándo la rompió?

—Recien.

—¿En presencia de los agentes?

—Un momento antes.

—Pues su declaracion es sospechosa, y hay muchos puntos oscuros que es necesario esclarecer.

—Si me lo permite, le repliqué, voy á nararle todo, con verdad y precision; usted juzgará.

—Le escucho, advirtiéndole que no me refiera nada que no pueda probar, pues seria inútil.

—No es otra mi intencion, dijele, —y en seguida expuse con toda claridad lo que habia pasado entre nosotros. Cuando hube concluido, mi interlocutor permaneció silencioso y meditabundo; la posibilidad de que Storn pudiera estar loco le preocupaba.

Al fin, dirigiéndose á un gendarme que estaba en la puerta esperando órdenes:

—Que traigan al otro,—le dijo.

Y volviéndose á mí:

—Puede V. quedarse para oír el interrogatorio, pero á condicion de no hablar.

Obedecí y á poco rato regresó el agente conduciendo á Nathaniel. Al ver á este no pude ocultar mi emocion, considerando lo angustioso del trance en que se encontraba.

¡Si á lo menos hubiera sabido cuál era su delito!

Me miró con indiferencia, y afectando no haberme visto avanzó hácia el magistrado; sin esperar que le interrogase :

—Me llamo Nathaniel Storn y soy el asesino,—le dije tranquilamente.

—¿Confiesa, pues, haber dado muerte á Humphry Jakson?

—Ya lo ve V , no lo niego.

—¿Qué motivos tuvo para obrar así?

—Como eso corresponde á los jueces, declaro que no le diré una sola palabra más. Soy el único culpable, estoy convicto y confeso; proceda V. como crea de su deber.

—¿Es suyo ese puñal?—preguntó el funcionario, desentendiéndose de lo que acababa de oír. Storn no contestó.

Repitiósele la pregunta, pero como se obstinase en guardar silencio, el agente volvió á llevarlo á una seña de su gefe.

—Es mas cuerdo que nosotros,—me dijo éste luego que quedamos solos.

—¡Si está loco!—exclamé desesperado;—es que oculta su manía.

—¡Ero eso no es creíble,—contestó sonriendo.

¿Cómo puede un demente conocer que lo es? De todos modos, los jueces decidirán eso; en cuanto á V. voy á indagar si es cierto lo que me ha referido, para si es así, como lo espero, dejarlo en libertad.

—Ante todo le suplico me permita hablar con él.

—Imposible.

—Envíeme como culpable, si lo desea, pero no me prive de verlo ahora, cuando necesita de consuelo; ahora que lo ha confesado todo.

Titubeó un momento y despues dijo algendarme:

—Pueden hablar un cuarto de hora, nada más; esté V. presente.—Y salió.

Fuí conducido al encierro de mi amigo, donde habia un banco largo en que estaba recostado. Al verme se levantó y corriendo á abrazarme:

—James,— me dijo, llorando y estrechándome, ¿es verdad que he muerto á un hombre?

—Mentira; no eres tú, hermano.

—¿Serás acaso?

—Sí, pero la culpa es de la fatalidad; el instrumento no es responsable.

—¿Y por qué estamos aquí, entónces?

—Porque, como los hombres están sujetos á error, su justicia no puede ser perfecta.

—¿Y la sangre de que estoy manchado? ¿Quieres engañarme cuando estoy convencido de haber muerto á ese Jakson!

¡Si lo hubiera herido por ignorancia! ¡Si no hubiera necesitado hacer una herida para ver cómo salía la sangre! . .

—No hables así, Mary comprende que no eres culpable y te ama.

—Escucha, James, solo tú no dudarás de mis palabras y te diré la verdad; los jueces van á condenarme, porque no les revelaré la causa que me ha impulsado á herir á ese hombre, pues si lo hiciera pensarían que me burlaba y sería condenado también. La noche aquella en que salí con el paraguas, llevaba conmigo tu puñal que nunca abandono y del que nunca he hecho uso; ahora, de vuelta de mi viaje que te narraré mas tarde, caminaba meditando profundamente al teoría de la circulacion de la sangre, resuelto á practicar una experiencia *in anima vili*, para acabar de convencerme de que uno de sus principales puntos, admitido por los hombres de la ciencia, está fundado sobre base completamente falsa. Pensando en esto encaminábame á casa de Mary, cuando al aproximarme ví. á Jakson estrechándola y atrayéndola suavemente como para darla un beso furtivo. . . miré á todos lados y, al verme él, salté hundiéndole el cuchillo. Inútilmente. Todo fué en vano, pues mi objeto era ver si la sangre salía á chorros seguidos ó con intermitencias. . . y como él llevaba tanta ropa. . .

Te juro por nuestra amistad,—agregó, exáltándose,—que si me ha lisonjeado la venganza

despues de cometer el hecho, no ha sido esa la idea que me ha inducido á perpetrarlo. ¿Por qué ha de sufrir otro y no el miserable que ultraja lo mas sagrado que tengo en el mundo? El escalpelo ó el puñal, el hombre ó la bestia, podian darme la solucion del problema; justo era que optara por aquel infame para hacerlo útil á la ciencia y que no martizara á un pobre perro leal é inocente. Y á pesar de eso, te lo repito, no quise matar á Humphry, sinó únicamente ver cuál de las dos teorías era mejor: la mia ó la de Harvey en la exposicion de Draper. ¿Me negarás que he hecho un bien á la sociedad?

Dí vuelta la cabeza para que no me viera las lágrimas que llenaban mis ojos, y despues, domiéndome como pude, le dije:

—Es verdad, pero debias haberme consultado antes.

—Para hacer el bien no se consulta ni se vacila,—replicó señtenciosamente.—Iré á la cárcel sereno y satisfecho por haber descubierto el motor que hace circular la sangre.

—Pero, ¿qué hacer?—continuó cambiando de tono y de asunto con la volubilidad que caracterizaba su manía,—los hombres son malos y me han encerrado para que no pudiera ver á mi amada, y sin embargo de eso no conseguirán que deje de verla ni de amarla, porque su imágen que siempre me acompaña no se borrará de mi memoria sinó cuando el último soplo de vida

me abandone. Y aún así mismo, ¿ estamos seguros de que no existe ese *mas allá* ideal?

¿ Crees que las leyes inmutables que rigen el Gran Kosmos sean solo el resultado de las fuerzas, que á su vez están sometidas á esas mismas leyes?

En ese momento el guardian me observó que ya habia trascurrido mas tiempo del fijado, y sin embargo de mis instancias y de la desesperacion de Nathaniel, forzoso nos fué separarnos

El infeliz me abrazó llorando nuevamente y ahogado por la emocion no pudo articular palabra.

IV

Esa noche salí en libertad.

Pesábame demasiado la cabeza y por la fiebre que empezaba á invadirme parecíame que las repetidas descargas nerviosas que erizaban mis cabellos eran otras tantas válvulas por donde escapaba la misteriosa potencia psíquica á través de las paredes del cráneo.

Temiendo ser atacado por un accidente cualquiera, tomé un carruaje y me dirigí á casa. Recuerdo hasta el momento en que entré en la pieza.

Despues se me declaró una intensa fiebre y fuí presa del delirio.

Recien á los diez dias, cuando empecé á con-

valecer, pude salir á noticiarme de lo que hubiese acerca de Storn, viendo á las personas de nuestra relacion para que interpusiesen su influencia en el asunto.

Nathaniel habia sido pasado á la cárcel, siguiéndosele causa con actividad no acostumbrada y siendo el suceso el tema obligado de las conversaciones en la ciudad, pues Jakson pertenecia á una familia rica que contaba entre sus miembros á varios de las mas importantes personas de Baltimore. Algunos periódicos de poca importancia llegaron hasta pedir la ley de Lynch para el asesino.

Transcurrieron quince dias más durante los cuales no descansé un instante, activando todas las gestiones que pudieran ser favorables á la causa de mi desgraciado amigo. Tanto anduve y á tantos rogué, interesándolos en la suerte de aquel, que al cabo del tiempo referido conseguí que en primera instancia se le condenase á cinco años, de los veinte á que iba á ser sentenciado.

Le defendia uno de los mas notables jurisconsultos de la Union y á pesar de todos sus sólidos argumentos para probar que Storn era un alienado, vió estrellarse su elocuencia contra el criterium de la responsabilidad adoptado por los jueces: el discernimiento entre el bien y el mal; y como Nathaniel, en los interrogatorios á que se vió sometido, habia dado pruebas de la mas completa moralidad y sano juicio, se le juz-

gó como á un individuo en el pleno goce de *todas* sus íacultades, sin embargo del abismo existente entre el hecho y las teorías.

En vano, pues, el defensor relacionando hábilmente este hecho, con las neurósis que habian padecido los parientes del acusado y la constitucion y temperamento heredados por éste, con su género de vida, gustos é inclinaciones, intentó probar científica y legalmente su inculpabilidad.

Los jueces se mostraron tan inflexibles ante la ciencia como dóciles á las instancias de las personas que podian serles útiles para sus miras particulares. Era, por esta razon, un gran triunfo haber obtenido la atenuacion del castigo para Nathaniel.

¡Qué alegría poder comunicarle noticia tan grata, relativamente á la pena que se le hubiera impuesto!

Desde que entró á la cárcel no lo habia vuelto á ver. Ahora podia ya hacerlo, pues llevaba consuelo á su pobre alma estraviada y afligida

Antes de ir, resolví pasar por casa de Mary á informarme de lo que hubiera ocurrido, porque, ¿qué cosa mas grata podia llevar al pobre preso que favorables noticias de ella? ¡Quién sabe si no le amaba!

Al llegar á la puerta encontré un sirviente que salia.

—Jhon,—le dije,—¿está la señora?

—¿El señor viene sin duda á informarse de la salud de la enferma?

Aunque me sorprendió tal contestacion agredí con naturalidad:

—Justamente ¿sigue mejor?

—Al contrario, los médicos están alarmados; el susto ha sido terrible.

No pregunté más, y con el corazón oprimido me dirigí apresuradamente á ver á Storn.

Llegué á la cárcel. En la alcaidía se me informó que aquel había sido trasladado á las salas de enfermos.

—¿Cómo... ..también?—balbucí.

Un empleado se ofreció á guiarme, y le seguí dolorosamente impresionado por las dos noticias que acababa de recibir.

Después de atravesar algunos corredores desnudos y fríos llegamos al gran patio donde estaba situada la enfermería. En la primera puerta se hallaba sentado al sol un asistente

—¿Nathaniel Storn?—le pregunté.

—¿Qué número?—contestó.

Como ignoraba el lecho que se le hubiera destinado, me limité á dar sus señas; entonces después de pensar un rato, me dijo:

—Primera sala, cama segunda.

Entramos. Sentíame conmovido por el espectáculo afligente que iba á contemplar.

En el lecho indicado no estaba Storn; recorrimos detenidamente toda la sala sin encontrarle en ninguno.

—Volvamos á preguntar al enfermero,—dijo mi acompañante, ha confundido los departamentos, pero ahora ya nos guiará mejor.

Fuimos otra vez hasta la puerta, y el enfermero, al vernos, se anticipó á nuestras preguntas, exclamando:

—Me he equivocado! Ese que Vds. buscan ya no está aquí; esta mañana ha salido...

—¡ Libre!—grité con alegría.

—No,—replicó él tranquilamente, y agregó señalando el anfiteatro:

—Allí debe estar ahora.

No sé lo que pasó por mí en esos instantes; quedé sin saber qué resolución tomar; no se me ocurría hacer ni decir nada.

Ví al empleado que me acompañaba dirigirse al anfiteatro, penetrar en el depósito fúnebre, en la sala de autopsias, hablar con un peon y volver hácia mí:

—Está en el cementerio,—me dijo.

Esas palabras me conmovieron como una sacudida, sacándome del estupor en que estaba.

Iré al cementerio, pensé, para tener el consuelo de verle, de abrazarle por última vez.

Atravesamos los corredores, llegamos á la alcaidia, salí á la calle.

Pasaba un carruaje, lo detuve, dí la dirección al cochero ordenándole que partiera á galope.

Devorado por la impaciencia no cesaba de escitar el áuriga, durante la marcha, á que apresurara siempre la carrera de los caballos.

Un estrujado periódico que estaba en un rincón del vehículo fué presa de mi actividad nerviosa que buscaba escape; lo cojí, empezando á romperlo á pedacitos. De pronto me fijé en su fecha; era del día. Recorriendo ávidamente sus columnas tropezé con el nombre de mi amigo; era lo que buscaba; habia algunas líneas sobre su asunto y anunciábase en ellas que en segunda instancia resultaba nuevamente condenado á veinte años de presidio por muerte premeditada y alevosa. Apreté con fúria el papel lanzándolo contra una de las paredes del carruaje.

En ese momento el cochero sujetaba los caballos. Habíamos llegado.

Salté al suelo corriendo hácia el porton que franqueaba la verja; un hombre entraba al mismo tiempo que yo; nos miramos y nos reconocimos. Era un antiguo compañero de Universidad que ejercia la medicina.

—¿Vienes tambien por él? — me dijo.

—Vamos pronto Francis, — contestéle, — porque pueden enterrarle.

—Soy el médico de la cárcel y haré que le exhumen.

—¿Vienes á eso?

—Si, quiero verle por última vez; ¡pobre Nathaniel! Es un deber y una necesidad del corazón dar el último adios al amigo que muere, ya que otra cosa no se puede hacer por él.

—¿Pero tú no le has mandado aquí? Cómo es que no le has visto si eres el médico?

—He estado ausente de la ciudad; recién lle-go; el practicante mayor le ha asistido en los últimos momentos.

—¿Pero entonces le habrán hecho la autopsia? ¡Eso es horrible!

—No; allí sabían mi amistad con Nathaniel, y han visto todo el empeño que me he tomado para que fuera excepcionalmente atendido; han respetado su cuerpo y para evitar confusiones ó descuidos le han enviado aquí lo mas pronto posible.

Por toda contestacion le estreché la mano en silencio.

En la oficina del cementerio se nos respondió que aun no estaba enterrado, pues recién le habían conducido, y llamando á un hombre le ordenaron hiciera traer el ataúd.

Un instante despues volvia el enviado; acababan de arrojar las últimas paladas de tierra sobre la caja del muerto.

Sus palabras acabaron de disipar por completo la vaga esperanza que habia abrigado hasta entonces de que Storn no estuviera muerto.

—James, — díjome Francis, — van á traerle; pasemos á la sala inmediata.

Al corto rato de trasladarnos allí, aparecieron dos sepultureros conduciendo una larga caja de pino, cubierta de tierra húmeda y la colocaron sobre una gran mesa, en medio de la habita-

cion; detrás de aquellos entró otro con algunas herramientas para destaparla y en seguida un practicante para ayudar á Francis. Este despidió á todos y quedamos solos.

Por un momento permanecemos inmóviles y en silencio, contemplando la caja y aspirando el casi imperceptible olor á tierra húmeda que despedía. Francis, empuñando las herramientas y acercándose :

—James, — me dijo, — es necesario que esto empiece.

Me aproximé, y armados de palanquetas empezamos á levantar la tapa; los clavos producían un chirrido áspero al salir de sus alvéolos y crugían las fibras de la madera, desprendiéndose las partículas de tierra adheridas á ella. A medida que la cubierta iba cediendo, ensanchándose las junturas, crecía mi escitacion, esperando ver arrastrarse por allí algun blanco gusano, que anunciase para mi amigo la eterna despedida.

De pronto abrióse la tapa produciendo un fuerte chasquido y el cadáver quedó descubierto, estirado sin rigidez ni violencia; los ojos velados bajo sus largas y negras pestañas, sin que el globo alterara la suave curva de los párpados; la boca ligeramente entreabierta mostrando apenas la blanca dentadura, y la palidez mate del cútis iluminaba su rostro con un suave resplandor de belleza.

Quedé con la cabeza inclinada sobre el pecho, apoyada mi mano temblorosa en el borde

de la caja, sin atreverme á tocar el cuerpo ni á pronunciar una palabra.

Francis sacó unas tijeras y me las enseñó con un gesto.

—¿Qué vas á hacer? — le dije.

—Llevar un recuerdo suyo; vamos á repartirnos un mechón de sus cabellos.

— Mejor sería algo que pudiera ser joya.

—Cabello, pues.

—No... espera... ¡ un diente!

—Dices bien, sacaré otro para mí.

Y escogiendo entre los instrumentos de su cartera una barrita de acero y unas pinzas, separó con aquella las apretadas mandíbulas del cadáver é introdujo éstas en la boca; apretó y torciendo la mano tiró bruscamente hácia fuera.

Oyóse un grito agudo y extraño.

Francis saltó atrás espantado y yo me sentí desfallecer como atacado por el vértigo.

Lo que veía era increíble.

Nathaniel habíase puesto en pié, — de pronto, con la rapidez de un autómatas que obedece á un resorte.

Ofuscados por lo inesperado del suceso, inmóviles por el asombro le vimos destacarse de pié sobre la mesa y llevándose las manos al pecho desahogarse en violentas explosiones de llanto.

Entonces se operó la reaccion en nosotros y llorando también corrimos á abrazarle.

—¡ Vivo! estás vivo! — exclamamos.

Saltamos junto á él y al tender los brazos para estrecharle se desplomó en ellos rígido, helado.

¡Otra vez muerto, ahora que íbamos á rescatarle! Francis dejó escapar una imprecación.

Depositamos suavemente sobre la mesa el cuerpo de Nathaniel y nos miramos perplejos, buscando el uno en el otro alguna inspiracion salvadora; pero la mirada de mi compañero parecia reflejar la afliccion que me embargaba.

Pasada la primera impresion, Francis se inclinó sobre el cuerpo:

—¡Vive! — exclamó reconociéndole. — Está desmayado; pronto, ayúdame James.

Al cabo de un rato Nathaniel volvió en sí. Estaba vivo, vivo como nosotros, y sin embargo dominado por lo escepcional de la situacion, despues de la série de impresiones diversas que habia sufrido en ese dia, sentia para con mi infortunado amigo ese respeto instintivo que tenemos para con los muertos. En ese instante no podia habituarme á la idea de que fuera él en carne y hueso viviendo y pensando como los demás.

Solo cuando le ví en mis brazos, estrechándome con violencia, me dí cuenta clara de las circunstancias, sin comprender por eso lo que habia pasado.

El tiempo urgia; esta palabra me reveló todo: catalepsia.

En verdad, Storn, despues del trastorno men-

tal, habia sufrido el ataque cataléptico de que acababa de salir, y que le habia prestado las apariencias del cadáver.

Nada diré de las espantosas emociones que experimentó al oirse declarar muerto, al ver que se le colocaba en el ataúd, al sentir el rumor de las ruedas y el vaiven del carro en que era llevado al cementerio, al sufrir la sacudida de la caja lanzada al fondo de la mesa y el choque apagado de las capas de tierra cayendo pesadamente en la superficie del cajon. Luego... un intervalo vacio, la nada del espíritu; en seguida la vida plena, haciendo irrupcion violentamente en su sér.

Pero la dicha nunca es tan completa como la desgracia. Estaba vivo, es cierto, pero no libre; sobre él pesaba una condena de veinte años y la reprobacion de la sociedad por el hecho cometido.

Sin embargo meditamos y dispusimos un sencillo plan de salvacion.

Corrí á casa, saqué ropas é instrumentos que necesitaba y antes de regresar al cementerio, acudí á la cercana habitacion de Mary á informarme de la salud de ésta, pues temia alguna pregunta de Nathaniel.

Allí muchas gentes de semblantes graves, entraban y salian, hablando en voz baja; los criados iban de una parte á otra y oíanse llantos y gemidos en las habitaciones interiores.

Supelo que ya me imaginaba; Mary acababa de morir.

El sirviente que me informó, me dijo que tenía encargo de entregarme un objeto perteneciente á Nathaniel que éste habia olvidado en la tarde del asesinato y del que su ama no habia querido separarse hasta el último instante; era el paraguas, el enorme paraguas, causa ocasional é inocente de todos nuestros infortunios. Despues de disfrazar á nuestro amigo infortunado:

—Hagamos justicia,—dijo Francis.—Es necesario enterrar el culpable.—Hélo aquí,—agregó, cogiendo el enorme paraguas,—que la tierra le sea leve!

Llevamos el ataúd con su singular contenido, no retirándonos del cementerio, sino cuando el último puñado de tierra nivelaba los bordes del foso.

V

Nathaniel curó de su manía, y despues del dramático suceso que dejo esbozado, se retiró á pasar el resto de su tiempo en tierra extranjera, para aliviar el fastidio de su vida sin propósito.

Ahora, pensando en su desgraciado caso suelo preguntarme:

¿Tuvo la culpa de estar loco? ¿Acaso su voluntad dirigida por un sano juicio le habia impulsado á cometer el hecho? ¿Era criminal no siendo consciente? ¿Por ventura cuentan todas

las inteligencias con igual número de facultades como todos los metros con igual número de decímetros para establecer una ley absoluta aplicable á todos los casos? ¿El juicio de la parte implica el juicio del todo?

¡ Oh justicia, que juzgas á los hombres por el tipo fantástico que te has forjado !

¡ Oh ! alma simple é inmortal cómo te perviertes en el loco y te aniquilas en el idiota ! ¡ cómo te degradas y te estingues !

I B R A H I M

Alguien ha dicho : Constantinopla es el caos, y pregunto ¿quién puede pintarlo ?

No seré yo quien intente describir con todos sus contrastes de colorido y sus cambiantes de luz, esas colinas de Kadi-Kioi, Pera, Gálata y Stambul, que se alzan espléndidas , bañadas por el mar de Mármara, el Cuerno de Oro y el Bósforo, cuyas aguas de un azul profundo chispean bajo los rayos del sol de Oriente. Ni me es dado retratarlas coronadas en desorden de la base á la cima por una aglomeracion de casas multicolores, kioskos, palacios, bazares y mercados ; sombreadas por innumerables jardines y por bosquecillos de ciprés y plátanos ; entrecortadas por puentes, terraplenes y acueductos, y hermoseedas por las cúpulas de las iglesias y los minaretes de las mezquitas ; divididas en cuarteles de los que cada uno representa un pueblo y una

religion distinta, y cruzadas por calles y caminos en que circula una muchedumbre compuesta de individuos de todos los continentes.

Se sueña con Stambul, es cierto, pero viéndola en otra época muy lejana, cuando era mas deslumbrante, perfumada y bulliciosa, cuando aun no la habia invadido la gris y fria corriente de la civilizacion europea, que produce sonido de monedas y exhala miasmas de corrupcion, cuando era el baluarte del mahometismo y el terror de la cristiandad.

Sí, pensando en el pueblo de esos tiempos he llegado á soñar con uno de sus mas oscuros príncipes, con Ibrahim, el que ha señalado para su patria la era de la decadencia.

—

Hace algun tiempo que en Stambul, sentado de bruces en el umbral de mi casa, contemplaba con melancolía el enorme edificio del serrallo antiguo, cuyas cúpulas resplandecientes se dibujaban con precision sobre el fondo azul del cielo.

Era la tarde. El sol iba á hundirse trás de las colinas; el firmamento en el ocaso parecía cubierto de polvo de oro y teñido con inmensas pinceladas de fuego; la atmósfera estaba tranquila; los hombres volvian silenciosos á sus hogares y las aves, en bandadas, regresaban con algazara á los lejanos nidos. Era una de esas tardes en que acuden deseos indefinibles al co-

razon é imágenes voluptuosas al cerebro; una suave penumbra daba indecisa forma á los objetos, y la noche avanzaba callada, oscura y tibia; el aire era cálido y perfumado como el aliento de una mujer amante; habia confuso ruido de suspiros y cierto vago rumor de besos.

De pronto, el sol desapareció detrás de la última cumbre, hácia la parte de la Grecia, y desde lo alto de los alminares resonó la voz lenta, sonora y penetrante del muezin, que con el rostro vuelto hácia el cielo anunciaba, á los cuatro vientos, la puesta del astro y la oracion de la tarde. Sus palabras, estendiéndose por las serenas capas del aire, fueron á morir confundidas en una vibracion, en un gemido, con las otras que partian al mismo tiempo de lo alto de todas las mezquitas, haciendo pensar en el Profeta, en el Paraíso, en las huries.

De ellas, siguiendo la gradacion de mis ideas, pensé en los placeres, en el Serrallo, en las odaliscas, y despues, repasando los sultanes que habian abusado de los deleites, se fijó en mi memoria el recuerdo de Ibrahim.

Asi fué como la imaginacion, volando á través del tiempo, pudo contemplar las escenas del último dia de su reinado.

—

El Gran Señor estaba recostado en un divan, y Zobir, uno de sus favoritos y charlatanes, de pié ante él, en actitud respetuosa, escuchaba las

palabras que salían de los labios del príncipe, cuya fisonomía lasciva y demacrada reflejaba el sueño de la inteligencia.

— Zobir, — decía, — muchos sábios me han prometido devolverme el vigor y la juventud que tan pronto he perdido, pero todas sus drogas y palabras mágicas me fueron ineficaces. Te he llamado porque, recuerda, hace poco me prometiste lo mismo y ahora quiero poner á prueba tu ciencia.

— Señor, seré el mas feliz de los hombres pudiendo satisfacer vuestros deseos, aunque de tantos favores me habeis colmado que solo con gratitud puedo corresponder á ellos; por tí llevo el turbante blanco del Consejo de los Ulemas.

— ¿Pero, podrás rejuvenecerme?

— Lo he dicho.

— Bien, si acostumbras á realizar lo que ofresces yo exijo que se cumpla lo que se me ha prometido.

— Así lo haré.

— ¿Durará mucho tiempo la curacion?

— Forzosamente.

— Cómo ¿no puedes abreviarla? ¿Tendré que esperar? No, eso no es posible!

— Sin embargo, mi ciencia no alcanza á reconstruir en un dia lo que durante tan largo tiempo se ha ido destruyendo.

— Haz un esfuerzo.

— Será inútil.

— Te daré oro.

— Será inútil.

— Mujeres, dignidades, lo que ambiciones.

— Siempre inútil; me amenazareis de muerte y no podré complaceros.

— Creo en tus palabras, Zobir, pero tú en quien siempre he depositado mis secretos, si supieras por qué lo pido así, quizá encontrarás, para servirme, algo que lo demás no te incita á buscar.

— Me parece imposible

— Escucha, pero antes dime ¿ hablaste con mi madre ?

— Si, hoy he hablado con la sultana Kesen, la favorita de Alah.

— ¿ Qué ha dicho de su hijo ?

— Solo tratamos de los negocios de Estado, de la guerra con los infieles.

— Ciertamente, dirige bien el gobierno que le entrego con tal de que me deje gozar en paz de los placeres, . . . ¿ pero, en realidad no hablaste de mí ? ¿ ella no te preguntó nada ?

— Nada.

— ¿ Y el muftí, lee siempre el Koran ?

— El muftí está enfermo.

— Desde cuándo ?

— Desde hoy.

— ¿ Sabes lo que le ha sucedido ?

— Lo ignoro.

— Eso es lo que iba á contarte ; óyeme y despues contesta si es imposible para el servidor fiel lo que imposible para el sábio.

El príncipe se incorporó lenta y fatigosamente, su rostro adquirió cierta animación, su mirada más brillo y sus palabras mayor vivacidad.

— Un pueblo de mujeres de infinidad de países, — dijo, — tengo en el Serrallo; todas son jóvenes, bellas, ardientes, voluptuosas, y más de la mitad de ellas gimen por recibir una caricia mía, que nunca me digné otorgarles. Los sentidos están cansados, pero el corazón late ahora con más fuerza que el día en que ceñí la espada de los sultanes en la mezquita de Eyub. ¿Comprendes por qué es eso?

— Hannun, el poeta ha dicho: *lo que da más calor á la sangre y más luz al espíritu es el amor*, y yo os contesto, eso es lo que sentís.

— Recuerda que después agrega: *él conduce á los fuertes al crimen ó la gloria, pocas veces á la dicha*.

— Dice bien el poeta.

— ¿Entonces crees que no podré ser feliz? ¿y si crees eso, para qué intentas curarme?

— Zobir no ha dicho que seréis desgraciado, sino que Hannun habla con verdad; más, él no se refiere á los prudentes, pues para ellos es la dicha, y vos sois prudente.

— ¿Lo soy, y por mi culpa me encuentro viejo á la edad en que todos están en la fuerza de la vida?

— Pero es que habéis vivido tanto como los hombres tres veces más ancianos que vos, porque habéis gozado más que ellos.

— Cierto es, y ahora sufro; ya no tienen encanto para mí las ardientes odaliscas que se estremecen de placer y las vírgenes que desfallecían de amor entre mis brazos. Sufro aunque sé que ella me ama y sin embargo de que me pertenece; pero me siento fatigado y débil como un anciano, y eso es lo que causa mi dolor. Oye y aprecia la magnitud de mi desgracia, ella es pero, estás mintiendo; es imposible que no sepas lo que ha pasado, cuando en estos momentos hablarán de ello hasta los pescadores del Estrecho; es imposible que ignores lo que tiene escandalizado al Divan.

Ibrahım, presa de un acceso de ira, habíase puesto de pié y fijaba una mirada escrutadora en la impassible del astuto Zöbir, que, conociendo demasiado á su amo, estaba acostumbrado á sus inesperados arranques de cólera, tan pasajera como la de un niño y causada por la enfermedad que lo aniquilaba.

— ¿Piensas, exclamó el príncipe, que entrarás al infierno con cabeza?

— Gran señor, la perderé si lo quereis, y la perderé por haber dicho la verdad sirviendoos fielmente: cuando sean pesadas mis acciones en la balanza de las obras, cuando Monkır y Neki pronuncien su santo é inapelable juicio, no será el peso de la mentira lo que me impida ascender á los cielos.

— ¿Dónde has estado esta mañana?

— Vine á vuestro llamamiento.

— ¿Quién habló contigo ?

— Nadie, pues lo he pasado leyendo un manuscrito antiguo.

— ¿No visitaste al muftí ?

— Fijaos que no he tenido tiempo.

— Pues bien, sabe que anoche he robado á su hija y que ni Alah podrá separarme de ella.

— ¡ A su hija, la belleza de Islan !

— Considera mi estado y mide por él la desesperacion que siento.

— Yo leeré en los astros la fórmula y encontraré la yerba desconocida que os volverá la juventud.

Pronto, Zobir, pronto, que esta noche la veré en el kiosko y en vez de placer encontraré angustia.

— ¿ Esta noche, señor ?

— Sí, esta noche ¿ por qué das esa entonacion á la pregunta ?

— Mi voz tembló porque pensé en vuestra afliccion.

— Véte y que tu sabiduria te haga encontrar en los astros la felicidad que he perdido, siempre será una esperanza.

— La esperanza es la vida, y os prometo que pronto vereis realizada la vuestra.

— Sí así fuese, si pudiera ser jóven de nuevo para borrar con el arrepentimiento los males que he cometido, si tuviera la energia que he perdido y la inteligencia que he gastado dejándome arrastrar por mis pasiones, por mis caprichos, y entregándome por completo á los place-

res del cuerpo, entonces, Zobir, entonces me verías volver al gobierno para hacerme amar é ir á la guerra para conquistar gloria.

Y el príncipe, como si hubiese hecho un inmenso esfuerzo para coordinar los pensamientos que acababa de espresar, se dejó caer estenuado sobre un muelle cojin de Persia. En él los intérvalos lúcidos eran poco duraderos.

— ¡Desesperacion! — murmuró, — solo desesperacion.

Zobir iba á dirigirle una de sus acostumbradas frases de consuelo, pero el Sultan, indicándole la puerta, murmuró:

— Véte.

—

En el Serrallo tambien y á la misma hora, reunidos en una apartada habitacion, se hallaban la sultana Kesen, el muftí y el Gran distribuidor de la sopa (1er. oficial de los genízaros).

— Ya sabeis, decia la sultana, que haré todo por el bien del Estado; como he propagado la religion por el filo del alfange, cumpliendo la órden del Profeta.

— Ibrahim,—observó el Jefe de los genízaros,— que fué bastante astuto para librarse de Amurat, fingiéndose loco, que ha sido tan cruel para con los débiles, tan inútil, tan perjudicial para el Imperio, acaba de colmar la medida de su corrupcion y perversidad; anoche ha robado al anciano muftí, ministro del cielo, lo único que

poseía en la tierra, un tesoro que ya no podrá recuperar jamás.

— Lo sé,—contestó Kesen,—le ha robado á su hija, á la joya de Stambul.

El muftí, enjugando las lágrimas que apesar suyo se desprendian de sus ojos, y pasando su temblorosa mano por su larga y blanca barba, murmuró con un acento, en que á pesar de la aparente resignacion, se escapaba la ira :

—Alah lo ha querido... estaba escrito... Así sea.

Hubo un momento de silencio.

El muftí agregó :

—Alah ha querido que este peso agregado á los otros, inclinen la balanza y decida de su suerte. La sentencia está dada, ¿os faltará valor para ejecutarla? Mirad que no lo haceis por mí, sinó por la salvacion de la religion y del Imperio; mirad que dejando impune al criminal caerá sobre todos el castigo del cielo.

—La tradicion de los Sultanes,—dijo el Jefe de los genízaros, autoriza á los padres para quitar la vida á los hijos, cuando su ambicion, su inepititud ó sus crímenes perjudican la gloria del Islam, y las ortas de genízaros tienen el derecho de derribar al que no ha sabido sostener el estandarte de las siete colas, al que no ha sabido administrar justicia ni combatir contra la cruz en defensa de la media luna.

—Teneis el derecho de deponerlo, pero no de matarlo!—exclamó la sultana.

—En este caso no será necesario, pues es tan débil de cuerpo como de alma, y creo que estareis resuelta á ayudarnos, pues que ya antes habeis convenido con nosotros en poner en su lugar á Mohamet, vuestro nieto y su hijo; Mohamet, que lleva el nombre del guerrero, azote de Dios, que conquistó la ciudad y entró á caballo al templo de los intieles para probar que no hay mas dios que Alah y que todo lo puede quién se sacrifica por él.

—Ya os he dicho, contad con mi apoyo, pero no trateis de quitarle la vida. Disponed los medios, designad la hora y comunicadme lo que hayais acordado. Mohamet será el elegido.

Diciendo esto, la sultana abrió una puerta que comunicaba con los jardines y salió.

—Es necesario sublevar todas las *ortas*,—dijo el muftí al Jefe.

—Los soldados están prevenidos y difícil me será contenerlos en la inaccion y el silencio por mucho tiempo; ya sabeis que cuando ellos hablan, el incendio de un barrio es el que trasmite su voz.

—El fuego trae miseria y muerte; no usemos de él.

—Entonces, necesario será apresurarnos, para que no se cometa alguna imprudencia irreparable.

—Obremos pronto, con energia.

—¿Cuándo?

En ese instante la puerta se abrió aparecien-

do en su dintel la siniestra figura de un mudo, que inclinándose respetuosamente hizo una seña.

El muftí contestó con otra y el esclavo desapareciendo por un momento, introdujo á Zobir, volviendo á cerrar la pesada batiente.

—¿Está todo pronto? —preguntó el recién llegado.

—¿Hablasteis con el sultan? interrogó el Jefe de los genzaros.

—Sí.

—¿Hablasteis con él?—repitió el muftí.

—He hablado con él.

—¿Sospecha algo?

—Nada, es un pobre imbécil, que ha tenido hoy intervalos de cuerdo

—¿De qué habeis tratado?

—De lo de siempre: de su enfermedad y curacion.

—¿Y habeis prometido volverle la salud?

—Si, ¿cómo podia negarme, cuando me iba la vida?

—¿Y qué pensais hacer?

—Apresurar los sucesos, si teneis el mismo pensamiento.

Necesario es terminar presto, ¿pero cuándo?

Tengo un plan. Me ha pedido que abrevie su curacion y mañana puedo administrarle una droga

—Nunca, dijo el muftí, nunca; no apelemos al crimen.

—Que seria perjudicial,—observó el Jefe,—pues

fácilmete se averiguaría la verdad, obrando así, y pronto nuestras manos no encontrarían el turbante.

—Hablais cuerdamente,— dijo Zobir,— pues, de hoy á mañana. . . .

—De hoy á mañana,— murmuró el muftí,— quién sabe! y mi hija!

—Ademas, Ibrahim tiene ideas de reforma y de gobierno, que no podría realizar porque es impotente.

—Pero tambien es sanguinario.

—Otro motivo mas, para que nos conduzcamos con rapidez y prudencia.

—Resolvamos, pues.

—Mis genizaros están dispuestos, decidme la hora y el sitio; sino lo haceis pronto todo se habrá perdido.

—Pensemos, pensemos.—dijo el muftí.

—Lo sé,— exclamó de pronto Zobir. Escuchad.

—¿Cuándo? preguntaron curiosamente.

—Esta misma noche.

—Hablad.

—El sultan irá al kiosko de.....donde le espera.....

—Mi hijal...Alah sea bendito!— exclamó el muftí alzando con desesperacion las manos.

—Así es—continuó impasiblemente Zobir—él irá al kiosko; conocemos la senda, está poco iluminada y hay grandes plantas á los costados; podemos evitar que llegue.

—Lo impediremos, y Mohamet será proclamado.

—¡Y mi hija! ¿no podemos salvarla, ahora mismo? ¿no me ayudas á salvarla, si sabeis donde está?

—Es imposible; todo se perderia; las guardías nos rodean y no tenemos quien nos preste ayuda. Esperemos á la noche.

—¡A la noche! Será presiso resignarse; así lo exige la salvacion del Estado.

—Acordaos que tambien es la nuestra y que Ibrahim no llegará al kiosko.

—sabeis la hora?

—Eso es lo que voy á indagar; el Gran Eunuco está con nosotros,—dijo el Jefe de los genizaros—id á disponer lo demás con la sultuna y á comunicarle lo que hemos acordado. Yo estaré allí, antes que el sol se oculte, y mañana....mañana Mohamet IV, hijo de Ibrahim, será proclamado

—

Era un gabinete de forma octógona, con las paredes tapizadas de damasco azul y el pavimento alfombrado con riquísimos cojines de Persia; un divan de terciopelo celeste corria concéntrico á las paredes, cortándose en el sitio ocupado por una puerta que, casi oculta bajo el tapiz, comunicaba con los jardines; una lámpara de plata alumbraba la estancia; respirábase allí un ambiente embriagador y sofocante, impreg-

nado de aromas de ámbar, de sándalo....quizá de besos

Cerca de la puerta, recostada de espaldas sobre uno de los divanes, estaba una mujer; una niña hermosísima con espléndidos contornos de mujer. Era la hija del muftí.

Una cascada de cabellos negros, sedosos y ondulantes, cayendo por debajo de su cuello iba á derramarse por encima de los tapices, y las formas de su cuerpo, blancas, mórbidas, voluptuosas, ocultábanse apenas bajo los ligerísimos pliegues de leve gasa, para reaparecer á intérlos en toda su soberbia desnudez. El movimiento tranquilo del seno á medio velar, los lábios entrea-biertos, los párpados entornados, la actitud de reposo é inmovilidad completa en que se hallaba, hacian creer que reposaba en un sueño tan dulce como profundo.

Seguramente no soñaba con el pobre padre abandonado.

Por mucho rato permaneció de la misma manera y en el mismo sitio, hasta que, al fin, hizo un ligero movimiento con la cabeza, y entrea-briendo lentamente los párpados, miró hácia la puerta. Oíase cierto ruido de pasos claramente percibidos á causa del completo silencio exterior; el rumor cesó siendo reemplazado por un ligero y breve murmullo; sin duda el que llegaba hablaba con el eunuco de guardia, trasmitiendo órdenes; en seguida abrióse la puerta para volverse á cerrar inmediatamente, despues de dar paso

á Ibrahim, envuelto en un blanco caftan; desembarazóse del manto y arrojando á su lado, sobre la alfombra, el turbante sembrado de perlas y la cimitarra guarnecida de diamantes, fué á rodillarse al lado de la hermosa, que, recien despierta, sonreia con una espresion llena de cariño y de promesas.

El levantó suavemente la cabeza de su amada, hundiendo sus manos en la sedosa cabellera, ella enlazó con abandono el cuello de su señor, y entónces uniéronse sus lábios en un beso, en un prolongado y ardiente beso, éxtasis sublime de la vida que se desborda.

En este instante resonó en la puerta un gemido ahogado seguido del choque de un cuerpo contra el suelo.

Ibrahim se incorporó con sobresalto y quedó silencioso é inmóvil, con el oido atento.

Su amante, sobrecogida de terror, fijando en él una mirada de espanto, fué á hablarle, pero le impuso silencio con un gesto y sin atreverse á recoger su cimitarra por temor de producir algun ruido al andar sobre los cogines, permaneció en la misma postura.

Como todo volviera á quedar en absoluto silencio, el príncipe, inclinándose al oido de la jóven, le preguntó á media voz:

—¿Has oído?

—Un grito, —balbuceó ella temblando, —siento miedo, mucho miedo.

—Eso sucede con frecuencia aquí en el serra-

llo,—dijo él,—y sin embargo....

—¿Oyes?....

—No.

—Alguien mueve la puerta; estamos perdidos, será mi padre.

Ibrahin sentia algo como un presentimiento que le anunciaba una desgracia, y con paso vacilante, como si fuera á pesar suyo, se dirigió á la puerta, deslizándose mas bien que caminando.

—¡Por Alahl no vayas!—exclamó su amada.

En este instante mismo resonó alrededor del gabinete un alarido inmenso y terrible, lanzado por centenares de gargantas, y las batientes de la puerta impelidas por una fuerza irresistible se abrieron con estrépito.

Ibrahim quedó inmóvil de terror; los cabellos erizados, la boca entreabierta; su amante habia caido desmayada sobre los tapices del suelo.

Una avalancha de genízaros se precipitó dentro con el gefe á la cabeza, y acometieron al sultán con intencion de aproximarse, pero aquel impulsado por el instinto de conservacion, sin poder formarse idea clara de lo que le sucedia, saltó rápidamente hácia atrás y cojiendo la cimitarra y desenvainándola arremetió á sus agresores, pasando instantáneamente del estremado terror á la estremada cólera.

Una espantosa vocería atronaba los jardines, repitiéndose hasta los lejanos muros y en los cortos intervalos de calma oíase dentro del gabinete octógono, en medio del choque de las

armas, la voz del jefe que decia á los soldados :

— Vivo, vivo, no le mateis !

Ibrahim reconcentraba toda su energía en aquella lucha desigual, y su estremada cobardía, su inmenso horror á la muerte le hacian batirse como un leon y al mismo tiempo exclamar miserablemente :

— Salid ! perdon ! dejadme la vida ! . .

Pero los genízaros, enardecidos por la resistencia, no escuchaban ya ninguna voz, ni la de su jefe, y saltando como fieras sobre el infortunado príncipe, le derribaron acribillado de heridas.

Zobir, abriéndose paso por entre la muchedumbre, consiguió sacar desmayada á la hija del muftí.

El gefe de los genízaros, al ver caer á Ibrahim, corrió hácia él para protegerle, pero solo se encontró con su cadáver desfigurado por las heridas y la sangre. Los soldados lo arrastraron hácia los jardines y seguidos de otra muchedumbre de genízaros, ébrios de libertinaje y de rapiña, anunciaron al aterrado serrallo la muerte de su señor.

Y un grito inmenso, partido de todos los puntos del palacio, proclamó á Mohamet IV señor del Islam.

ÚLTIMA ESCENA

Michael Jurgevitch Lermontoff tenía 2 años en 1816 cuando quedó huérfano, y sus parientes que pertenecían á la nobleza de Moscow se encargaron de darle educacion.

Algunos años más tarde ingresaba á la Universidad, siendo en breve espulsado á causa de su carácter turbulento y atrevido; por eso, á fin de domar su genio rebelde á toda disciplina, sus deudos le hicieron ingresar en el colegio de abanderados de la misma ciudad, de donde pasó en calidad de oficial al regimiento de Húsares de la Guardia.

Pouchkine acababa de morir en duelo, en Francia, y Lermontoff inspirándose en el trágico fin de aquel gran poeta hizo sus primeros ensayos literarios pidiendo en sentidos versos la muerte para el matador. El Czar Nicolás hizo justicia colgando en efigie al homicida y destier-

rando al Cáucaso á Lermontoff. Las asperezas de la vida de campamento, en el desierto, cuadraban bien á su carácter independiente y altanero. Allí en medio de los cosacos, combatiendo con los tcherkeses, los osetas, los lerghes y los sectarios de Schamyl fué donde compuso sus mejores poemas. Algunas veces abandonaba su montaña bien amada cubierta de hielos perpétuos, que como dice Edmundo About refiriéndose á la nieve de la Jungfrau « ninguna huella la ha maculado, ni siquiera la traza del pié de un pájaro ; » iba á Petersburgo robustecido con el sol de la estepa y el viento de la montaña á continuar su vida turbulenta de pendencias y amoríos, para volver otra vez con la existencia salvaje de la frontera á cantar y á combatir. El será el poeta, el amigo, el amante de esta montaña misteriosa, sitio de tormento para Prometeo y cuna de nuestra raza ; tendrá en ella un refugio y un consuelo, será la Musa que le inspire en sus noches desoladas. El mismo por su baja estatura, cuerpo grueso, macizo y anguloso, parecia una tosca escultura tallada en un fragmento de roca ; su alma era impetuosa y libre como el viento de las altas cumbres que se alzan mas allá de las nubes, en regiones serenas, mientras sus flancos son flageados por el rayo ; así tambien en su espíritu conmovido por un conflicto de pasiones violentas habia una region siempre tranquila : el ideal. El rostro del poeta participaba de la fealdad del resto del cuerpo, y sin embargo habia en él una

noble belleza resultante simpática del conjunto de sus rasgos, la belleza que se atribuye al génio, y aunque varias veces su figura sirvió de blanco á las sátiras de sus adversarios,—á quienes hizo enmudecer con la pluma ó con la espada, —sirvió tambien para apasionar á hermosas y distinguidas mujeres que quizá mas que al poeta amaban el prestigio de su nombre.

Por fin, en 1841, á consecuencia de la publicacion que acababa de hacer Lermontoff de su última novela « El héroe de nuestra época » fué retado á duelo por uno de sus compañeros de armas, el capitán Kasteliew, que creyó verse retratado y ridiculizado en uno de los personajes de esa obra.

Como era de esperarse, dado el carácter del poeta, aceptó el desafío, pero á condición de que las cosas pasasen exactamente como en el duelo de Petchorin que él habia descrito en el « Héroe de nuestra época, » es decir, en lo alto de una montaña, al borde de un hondo precipicio cubierto de nieve. Kasteliew aceptó á su vez, y el 27 de Julio de 1841, Michaël Jurgevitch Lermontoff, con el pecho atravesado por la bala de su adversario, se despeñaba en el abismo insondable, ni mas ni menos que uno de los personajes pintados en su dramática narracion.

La Rusia perdía en él á uno de sus mas grandes poetas.

—

La noticia de su fin trágico circulando inme-

diatamente por el campamento causó honda sensacion. El suceso se referia y comentaba de mil maneras diversas, y entretanto el cadáver yacia abandonado en el fondo del abismo, en la montaña desierta

Un militar cosaco, el viejo Pownine como le llamaban sus camaradas, estuvo á punto de ser victima de un ataque á la cabeza á causa de la profunda impresion que le produjo la noticia del suceso. Cierta vez, en las estepas de Astrakan Lermontoff le habia salvado la vida, sin conocerle, y corriendo grandes riesgos; desde entonces, sin embargo de las diferencias de edad, educacion é inteligencia que habia entre ambos, se hicieron íntimos amigos, y en más de una situacion apurada tuvieron ocasion de demostrarlo.

Pownine tendria á la sazón poco mas de cuarenta y cinco años, sus cabellos eran grises como sus grandes bigotes ásperos que daban cierto aspecto feroz á la fisonomia de rasgos acentuados y curtida por la intemperie. Sin embargo de su aspecto, el cosaco era un corazon leal, un niño grande capaz de todas las abnegaciones, sin dejar de ser por eso un enemigo terrible, por su valor, por su habilidad y por su perseverancia.

Al conocer el resultado del duelo, habia montado á caballo, diciendo á algunos soldados que se encontraban presentes:

—Si no vuelvo es que me han muerto; si vuelvo es que he muerto á Kasteliew. ¡Hijo del diablo! aun en el caso de que me mate como al

otro ¡pobre Jurgevitch! es seguro que morirá conmigo.

Después de santiguarse concienzudamente llamó á su perro Gogo, viejo mastin, eterno compañero de correrías de su amo, de quien era amigo y servidor. Había tanta confianza entre ambos que si Gogo hubiere podido hablar habría tuteado á Pownine.

Se alejó á gran galope seguido del mastin.

¿Dónde estaría ese maldito de Kasteliew? ¿Y entre tanto, que haría el infeliz Jurgevitch en el fondo del precipicio? ¡Muerto, decían, está muerto! ¿Pero quién le ha visto? ¿Quién ha bajado al abismo á cerciorarse? ¡Ah, cobardes! Le han dejado caer, y, vivo ó muerto, se halla desamparado como un caballo herido en el campo de batalla. Quizá confía en que vayan á salvarle. ¿Y en quién ha de confiar sinó en un corazón amigo? ¿Y qué otros amigos serán capaces de ir á socorrerle sinó lo hacen el viejo Pownine y el viejo Gogo? Se puede esperar hasta mañana para matar á Kasteliew, pero no se puede fijar el mismo plazo para socorrer á Lermontoff.

Hechas estas reflexiones, el cosaco desvió su cabalgadura del camino que había seguido, y siempre á gran galope, dirigióse á la montaña.

Al cabo de algunas horas de marcha fatigosa, y habiendo ascendido pendientes tan rápidas que casi eran verticales, se apeó, dejando la cabalgadura asegurada. Llevaba consigo el lazo de

cuero que acababa de desprender de la montura por lo que pudiera sobrevenir. Así cargado, franqueó á buen paso la distancia que le faltaba por trepar hasta el precipicio.

Una vez sobre la roca donde habia tenido lugar el duelo, se detuvo.

—Hijo de perro!—esclamó, amenazando con el puño en direccion al campamento donde suponía que estuviera Kasteliew.—¡Hijo de perro, ahora vas á conocerme!

Se aproximó al borde del abismo, y como viera algunas pequeñas manchas rojizas en la saliente de una roca, inclinándose hácia ellas las tocó con el índice de la mano derecha. Se incorporó y mirándose el dedo teñido con la sustancia glutinosa que formaba las manchas, reconoció en ella la sangre de su amigo:

—¡Por Jesucristo!—esclamó,—pobre Jurgevitch!—Y no pudo impedir que dos lágrimas asomasen á sus ojos.

Permaneció un momento en el borde, con el oído hácia el precipicio, tratando de sorprender en su fondo tenebroso algun rumor que viniera á revelarle la existencia del poeta. En ese instante una bandada de aves descendió con algarazara á picotear entre la yerba, no muy lejos de él; Pownine las espantó á pedradas, colmándolas de injurias y haciendo que Gogo se precipitase sobre ellas.

En seguida volvió á la orilla del abismo; se tendió en el suelo, y apoyando las manos en el

reborde de las peñas inclinó la cabeza dentro de la sima, permaneciendo largo rato en esa postura.

Nada se oía.

Gogo, que cabizbajo estaba sentado junto á su amo, enderezó las orejas olfateando hácia dentro del precipicio.

Este advirtiendo el movimiento del perro redobló su atencion, pero sin resultado. Nada se movia debajo, no rodaba ningun guijarro ni se arrastraba ningun reptil.

Entonces el cosaco con voz estentórea, repetida por el eco, gritó:

—¡Michaël! ¡Aquí estamos Michaël! ¡Aquí está Ivanich que viene á salvarte!

Tornó el silencio. Pownine escuchaba ansioso.

De pronto le pareció haber oido un sonido apagado, un débil rumor que partia del fondo del abismo y en el que creyó entender su nombre.

—¿Estás vivo, hermano? ¿Me hablas?

Nuevo silencio. El cosaco no respiraba, no se movia, reconcentrando en su oido, acostumbrado á los mas imperceptibles rumores, toda la potencia de su atencion.

Otra vez creyó oir el mismo rumor apagado que acababa de escuchar. Se estremeció pensando que allá abajo, en lo negro, un moribundo le hablaba.

Gogo sentado sobre una peña, cerca del abis-

mo, con la cola entre las piernas, había levantado el hocico y ahullado.

—Bueno—murmuró Pownine, incorporándose y dirigiéndose al perro,—bueno hijo, tú también has oído. Ahora vamos á salvarle.

Volvió á inclinarse, y con la vehemencia que le caracterizaba gritó :

—¡ Allá voy, Michaël ! ¡ Allá voy, hermano !

Incorporóse, y desembarazándose de la gorra, el sable y las botas, encorbó las piernas y balanceando los brazos los estiró rápidamente dando un largo salto para probar su agilidad y fuerza.

—Aun puedo,—dijo.

Algunas aves pasaban volando en busca de sus nidos.

—¡ Si tuviera alas !—pensó, y caminando á lo largo del precipicio buscaba un parage á propósito para descender; pero, por todas partes, cerca del punto en que se veían las manchas, las paredes de la roca estaban cortadas casi verticalmente.

Pownine maldecía.

Por fin se detuvo junto á la profunda grieta de un peñasco, y mirando el abismo se pasaba repetidas veces la mano por la frente, de una manera nerviosa. Trataba de tomar una resolución atrevida.

Debajo de él, como á cuatro ó cinco metros de profundidad, se destacaba un arbusto cuyo ramaje amarillento avanzaba sobre el precipicio.

Pownine no titubeó mas, y sacando el largo

lazo de cuero que nunca abandonaba, como buen cosaco que era, ató un extremo al tronco de un árbol, y dejando colgar el otro cabo dentro de la tajadura empezó á descender á largas brazadas por la cuerda. Llegó hasta tocar el arbusto, y consiguiendo pararse cerca del arranque del tronco para que el peso del cuerpo no doblegase la planta, permaneció así un momento tratando de habituarse á las tinieblas que habian debajo.

Estaba de pié, asido al lazo con ambas manos, esperando que algun rumor hiriese su oido ó que á su vista se revelase la presencia de algun objeto en la semi oscuridad que le rodeaba.

Gogo, que habiendo notado las maniobras de su amo le seguia con la vista desde arriba, empezó á dar ahullidos lastimeros. Recorria al trote los bordes de la cortadura buscando un paraje por donde bajar, y sus ahullidos, á medida que se repetian, iban siendo mas intensos, mas penetrantes, mas lúgubres.

El cosaco levantó la cabeza.

—¡ Cállate, hijo del diablo ! ¡ Silencio !—gritó, concluyendo la frase con una palabra demasiado enérgica.

El perro se calló, contentándose con producir un chillido ahogado repetido á intervalos.

Aprovechando un instante de calma, Pownine creyó escuchar un gemido ; una roca saliente á manera de plataforma habia debajo de él.

Abandonando el tronco del arbusto continuó

su descenso por la cuerda, pero ésta terminaba antes de que sus piernas tocaran parte alguna en que poder afirmarse. Miró con atención para convencerse de que no se había engañado, y en efecto, como á dos metros bajo sus piés vió estenderse la ancha saliente de una roca.

No meditó, no titubeó. Midiendo la distancia con la vista y soltando el extremo de la cuerda fué á caer sobre la dura plataforma, con las piernas en arco como los acróbatas.

El pobre Gogo ahullaba de una manera conmovedora y el cosaco sentía que á pesar suyo empezaba á flaquear su ánimo penetrado por la desolacion del parage é intimidado por el riesgo de la empresa; pero trataba de alentarse con su reflexion de costumbre:

—¿Qué diria un tártaro si me viese? ¡Un cosaco asustado! ¿Qué diria un tártaro?

Con acento tembloroso por la emocion rogó al perro que guardara silencio, como si el pobre animal pudiera comprender la terrible situacion en que su amo se encontraba.

En seguida sentóse en el borde de la roca dejando colgar las piernas, y por un instante pareció dominado por el mas intenso desaliento.

De pronto alzó la cabeza: los bordes del abismo limitaban el campo de su vision; allá arriba, en la faja de cielo que podia ver, una nube purpurina por la luz del crepúsculo atravesaba lentamente el espacio azul. En uno de los bordes la silueta de Gogo, un tanto empequeñecida, se

destacaba netamente en negro, sobre el fondo iluminado del cielo. El lazo colgaba á algunos metros sobre su cabeza, oscilando como la cuerda de una campana que acaba de tañerse. El profundo silencio solo era interrumpido por los gritos plañideros del animal que se paseaba inquieto, mirando hácia abajo.

Pownine se puso de pié, apretó los puños, sacudió la cabeza y mirando el extremo de la cuerda, replegándose sobre sí mismo, saltó con intención de asirla; pero su agilidad no era muy grande y cayó rudamente sobre la plataforma. Volvió á intentarlo varias veces, siempre con el mismo mal éxito.

Extenuado por los repetidos esfuerzos, maltratado por las caidas, aislado sobre la peña, con el abismo debajo y la inmensidad del cielo arriba, sin poder bajar á socorrer á su amigo ni subir á vengarle, sin poder salvarse él mismo, Pownine entregado á la mas sombría cólera maldecia á Kasteliew con toda la vehemencia de su carácter.

—Pero,—agregó interrumpiendo bruscamente sus imprecaciones,—¿es esto digno de un alma cosaca? ¿Gritar así como ébrio en vez de conservar serenidad y presencia de espíritu? ¿Qué demonio me ha hecho cometer esta cobardia?—y al decir esto se santiguó devotamente.—No, no es cristiano alborotar de esa manera. Basta de gritos y lamentaciones. Saltaré hasta alcanzar la cuerda; he de subir y he de matar al otro. ¡Qué Dios me ayude!

Y con nuevos bríos volvió á ejecutar otra série de saltos, pero mediaban dos metros de distancia entre sus manos levantadas hácia arriba y la estremidad de la cuerda.

Esfuerzos inútiles. Al cabo de un rato, extenuado por la fatiga del ejercicio á que se habia entregado, quedaba tendido sobre la peña.

Gogo que habia contemplado con aire inquieto los inusitados movimiento de su amo, y que hasta entonces permanecia silencioso por obedecerle, no pudo contenerse ya, y sentado siempre en el borde de la tajadura levantó el hocico y ahuyó.

Al oírle, Pownine se puso inmediatamente de pié.

—Aquí, Gogo, aquí,—gritó llamando al perro.

Este se levantó tambien al escuchar la voz de su amo, y, como antes, empezó á recorrer los bordes del precipicio buscando una pendiente que le permitiera descender.

—¡Aquí, Gogo! ¡Pronto aquí!

Y el fiel animal, sin intimidarse ante el peligro, miró á su amo y dejándose caer contra la plataforma chocó contra ella; rebotando violentamente al lado de Pownine lanzó un quejido cayendo despeñado al abismo.

—¡Bien, hijo, bien!—gritó el cosaco,—nunca desobedeciste, nunca fuiste cobarde. Ahora me toca á mí; espérame allí abajo.

En seguida levantó el puño, y vuelto hácia la parte por donde habia bajado, como si todavia

viera el campamento, y Kasteliew se encontrara en él para oír el insulto, exclamó:

—¡ Hijo de perro !

Retrocedió para tomar distancia hasta dar de espaldas en la pared del precipicio, y echando á correr hácia delante se arrojó de un impulso fuera de la plataforma, desapareciendo en las tinieblas.

Y los tres amigos reposan allí, en el mausoleo del abismo, libres de las esculpidas lápidas que coloca la imbecilidad de los vivos para perpetuar la vanidad de los muertos.

LA TENTACION

I

Pablo se empeñó en llevar consigo á Santiago. Vivía ahí, á la media cuadra. En su casa comían temprano, y quedándose á acompañarle, saldrían juntos, despues de comer, á pasar por casa de dos jovencitas del barrio, Rosa y Camila, á quienes cortejaban.

Luego, irían de visita á lo de misia Hermenegilda que tenía una hija preciosa; las dos eran unas infelices. Eustaquio aseguraba que se iban á divertir mucho.

Santiago, dejándose seducir por el programa de su amigo, aceptó lo que le propuso, acompañándole á su casa.

Allí, despues de atravesar tres patios, subieron una escalera de hierro, en espiral, y se encontraron en las habitaciones de Pablo: dos

piezas de alto, escritorio y dormitorio, que dominaban toda la vecindad. Dos de las puertas daban á un balconcito de madera, sobre el último patio; la otra caía á la azotea, y una ventana en la pieza escritorio permitía ver los terrenos del fondo.

—¡Qué fresco hace aquí arriba!—esclamó Santiago, — Esto es delicioso. Y qué linda vista!

—Hombre ¿porqué no te quedas en mangas de camisa? Así estarás mas cómodo; y te sientas en la ventana á tomar aire mientras me visto.

—Bueno, pero pronto ¿eh?

—No, hombre, pierde cuidado; en un santiamen estoy listo, y ahora despues de comer.... ¿Tú no tienes dinero?

—Ni un peso; no nos han pagado todavia, en la oficina.

—Entonces, veré de conseguir en casa; cada vez que pido me espetan un sermon, pero no importa....

Eustaquio pasó á vestirse á la pieza inmediata, y Santiago, habiéndose despojado del jaquet se cubrió con un guarda polvo de su amigo, y fué á sentarse á la ventana, esperando pacientemente á que éste concluyera.

En el terreno que daba á los fondos entre la pared que los separaba de estos, por un lado, y el alto murallon de una casa de tres pisos, por el otro, se estendia, frente á la ventana de la

pieza, un bosquecillo de naranjos. Entre el ramaje cubierto de verdes hojas lustrosas, brillaban aquí y allá sus frutos de un amarillo encendido, y los pájaros vagabundos cantaban á la sombra de sus anchas copas.

A la derecha, en medio de una batahola de huecos de pátio, cornizas de azotea, piezas de alto, galerías y miradores, asomaban ramas de árboles en flor, trepadoras guías de enredaderas, cajones de un color amarillo terroso llenos de plantas diferentes, y tiestos de alfarería adornados con cactus enanos y matas de claveles.

A la izquierda, los jardines de toda la cuadra venian á reunirse en el centro de la manzana, en medio de un delicioso entrelazamiento de glorietas y emparrados.

Santiago, mirando el paisaje en miniatura que tenia delante, no cesaba de exclamar:

— ¡Qué lindas naranjas! — ¡qué jazmines! ¡qué aromas! Si yo viviera aquí, haria unos paseos de noche!

En la misma direccion, pared por medio con la casa de su amigo, veia Santiago el último pátio de la de al lado dividido de los linderos lateralmente por una pared de corralon, en el fondo por dos piezas que ocupaban todo el ancho de aquel, y á la entrada por una verja de hierro que lo separaba del tercer pátio.

A cada lado de la pared del corralon, se estendia un emparrado sostenido por zarzos hechos de barrotes de hierro y cañas tacuaras.

El de la derecha era mucho mas grande que su opuesto. Los racimos de un verde opaco, pequeños y apretados, colgaban entre los pámpanos, distinguiéndose de ellos por un color mas pronunciado.

En un rincon, entre el emparrado de la izquierda y las habitaciones del fondo, dos pequeños nísperos de copas redondeadas crecian al lado de un olivo que aun no habia llegado á su completo desarrollo, y un laurel-rosa lanzaba con elegancia sus ramas esbeltas. Al lado de la verja que dividia ambos patios se alzaba una corpulenta higuera.

Cerca del gran zarzo, una magnolia arborescente ostentaba sus grandes flores de un blanco immaculado; un floripondio raquíptico desaparecia detrás de un grupo de geranios cubiertos de polvo y engalanados con lujuriosas flores de un rojo crudo y brillante.

En medio de todas esas plantas un largo eucaliptus seco estiraba su tronco desagraciado y cubierto de girones de corteza. El ramage desgreado estaba revestido con hojas amarillentas, rígidas, quemadas por el sol.

Debajo del emparrado habia una silla de madera. Junto al menor, contra el muro, un monton de escombros y varias tablas manchadas de cal; y esparcidos por el pátio, huesos mondados, cáscaras de naranja, virutas y hojas caidas.

El sol de la tarde envolvía todo eso en los lampos de su luz dorada, en tanto que grandes

masas de sombra parecían flotar bajo el follaje inmóvil de los jardines circunvecinos.

Las avispas volaban aprovechando los últimos rayos luminosos. Uno que otro *mangangá* zumbaba entre las plantas; y á medida que caía la tarde, el ambiente se impregnaba de fragancias estrañas y enervantes.

Los ruidos de la calle llegaban hasta allí amortiguados y como embellecidos, estinguiéndose á intervalos para nacer de nuevo confusa y vagamente.

La pieza de Pablo trascendía con las suaves emanaciones de los jardines. Había en esos olores algo que aceleraba la vida.

Santiago seguía mirando distraidamente, mientras su amigo se peinaba con esmero delante del tocador.

De pronto, el primero, volviendo á medias la cabeza, preguntó á Pablo:

—¿Quién vive aquí, al lado?

—Hombre, no sé. Es una familia que se ha mudado hace poco, y como solo estoy en casa para comer y dormir, algunas veces, resulta que no conozco á nadie en la vecindad.

Volvieron á quedar silenciosos. Santiago unió su rostro á las rejas mirando con avidez.

Una jóven lindísima, vestida descuidadamente con un traje de percal y trayendo en brazos á un niño en pañales, visitaba las plantas sin apercibirse de que la observaban.

Después de mostrar al niño algunas flores,

corrió un momento tras las gallinas para divertirle con el cloqueo de las aves asustadas. En seguida fué á sentarse en la silla, bajo el gran zarzo, ocultándose así inconscientemente á las ansiosas miradas de Santiago.

Reapareció al cabo de un instante y alzando la vista notó que la observaban desde la ventana.

Aquel no dejó pasar la oportunidad para saludarla, y lo hizo respetuosamente. Ella le contestó con una leve inclinacion de cabeza; dirigióse hácia la pared del corralon y sosteniendo al niño con ambos brazos lo alzó hasta una matita de yerbas que brotaba del barro seco que unia dos ladrillos.

Una idea oportuna acudió al cerebro de Santiago, y echando á su alrededor una ojeada rápida, vió un marchito gajo de madreSelva encima de la mesa; lo recojió, y despues de toser significativamente, para que la jóven alzara la vista, se lo mostró sonriendo.

Aquella, sonriendo tambien, entreabrió los labios, y nuestro héroe adivinó esta palabra alentadora: ¡ gracias !

Entónces le hizo señas para que se aproximara, hasta situarse bajo la ventana. La jóven asintió, y Santiago estirando el brazo fuera de la reja y dándole el mayor impulso que le fué posible, arrojó la madreSelva; pero el gajo, en vez de caer á los piés de la niña, como lo deseaba nuestro amigo, quedó suspendido en las ramas

de la gran higuera, en el recodo, cerca de la verja.

Pablo que se habia apercibido de las manio-
bras de su compañero, apareció en la puerta del
dormitorio, acomodándose apresuradamente el
chaleco:

—¿Qué demonios estás haciendo?—le pre-
guntó.

—Cállate tonto, vas á hacerme perder la con-
quista. Estate quieto.

—¡Bah! —exclamó el otro, continuando su toca-
do,—no te arriendo la ganancia.

Debajo de la ventana, daba el techo del cuar-
to de baño, pieza pequeña unida al corralon y casi
tan alta como éste.

Torcuato se lanzó fuera corriendo de pun-
tillas, y en un instante, sin saber el mismo de qué
modo lo habia hecho, se encontraba encaramado
sobre la techumbre del cuarto, sacudiendo las
hojas de la higuera.

La jóven, estrechando al niño, miraba la opera-
cion entre avergozada y risueña.

El amigo de Pablo dió una brusca sacudida á
la rama de que pendia la madre-selva. Esta cayó,
y él, fingiéndose arrastrado por el impulso, fué
tambien á caer junto con la flor.

La niña dió un gritó de espanto.

Santiago, componiendo un semblante risueño,
alzó rápidamente el gajo y alcanzándoselo, le dijo
con su voz mas melosa:

—No ha sido nada, señorita.

Esta, no sabiendo qué actitud asumir, lo recibió en silencio, ruborizada, confundida.

El crepúsculo sucedía á la tarde; los jardines iban quedando envueltos en la penumbra; las plantas exhalaban sus aromas mas embriagadores, y el calor sofocante del dia, no templado por ninguna brisa, ocasionaba una fiebre de excitaciones y deseos imposibles de espresar.

Estaban solos. Nadie los veía.

Santiago influenciado, dominado por el medio que le rodeaba, aprovechó el instante supremo que la casualidad le ofrecía, y audazmente imprimió un beso en los frescos lábios de la jóven, que no opuso resistencia.

Luego, la situacion se tornó ridícula. Al abrazarla, habia estrechado al niño que cargaba su amada de ese instante, y el chicuelo se habia echado á llorar.

Esto hizo reaccionar á la jóven, que huyó hácia el interior de la casa.

Santiago embobado, sin saber lo que le pasaba, quedó largo rato esperando que su grata vision volviera á reaparecer; pero aguardó inútilmente, no se oía otro ruido que el producido por una cuadrilla de patos, chapaleando en el fondo, junto á una tina volcada que sostenia una batea.

A riesgo de ser sorprendido por alguna persona de la casa, permaneció mas tiempo del prudente, vagando bajo los emparrados, por entre las plantas del patio, maldiciendo la bandada de

patos bulliciosos que no le dejaban oír los rumores que se producían allá dentro, en las habitaciones.

Era entrada ya la noche cuando cansado de acechar en vano, abandonando la empresa, volvió á entrar á la habitación de su amigo.

—Me tenías inquieto, le dijo éste ¿Qué te ha sucedido?

—Nada, un sueño.

—Pues sueñas muy largo, hijito. Disculpa si he sido indiscreto al preguntarte,—replicó el otro, sonriendo maliciosamente.

—¿Supones que te oculto algo? Pero si no ha sucedido nada!

Y entónces Santiago refirió á su amigo circunstanciadamente la aventura.

II

Al otro día volvió á casa de Pablo y permaneció en acecho, sentado á la ventana, hasta la caída de la tarde. Nadie cruzaba el patio contíguo, ni siquiera un sirviente aparecía; nada más que la cuadrilla de patos chapaleando en el charco, junto á la batea, fué la única distracción que tuvo Santiago durante todo el tiempo de su expectativa; les había visto comer, bañarse, pasear, y había presenciado los juegos de los pichones agitando con algazara sus alas implumes y mostrando sus barrigas amarillas. Por fin, la noche era llegada y con ella la hora de retirarse.

Santiago se fué de mal humor, fastidiado por las chanzas de Pablo.

A la tarde siguiente, llevó dos gardenias; le servirían para reanudar la relacion; pero, como el dia anterior, nadie apareció en los fondos de la casa inmediata, y esa vez, además de los patos, recurrió á la distraccion inocente de contar las flores de los geranios. Por otra parte, su situacion estratégica en la ventana le permitia observar el movimiento de varias casas de la vecindad; á los cinco dias de observacion estaba perfectamente enterado del carácter y costumbres de sus moradores. Este nuevo entretimiento unido al estudio de los patos y al recuento de los geranios ensanchaba el campo de sus diversiones. Pablo estaba insoportable con sus bromas.

La familia de éste se perdia en conjeturas respecto á las visitas cuotidianas de Santiago, que algunas veces tomaba posesion de la pieza antes que su amigo regresase de la oficina; el mucamo le habia visto pasar las horas muertas asomado á la ventana, con la cabeza entre las rejas, y la cocinera aseguraba haberle sorprendido con un anteojo de teatro en la mano, haciendo señas probablemente á una casa de la otra manzana, cuyo balcon quedaba frente al cuarto de Pablo.

Con frecuencia estábese hasta hora avanzada en su puesto; entónces bajaba al comedor acompañado de su amigo, y entretenia á los padres de éste refiriéndoles algunas anécdotas y comentando los sucesos del dia; llegó hasta hacerse cargo de

activar diligencias é interponer empeños para algunos compromisos de la familia; estos buenos oficios unidos á obsequios y atenciones acabaron por captarle las simpatias de aquellos que en breve se habituaron á verle entrar y salir diariamente y á diferentes horas.

Casi siempre, al llegar su amigo, le encontraba ya instalado á la ventana, con su guarda-polvo abotonado de arriba abajo y un ramito de flores en la mano.

—Pero hombre, pierdes tu tiempo, le decía aquel.

—Nunca es tiempo perdido el que se pasa agradablemente,—contestaba. Estoy encaprichado, no es culpa mia. De todos modos lo mismo dá perderlo así ó de otra manera.

La vida de Pablo se iba haciendo cada vez mas irregular. Pasaba noches enteras sin regresar á su cuarto, mientras Santiago montaba allí su guardia perpétua. El tambien estaba encaprichado. Camila, una niña del barrio, le tenia loco con sus desdenes, y él bebia los vientos, recorriendo espectáculos, paseos y salones en pos de su adorada.

Cierta vez, despues de ocho dias de ausencia pasados en el Tigre, en regatas y pic nics, al entrar á su habitacion encontró como de costumbre á Santiago.

—¡ Siempre firme !—exclamó al verle.

—¡ Y afortunado !—replicó aquel corriendo á abrazarle. Tenia la fisonomia iluminada por el

júbilo. Sonriente, con la mirada brillante, presentaba todo el aspecto de un mortal satisfecho.

—¡Al fin! Ya era tiempo! —dijo Pablo.—Vamos á charlar descansadamente; me interesa tu aventura; no omitas ningun detalle.

Y Santiago, que no deseaba otra cosa, confió á Pablo lo adelantado en su ausencia. La vecinita habia reaparecido, y desde hacian cinco dias se veian tarde á tarde, habiendo en dos ocasiones bajado á hablar con ella; cuando no tenia oportunidad de hacerlo le arrojaba alguna flor envuelta en un billete apasionado, y por la noche pasaba á recoger la contestacion depositada en el ángulo de la ventana, detrás de la celosía. El asunto marchaba como sobre rieles, segun la expresion de Santiago. Se extendió en diversos detalles y pormenores: la niña se llamaba Matilde, diez y siete años; ¡qué expresion tan angelical! ¡qué gracia, y qué ingenuidad! Era una aparicion. Todo lo relativo á ella fué enumerado, analizado y ponderado, desde sus cabellos castaños y sus ojos incomparables y oscuros como sus cabellos, hasta la curva de su pié árabe casi al descubierto por la escotadura del zapato. Santiago hablaba con entusiasmo. ¡Qué verano, qué noches de amor se prometia pasar! A medida que se acaloraba con la felicidad de ser correspondido por Matilde, la fisonomia de Pablo iba tomando una expresion cada vez más adusta. Aquel se apercibió de esto.

—¿Estás disgustado? —preguntóle.

—Es que comparo tu éxito con mi fiasco. Si Camila fuera tan amable como Matilde yo estaría contento como tú; pero desgraciadamente sucede lo contrario y no puedo dominar mi mal humor.

Se separaron.

En Santiago la simpatía iba en vías de convertirse en amor. Por su parte, Matilde sentíase fuertemente impresionada por su galán, buen muchacho, pero que en honor de la verdad, considerado friamente, se le hubieran encontrado escasos atractivos. Sin embargo, Matilde le quería tal como era; había veces en que se le ocurrían planes disparatados para realizar juntos; Santiago los modificaba pretendiendo mejorarlos, y concluía por aplazar prudentemente la época en que debían ejecutarse; cometía imprudencias de mujer apasionada que éste trataba de enmendar, temblando ante la idea que concluyeran las entrevistas. En su casa habíanse apercibido del cambio que se operaba en ella, y trataban de explicarse sus alegrías y tristezas repentinas, sin causa conocida. En la mesa, su cuñado solía bromear haciendo alusión á estos cambios, complicados con la falta de apetito.

Así las cosas, transcurrió cerca de un mes todavía sin que Santiago, ya locamente enamorado, hubiera podido adelantar más. Le pedía con insistencia una cita, de noche, en el jardín, donde podrían hablar largamente libres de sobresaltos. Ella aunque deseaba tanto como él un momento semejante, se sentía desfallecer asustada por lo colosal de la empresa; ponía objeciones, ennumeraba

obstáculos, demostraba riesgos, y todo esto con frases llenas de ternura, con mil protestas de cariño. Santiago fué destruyendo una por una, pacientemente, todas las dificultades; en el fondo, la cuestion vino á quedar reducida á esta pregunta sobreentendida mas que espresada:

¿Concedida la cita, la pasion de él no abusaria de la debilidad de ella? Pero contestada satisfactoriamente con juramentos y protestas sentimentales, todo se redujo á esperar que la oportunidad se presentase.

Varios dias pasaron despues de esto sin que fuese alterada la monotonia de la pasion. En las horas de espera, Santiago, sentado siempre á la ventana, admiraba el amarillo intenso de las naranjas, descubria las flores abiertas en la noche anterior, y observaba el madurar de las uvas en los emparados de su bien amada. Sentia cariño por todo lo que habia en el patio de la casa de ésta, y se enternecia contemplando á los patitos en el baño. Fuera de este rinconcito de paraiso el resto del universo era cosa problemática, y aplicándola á él hubiera podido parodiar la célebre divisa: «Hors de cet'agnet il n'y a point salut.»

III

Una noche Pablo entró á su cuarto sofocado, rabioso. Camila era una coqueta, una mujer sin corazon que pagaba con burlas los sacrificios. Todo habia concluido; desde ese momento en su memoria quedaba muerta y enterrada.

Arrojó el sombrero sobre la cama, y al pasar á la pieza inmediata, al escritorio, tropezó en la puerta con Santiago que habiéndole sentido entrar acudia á su encuentro. Otra vez volvía á reaparecer su buena estrella; esa tarde, en una escapada de Matilde, acababan de arreglar la entrevista. Todo ese día lo habían pasado en casa de aquella removiendo muebles y arreglando dos piezas para huéspedes, á causa de haber recibido un telégrama anunciando la llegada para el día siguiente del hermano Estévan y otro miembro de la familia que también residía en el campo, junto con éste.

Pablo, sin escucharle y casi sin oírle:— «¡ Si supieras lo que me pasa! »—exclamó;—y en dos palabras, con más mal humor que de costumbre, contó que Camila acababa de hacerle un desaire, en una visita, el que agregado á las diversas demostraciones de este género que de ella había recibido, completaba el número suficiente para acabar con la paciencia más tenaz.

A su turno, el otro apenas oyó los desahogos de su amigo, y en cuanto hubo terminado, después de murmurar algunas frases de condolencia; aprovechando la primera oportunidad para despedirse, salió satisfecho, preocupado por una felicidad que á él mismo le parecía increíble.

Pablo, una vez solo, menguó la luz de la lámpara que ardía sobre el escritorio, y reemplazando sus ropas por el guardapolvo que acababa de dejar Santiago, sentóse junto á la ventana abierta;

en la misma silla que éste ocupara, encendió un cigarro y se puso á fumar gravemente, abismado en sus pensamientos.

La noche estaba serena y estrellada; el aire en calma, impregnado por el aroma de los jardines; abajo, en las plantas que formaban montones de sombras recortados por contornos irregulares, se ocultaban y reaparecian las luciérnagas; mas allá se alzaban las moles negras de los edificios, interrumpidas por un postigo abierto, por una puerta entornada, por una galeria descubierta que dejaban escapar los resplandores de la iluminacion interior.

Abstraído en sus reflexiones, Pablo, quizá no veía nada de eso; fumaba siempre, como individuo convencido de las virtudes del tabaco. Un ruido vino á distraer su atencion; escuchó durante un momento, y en efecto, alguien chistaba; asido á los barrotes de la ventana escudriñó la sombra con la mirada; en el pátio de la casa de al lado se movia un bulto blanco. ¿Era hombre ó mujer? ¿Seria persona de la casa ó algun pillo que acababa de saltar las tapias? ¿A quién y por qué chistaba?

Estas preguntas se atropellaron en su cerebro, cuando un objeto lanzado desde abajo, probablemente por el bulto blanco, pasó por entre las rejas yendo á chocar en la pared opuesta. Corrió á recogerlo: era un cascote envuelto en un papel, y aproximando éste la lámpara vió que

estaba escrito; despues de aumentar la luz empezó á leerlo; no tenia fecha ni direccion; decia esto:

«¿ Todavía estás en la ventana? ¡ Qué alegría tan grande! Antes de escribirte vine á cerciorarme de que no te habias ido. ¡ Albricias! Los huéspedes que esperábamos para mañana acaban de llegar en este momento; el telégrama era para sorprendernos ahora haciéndonos creer que vendrian mañana. Escribo esto á escondidas, en mi cuarto y sobre la almoñada. No sé cómo tengo la cabeza; toda la casa es un barullo. Ya sabes, dormiré en el último cuarto; te pondré un pañuelo afuera, en el umbral de la puerta, para que no te equivoques. Te espero levantada. A las dos de la noche todos estarán dormidos, mi cuarto es independiente.»

«Hasta luego, mi dueño.

M.....

¡ Matilde! murmuró Pablo, al ver la inicial al pié de la carta, y suspirando acudió á la ventana ¿para qué? él mismo no sabia decirlo; fué para ver si estaba allí abajo, nada más que para ver si estaba, pero el bulto blanco habia desaparecido.

Entonces volvió á leer el billete, y al reerlo se le representó netamente lo que Santiago le habia dicho esa noche.

Ya que la ocasion se presentaba era menester no desperdiciarla.

En consecuencia empezó á vestirse apresura-

damente para echarse á la calle en busca de su amigo. Pero, de pronto se detuvo. ¿Qué estaba haciendo? ¿A dónde iba á ir en busca de Santiago? Conocía demasiado sus hábitos vagabundos para que creyera posible encontrarle, de noche sobre todo. ¿Dejarle un aviso en su casa? Pero es que en verano vivía en San José de Flores, y además su casa era la parte menos á propósito para encontrarle. Por otra parte, al regresar ya no había tramway de Flores á Buenos Aires, y él no tenía dinero para venirse en coche, en el caso más que probable de no dar con él. ¡Vaya uno á echarse á nadar por esas calles en busca de un muchacho que no tiene paradero fijo! ¿Y para qué? ¿Para servir de intermediario? ¡Bonito oficio, aunque se trate de un amigo, servir de intermediario en asuntos de este género! Nó, nó, es inútil salir. ¿Y entonces que hacer? ¿chasquear á Matilde? ¡Imposible! Eso sería lo mismo que renunciar á ella para siempre, despues de tantos afanes. ¡Infel.z Santiago! No impunemente se hace esperar toda la noche á una mujer, para satisfacer un deseo ó un capricho! ¡Faltar á la primera cita, ahora que la oportunidad se presentaba quizá para no volver á repetirse! ¡Qué imbecilidad! ¡Qué ignominia!

Y Pablo se paseaba agitado, casi furioso.

—Bueno,—continuó—ya que no puedo hacer otra cosa, mañana le diré lo que ha pasado. Es posible que no todo se haya perdido; él se disculpará

con Matilde. ¿Pero disculparse, cómo? Es evidente que al arrojarme la misiva me ha confundido con Santiago; yo estaba en el mismo sitio que él ocupa diariamente, vestido con el guardapolvo que usa diariamente también; la lámpara á media luz; nuestra estatura y corpulencia son semejantes; él se ha hallado aquí toda la tarde en la misma posición que yo, y ella le ha visto: la ilusión ha sido completa. Ahora bien, si Santiago le explica todo esto, está perdido: ella no se conformaría jamás con que otro supiera un secreto en que le va algo que la mayoría de las mujeres estima más que el honor, la reputación. Si no le explicase nada, perdido lo mismo; y aunque le perdonara quién sabe si la ocasión volvería á presentarse. ¡Incomprensibles mujeres! Es casi seguro que Matilde al saber que yo había tenido el billete en mi mano, y en vez de aprovecharme de las circunstancias había contado todo á Santiago, me considerará con desprecio, simplemente como á pobre de espíritu. ¿En resumen, qué hacer? Para Santiago la aventura es perdida, para mí segura. Ir sería un abuso, pero no acudir á la cita sería dejar á una mujer burlada en sus esperanzas, y á dos individuos inutilizados para conseguir lo que en ese momento se le brindaba á uno de ellos. Una mujer espera ¡y qué mujer! casi una niña, graciosa, linda, enamorada. ¿Y enamorada de quién? ¿De Pablo? Nó, absolutamente. ¿De Santiago? Nó, precisamente. ¿De quién entonces? A esa

edad de las mujeres no se enamoran de nadie; se enamoran del amor.

Con esta filosófica reflexión, Pablo se sintió aliviado de un gran peso; su conciencia de amigo quedaba tranquilizada. «Si, se enamoran del amor!» murmuraba mientras se hacía el tocado para acudir á la cita.

Concluido el arreglo, despues de haberse perfumado coquetamente, acudió á mirarse al espejo, y al verse reproducido sonrió satisfecho de su elegancia. Las sombras que proyectaban en su fisonomía las partes prominentes del rostro, iluminado por la luz de la lámpara, daban un toque vigoroso á sus facciones, y cierto aire mefistofélico á esa sonrisa.

En seguida, preparado ya para la entrevista, empezó á pasearse impaciente, nervioso, consultando á cada momento el reloj colgado sobre el escritorio.

Cuando llegó la hora anhelada, Pablo, á fuerza de impacientarse, habia concluido por adormecerse recostado en un sofá.

Inmediatamente se puso de pié.

Saíó al balcon, y descolgándose por la balaustera de madera, como acostumbraba á hacerlo Santiago, descendió al techo del cuarto de baño. Allí se detuvo un momento; el espacio á su alrededor estaba oscuro y silencioso. La noche era calorosa y serena; la luna no habia aparecido aun, y el horizonte resplandecía á intervalos con esos re-

lámpagos tan frecuentes en el cielo despejado de las noches de estío.

Por coincidencia era esa la del último día de verano, y las flores de esos jardines parecían exhalar entonces sus perfumes más delicados antes de ser deshojadas por los vientos de otoño que harán emudecer al grillo y apagarán la fosforescencia de los luciérnagas. La música de un piano llegaba distintamente hasta Pablo; música viva y alegre, tocada en algún baile de la vecindad, pero la impresión de aturdimiento bullicioso de los sonidos desaparecía ante la magestad de la noche, y quizá por el contraste aumentaba la melancolía de su belleza.

Por un instante, Pablo sintió una sensación extraña; era algo como la angustia del placer producida por cierta exaltación del espíritu y excitación de los sentidos; hubiera deseado disolverse, desvanecerse, penetrar en la esencia de todo lo que le rodeaba y ser él también un sonido y un perfume en la sombra de esa noche.

Pero el raptus poético fué muy breve, y haciendo un brusco salto de la fantasía á la realidad, Pablo bajó del techo á la tapia, y de ésta al patio de la casa contigua.

Dirigióse á las habitaciones, paso á paso, escudriñando el terreno y con el oído atento. Nunca había sentido emoción tan intensa; el corazón palpitaba violentamente. Tenía una vaga preocupación de que alguien le atisbaba oculto detrás de él, en los rincones más oscuros, y marchaba

dando vuelta de tiempo en tiempo la cabeza; el chasquido de una hoja seca, pisada al pasar, parecíale que podía ser escuchada por alguien en la casa; además le inquietaba el color demasiado claro de su traje.

De pronto llegó ante una puerta; había una cosa blanca en el suelo, cerca del umbral; era el pañuelo que indicaba la habitación de Matilde. Pablo lo recogió; tenía un perfume suavísimo, y había cierto olor á mujer en ese perfume.

Entonces, al aspirarlo, sintió estremecerse todas las fibras de su sér. Detrás de esa puerta; ¡qué mundo de placeres! Pasarla era triunfar, pero el Rubicon será siempre el camino de las Galias, y Pablo se detuvo intimidado.

Por fin pensando en lo que estaba á punto de perder por no atreverse, desnudando á Matilde en su pensamiento, olvidó el resto, y en la confusión de sus ideas solo veía claro su imágen tentadora.

Torció el picaporte y fué empujando la hoja de la puerta, con precaución á fin de que los goznes hicieran el menor ruido posible.

Entró.

La pieza estaba á oscuras; una mano tibia y fina tropezó á tientas con la suya estrechándola nerviosamente; una voz suave murmuró muy quedo: «Por aquí, cuidado, no hagas ruido.» Y mientras le guiaba á través de las tinieblas de la pieza, Pablo sentía á su lado el contacto irresistible de un cuerpo tibio y mórbido como la mano

que oprimía, y la misma voz que susurraba: ¡Dios mio, Santiago, por tí hago este sacrificio! ¡Tengo miedo! ¡Ah, creo que van á descubrirnos!

Y el supuesto Santiago, probablemente para hacer mas doloroso el sacrificio, atrajo con suavidad la cabecita que le hablaba y selló sus lábios con un beso, en la sombra.

Serian las cinco de la mañana; la luz dibujaba en líneas doradas el espacio negro de la puerta dentro de la habitacion. Pablo despidiéndose de Matilde se oponia á que ésta le acompañase. ¡Cómo se les habia pasado el tiempo! ¡Apenas un minuto de la media noche al amanecer! ¿De qué servia un sol tan imbécil?

La despedida fué larga y las ternezas de la noche volvieron á reproducirse concentradas en ella. No habia forma de disuadir á Matilde que se estuviera quieta; ella queria acompañarle, verle saltar la tapia; no bastaba á detenerla el temor de ser descubierta, ni el riesgo de una pulmonia que caritativamente insinuaba Pablo, como recurso heróico. «No quiero que me acompañes, le decia, prefiero que nos descubran á que te enfermes. No me muevo de aquí si persistes en acompañarme.»—«Y bien, replicaba resueltamente Matilde, quédate; prefiero que nos descubran á que me desdeñes.»

Entonces Pablo cambiaba de táctica, apelaba á las caricias, á los ruegos, sin obtener por eso mejor resultado. Pero su imaginacion se volvia fecunda: inventó otro medio, jugaba, reia, bro-

meaba con Matilde, y de pronto, siempre chanzando, abandona los brazos de ésta y se lanza rápido hácia la puerta, pero pierde un segundo en abrirla y salir; Matilde, riendo también, acude á tiempo, y alcanza á abrazarle por la cintura en el momento en que escapaba.

El trata de desasirse, pero á un movimiento ella vé la fisonomía de Pablo á la luz plena del día. ¡Ha pasado la noche con un hombre á quien no conoce! ¡A quien no ha visto jamás!

Dió un grito horrible, y llevándose las manos á la cabeza, cayó aturdida en el umbral.

Aquel fué á inclinarse á socorrerla, pero ella saltando dentro de la habitación cerró la puerta con estrépito. Pablo creyó oirla sollozar dentro de la pieza.

Corrió á la tapia, y saltándola se encontró en su casa. Al entrar al cuarto, mientras preparaba la cama para acostarse, exclamaba dirigiéndose á un retrato de su amigo: «Santiago, ya hemos perdido á Matilde. Si, perdida, ¿lo oyes? Todo se ha perdido.....menos el honor.»

Y siguiendo su costumbre de festejarse sus propios chascarrillos, se tumbaba de espaldas en la cama con las piernas hácia arriba, desterniéndose de risa.

Luego se acostó, quedando en el acto profundamente dormido.

IV

Matilde no volvió á aparecer en los fondos de

su casa, y Santiago despues de haber esperado en vano durante muchos dias, sin consuelo y desesperado por esta ausencia inesplicable, pasaba horas enteras sentado á la ventana, mirando con tristeza marchitarse las flores y madurar las frutas.

Cada vez mas enamorado, se hacia innumerables conjeturas, sin acertar á comprender lo que sucedia. Finalmente llegó á convencerse que todo habia sido descubierto; alguna carta estraviada, alguna imprudencia de Matilde causaban su desventura. ¡Y él que cada vez se sentia mas apasionado!

Viendo que la montaña no venia hácia él, resolvió como Mahoma ir hácia la montaña. Encontró un amigo comun que le presentó en casa de su bien amada, y poco á poco volvió á rehacer el idilio de otros dias. ¡Cuánta abnegacion le fué necesaria para reavivar en el corazon de Matilde su antiguo amor, agonizante desde aquella noche memorable!

En los primeros dias del invierno siguiente, en una madrugada fria é incolora, entraba un cortejo de bodas á la iglesia de la Piedad. Santiago y Matilde asidos de la mano, escuchaban la lectura gangoza del sacerdote.

Apartado de la concurrencia, detrás de una columna, confundido en la penumbra, Pablo, irreprochable de correccion, ocultaba una sonrisa sardónica cubriéndose la boca con el clac.

Terminada la ceremonia, abandonó el sitio para saludar á los recién casados.

Luego, en el carruage, mientras encendia un cigarro, reflexionaba á media voz, sonriendo siempre :

—La tentacion ha sido más fuerte que mis preocupaciones. Yo no tengo la culpa, nadie tiene la culpa; la casualidad lo ha hecho todo. Este matrimonio será tan feliz como otro cualquiera, y las cosas seguirán su marcha normal. Por otra parte, la vida está llena de estas tonteras ¡Qué cigarro tan duro!

EL VIEJO HULLOS

—¡ Oh ! qué cosa tan buena es la cerveza, querido Eduardo, sobre todo en estas frías y lluviosas noches de invierno.

—En efecto, esta que bebemos es deliciosa; pero, al solapado fuego líquido del alcohol, prefiero ese calor franco que irradian los encendidos carbones de la estufa.

—Bah ! Sin el calor interno que activa las funciones puramente psíquicas, no hubiéramos descubierto y utilizado ese otro, que cuando más favorece los cambios fisiológicos contribuyendo al desarrollo de los organismos, pero no á la elaboración de las ideas.

—Y sin embargo, esas palabras abonan muy poco en favor de tus teorías, pues el líquido que has bebido, ciertamente no ha aclarado tus pensamientos; pero, vamos al caso, ¿crées que hayan dos clases de calor ?

—No.

—¿ Y entonces ?

—Afirmo, simplemente, que la cerveza es superior á la hulla; que el fuego de aquella ha engendrado el de ésta.

—Pero eso no es exacto.

—¿Ignoras que todo eso es relativo? Por lo tanto, si aquello no es verdad para tí, ¿por qué no ha de serlo para mí, estando en condiciones distintas á las tuyas?

—En realidad, creo que estás en situación diferente á la mia, pues no entiendo ni palabra de lo que dices.

—Y sin embargo, para mí, la cerveza es superior al carbon de piedra.

—¿Por qué?

—Porque soy belga y belga de Lieja.

—¡Vaya una razon! ¿Aprecian, pues, los flamencos, mas á aquella que á éste?

—No sé si todos haran lo mismo, aunque me permito creerlo, pues, como yo, deben preferirla por.....

—Por?...

—Simplemente por gratitud.

—¡Ah! ya comprendo.

—No, no comprendes.

—¿Cómo? Piensas que estoy....

—No digo eso, pues al fin y al cabo, apenas has vaciado dos botellas. No puedes entenderme porque ignoras la historia.

—¿Ignorar historia yo?...

—Si, la historia del viejo Hullos.

—¿Es un cuento?

—Es una tradicion, con la que voy á convencerte de que el carbon es inferior á la cerveza, sobre todo para nosotros los flamencos.

—Refiéremela, pues.

—¿No conoces algo de ella?

—Ya te digo, nunca la he oido.

—Verdad es, que aunque la hubieses visto antes, no la conocerias; solo un liejano puede narrarla tal cual es.

—Empieza entonces.

—Pues bien: hace ya cerca de.....| Dios mio! | qué memoria!.....la verdad es que hace mucho tiempo....

—Continúa, la fecha no es lo mas importante en una leyenda.

—En esta sí, porque es completamente histórica. Hacen, pues, como ochocientos....espera que vuelva á vaciar la copa.... | ah! ¿no ves? ya se me ha despejado la memoria; hacen ya como ochocientos treinta y....

—Bueno, vaya por los ochocientos treinta.

—No, de ningun modo, en cuestiones de fechas me gusta ser de una escrupulosa exactitud; hacen, pues, ochocientos treinta y....| caramba con la añadidura!.....| otro vaso de cerveza!...bien, ¿no ves como despeja? hacen ochocientos treinta y un años.

—Al fin salimos del paso! Continúa, aunque temo que si sigues refrescando la memoria no alcances á concluir el cuento.

—¿Cuento? Te juro que es leyenda!

—Eso es, dije una cosa por otra; no cuestionemos por insignificancias, porque sino será una leyenda sin fin.

—Bien, prosigo: hacen, pues, ochocientos treinta y un años; era en el mes de...| otra vez con la memoria!....recurrámos á la cerveza....ah! si, era el mes de Noviembre; ¿pero, no te he dicho la fecha?

—¿Llenarás el vaso para acordarte?

—No, tengo buena memoria para los números? era el primero de Noviembre. A ver, voy á decirte el santo del dia.

Justamente, era el dia de Todos los Santos. El viejo Hullos era un viejo....

—Ya lo veo.

—Déjame seguir. Era un viejo muy pobre. Ese invierno hacia un frio terrible; la nieve obstruia los caminos, en Lieja habia muy poco combustible y era muy dificil traerlo de otra parte, á causa del tiempo.

Hullos era herrero. Tenia una mujer y tres hijos, tres criaturas tan hermosas que no parecian engendradas por un cíclope como él. La fragua estaba apagada y sus cenizas tan frias como el hielo.

La familia se moria de frio y de hambre; y el buen viejo estaba loco de desesperacion.

Ese dia acababa de regresar del convento en la montaña, á donde los monjes le habian llamado para encargarle la construccion de un cofre; él les habia pedido algunas monedas con qué

comprar leña para la fragua y alimentos para la familia, y los monjes le habian contestado dándole una vaga esperanza para dentro de ocho dias. En ese tiempo, habia dicho el viejo, todos habremos perecido. Y volvió á su casa amargamente desolado.

Era muy temprano, y al llegar las primeras campanadas del *angelus* resonaban en la iglesia de San Pablo.

Hullos se santiguó devotamente y se detuvo á reflexionar. En seguida tomó el camino de la iglesia.

Allí arrodillándose delante de la urna que contenia las cenizas del milagroso San Lamberto, hizo una larga y fervorosa oración. Cuando salió sentíase más animoso y consolado, porque tenia fé.

—Ves, Eduardo, que bueno es creer?

—Tienes razon, es casi tan bueno como la cerveza, pero no me interrumpas.

El herrero volvia á su casa pensando en los medios de procurarse dinero, iba cabizbajo, con las manos metidas en los bolsillos, hasta el codo, hablando solo y tropezando con todos los transeuntes que encontraba.

De repente, su pié dió en un pequeño objeto que al rodar produjo un sonido metálico imposible de confundir con el de cualquier otro.

—Una moneda,—exclamó el viejo, recojiendo el objeto, y apretando su nervuda mano. Tanta era su emocion, que no atreviéndose á reconocerla de

pronto, fué entreabriendo poco á poco los dedos para mirarla por entre los intersticios; entónces pudo ver que era una insignificante moneda de cobre, con la que no podia satisfacer ninguna de las necesidades de su familia, ni siquiera comprar leña para la fragua.

Y volvió á continuar su camino mucho más desesperado que antes.

El dolor llegaba al colmo, cuando Hullos se detuvo medio enloquecido, en la puerta de su vecino Paaf, el cervecero.

Dentro de la taberna habia infinidad de conocidos suyos, que bebian alegremente para santificar la fiesta de aquel dia. Las carcajadas, el canto, los gritos y más que todo el ruido de las fuentes y el choque de los jarros, estaban á punto de trastornar la cabeza del pobre herrero, cuando éste, oprimiendo febrilmente la moneda al pensar en el sufrimiento de su familia, tomó una resolucion heroica y se retiró hácia su casa, caminando despacio y deteniéndose de tiempo en tiempo, como si fuera á pesar suyo.

Por el camino encontró á su gran amigo el comerciante de paños, que ya otras veces le habia socorrido y que en ésta se empeñó en llevarlo consigo á la taberna de Paaf.

El honrado Hullos empezó por resistirse; pero, considerando que no debia ser ingrato, concluyó por acceder á la invitacion de su camarada, á quien tantos favores debia.

Entraron á la tienda. Allí encontraron un nu-

meroso grupo de amigos que les obligaron á comer con ellos ; ambos, no pudiendo escusarse, tuvieron que aceptar. ¡Que opípara comida ! El buen herrero cenó por los ocho dias que llevaba de ayuno é hizo provision para otros tantos.

Estaba hinchado como un camello que ha bebido disponiéndose para un largo viaje.

¡ Si vieras qué postres, y que esquisitos *habanos* á los postres !

—Pero, Eduardo, cometes un anacronismo : entonces no se conocia el tabaco en Europa.

—Tienes razon, y sin embargo de eso, me parece imposible no se haya fumado en cualquier tiempo, despues de una comida semejante. En fin, alcánzame la botella ; voy á refrescar la memoria. Continúo :

En esos momentos, el infeliz viejo no pensaba en el cofre, en la miseria, ni en la familia. Al finalizar el banquete pidió una gracia á sus anfitriones que se la concedieron de buena gana, riendo y sin saber de qué se trataba.

Hullos llamó al cervecero, y poniendo su moneda de cobre sobre la mesa, le dijo con tono solemne: —Traed cerveza en un jarro, por todo el valor de esta moneda ; quiero beberla á la salud de San Lamberto. Todos sus compañeros estallaron de risa, creyendo que su amigo habia querido decir una chuscada, pero éste permaneció callado y sério, conservando su aire de dignidad.

Paaf volvió al rato, trayendo asido con ambas manos, abrazado, oprimido contra su pecho, un jarro enorme, un barril un tonel ; ¡ qué se yó ! aquello era algo gigantesco ; un recipiente inmenso lleno de cerveza, coronado con montañas de blanca espuma esfervescente, que dilatándose y subiendo, se licuaba y descendia en dorados hilillos, cayendo gota á gota sobre el piso.

A la vista del líquido, Hullos hizo chasquear la lengua, contra las paredes siempre secas de su paladar, y haciendo colocar cuidadosamente el precioso barril sobre la mesa, desprendióse el jubon para dejar mas libre el abdómen, se puso de pié y dijo : — ¡ Compañeros, a la salud de San Lamberto ! — y levantando el recipiente, aplicó los lábios á la espuma, que desapareció como absorbida de pronto por una bomba aspirante ; y despues, lentamente, empezó á beber el líquido.

Cuando hubo concluido, volvió á sentarse, quedando grave y mudo, sin tomar parte en la alegría de los demas.

Al cabo de un instante se levantó y despidiéndose de sus camaradas, salió de la taberna.

El banquete habia durado mucho, el juego y la conversacion le habian entretenido de tal manera que cuando se encontró en la calle quedó sorprendido y desconcertado al ver que ya era muy entrada la noche, y entonces, á su cerebro sobreexcitado por el alcohol, acudieron mas terribles que antes los tenebrosos pensa-

mientos sobre la situación de su familia ; representándosele su miserable estado, creyó sentir el llanto de sus hijos, los lamentos de su mujer y al reconocerse impotente para librarles de la miseria, juzgó que valia más suicidarse para huir á los sufrimientos que le amenazaban en la vida. Y tambaleando, con la vista empañada, zumbándole los oídos, se dirigió hácia el Mosa, para tirarse al agua.

Nadie se mata despues de haber comido y bebido en abundancia, y Hullos fué salvado por la cerveza que trastornaba su cerebro. Recordando confusamente los sucesos del dia, pensó en San Lamberto, que era lo que mas le habia impresionado á causa del hallazgo de la moneda, despues de la oracion. Pensó tambien en unas piedras negras que habia descubierto en aquel camino de la montaña. Estas ideas fueron aferrándose más y más en él ; tomaron proporcion y colorido extraordinario en su imaginacion, hasta representársele completamente la imágen del santo, envuelto en una auréola luminosa y flotando en la superficie del rio.

Hullos, convencido que su patrono habia adivinado sus pensamientos, cayó de rodillas hasta tocar el suelo con su gorra de pieles, murmurando palabras de arrepentimiento.

Y entónces, la cerveza, actuando con mayor fuerza sobre su razon, le hizo oir estas palabras, que él las atribuyó al fantasma que tenia delante :—« *Vuelve á la montaña. Cava con fé al pié*

del monton de nieve que viste esta mañana, en el camino del convento, y hallarás las piedras negras, mucho mejores que la leña para forjar el hierro. Eso, te hará rico. »

El herrero, admirado y agradecido, volvió á su casa y con las mayores precauciones para no ser sentido, cogió un saco y un azadon.

Tomó el camino del convento y al llegar al pié del montículo indicado, empezó á cavar con actividad incansable. Despejada la capa de nieve y ahondado un poco el terreno, aparecieron las codiciadas piedras y el viejo llenó con ellas el saco.

En seguida, cargando con éste, regresó corriendo á su casa, con tanta presteza como si no llevara carga alguna, é insensible al intenso frio de la noche.

Fué á la fragua y disponiendo convenientemente los carbones, probó encenderlos muchas veces, pero el fuego no prendia. Hultos, sin desesperar de sus primeras tentativas, teniendo la fé recomendada por su celeste patrono y con la obstinacion característica de los ébrios volvió á ensayar de nuevo y siempre sin resultado.

En su estado normal y despues de sus numerosas esperiencias hubiera concluido por creer que esas piedras eran tan incombustibles como las demás ; pero la embriaguez, haciéndole cobrar nuevos brios ante el obstáculo, hizo que la constancia triunfara de la dificultad, y al fin

de una prolongada lucha, el carbon fué encendido: una llamita amarillenta y humeante lamió al principio el borde de los carbones, luego saltaron algunas chispas rojizas y por último el fuego, comunicándose de una á otra piedra, tomó las proporciones de una hoguera.

El viejo herrero aullaba, brincando de alegría.

Despertada por ruido tan extraño acudió la esposa, encontrándose con aquella inesperada escena. Hubo reproches, esplicaciones y llantos de júbilo.

Un año despues, todas las casas de Lieja tenían algun objeto de hierro forjado por Hullos y en todas las chimeneas se quemaba el carbon de piedra que llamaron *hulla* en obsequio á su descubridor.

A los dos años, el herrero era inmensamente rico, y por lo tanto respetado en la misma proporcion.

Considera bien la ingratitud y estupidez humanas: San Lamberto tuvo una urna de oro en la iglesia de San Pablo, mientras que el pobre jarro de cerveza quedó siempre en la taberna de Paaf para ser, como antes, impúdicamente besado por todo el que pagara una gran moneda de cobre.

Para colmo de ingratitud, Hullos no volvió á tomar jamás esa bebida. Por eso, nosotros los liejanos, bebemos ahora, y beberemos siempre

hasta completar la cantidad suficiente para pagar un servicio tan inmenso. Al fin y al cabo, él es compatriota nuestro !

Quizá, como éste, muchos descubrimientos atribuidos á la necesidad, al estudio ó al génio, solo han sido obra de un momento de embriaguez.

Amigo, brindemos por la cerveza !

V E R S O S



DEL CANTO A EDUARDO

PLIEGO PARA A. N. V.

I

Descíñome la tizona
Para descolgar la péñola,
E asentado en un sitial
Que fué de aquel de Cardeña,
Empiezo este pergamino
Rogando á Dios me dé fuerzas;
Cá siempre á fuer de cristiano,
De leal vasallo con tierras,
De fidalgo é bien nascido,
Al dar comienzo á una empresa,
(Sea guerreando en los campos
ó bien con la pluma sea)
Me encomiendo á Dios, al rey
E sobre todo á mi dueña.

(*) Agradezco á mi amigo el poeta Alberto Navarro Viola, no haya criticado á su vez esta crítica, en supuesto castellano antiguo, hecha á su poema naturalista «Eduardo».

Dejaré correr la pluma
Como al discurso convenga,
Pues ¡vive dios! que son tantas
E tan diversas ideas
Las que me ocurren al punto,
Que mas pocas las quisiera;
Cá, por ende, siendo tantas
No sé cómo componellas;
E por se un buen fidalgo
Falto de achaques de letras,
Quizá, (sin quizá tambien)
Se me haga la senda estrecha.

—

Ya una vez mi ánima en salvo
E tranquila mi conciencia,
Saludo al noble doncel
E me calo la visera,
Que, para entrar en combate,
Armada está la ballesta;
La cuerda voy apretando,
Acomodo bien la flecha,
Le doy un impulso. .¡ sus l. .
Ha partido la saeta.

II

Mal hayá de mí, que agora,
Retornando á las mi tierras,
Véome que en castellano
Se facen cosas de aquestas.

¿Será joglar el que canta
De Eduardo la gran torpeza ?
¿ O será un home fidalgo
Que ha perdido la cabeza ?
¡ Várame Dios ! en qué oficios
Se entretienen los poetas !
¿ Son por ventura pecheros
Perdidosos de vergüenza,
Magüer que en la su escarcela
Vayan echando pesetas ?
—No, que non es de tal guisa
Don Navarro, cá en las letras
Ha mostrado ser muy sábio
E muy noble á las derechas,
Èl que rompiera sus cañas
En las justas de la ciencia,
Èl que ha gran amor al arte,
Èl que lo bueno respeta,
Èl que la virtud defiende
Como el guerrero la almena;
En verdad. ¿ E si así es,
Qué alimaña se le asienta
A mordelle, que le azuza
A embestir con la decencia ?
Ah ! qué filtro le ha escanciado
Alguna mala hechicera,
Que ha fecho ser sarracena
La fabla de su conseja ?
¿ O es que al escrebir *Eduardo*
Vió que así la verdad era:

El mundo es malo, y en él
 El vicio es el que gobierna,
 Cá, la virtud, luengos años
 Ha que partió de la tierra,
 (Eso si alguna vez la hubo
 Que non es cosa credera.)

--

De aquese modo discurren
 Los letrados de los tiempos
 Que alcanzamos; deste siglo
 Que han llamado de progreso,
 Maguer que aun haya ignorancia
 Guerras, señores é siervos;
 Maguer que venzan los fuertes
 A despecho de los buenos;
 Maguer que ya no haya un dios
 Que nos dé vida é aliento.
 ¿Qué importa? Si la virtud
 Se sabe que solo es cuento
 En el que creen los garzones
 A quienes les falta seso,
 Pues los homes bien templados
 Rien de tal embeleco.
 Diráisme: —¿ No tienen patria
 Esos bravos caballeros?
 ¿ Tienen dama, tienen madre,
 Un amigo por lo menos?
 —Teneos y non sigais;
 Todo pasó,—vos contesto,—

Oh! vosotros, camaradas
De la bella edad de hierro:
Todo lo que fué sagrado
Con vosotros está muerto;
Non removais los sepulcros,
Que son tristes los recuerdos,
—Pero, al menos,—insistís,—
Si ya no creen en el cielo,
Ni con amor aquí abajo
Cuidan de unir sus esfuerzos
Para hacer llevadera
Esta vida que es un sueño,
¿Con todas sus invenciones
Serán felices, al ménos?
—Las verdades que ellos saben
Tienen sabor á veneno,
Pues facen mas desgraciados
Que de sábios verdaderos;
E aquella esperanza en Dios
Que daba tan gran consuelo,
E aquella grandeza de ánimo
No la dan, no, los inventos.
Ah! Pasaron, ya pasaron
De antaño felices tiempos:
Aquí se tienen orgías
Cuando allí habia torneos.

—

Dexad á mí, pobre bardo
Errante á través del tiempo
Que pulse la dulce cítara
Para cantar un momento;

Tierno canto, amargas trovas
Del espíritu reflejo,
Acordes tristes é suaves
Del divino sentimiento ;
Dexad, trovador humilde
Nada pido, nada espero;
Alzaré sencillas rimas
Sin blasfemia ni lamentos,
Cá desprecio la blasfemia
E del lamento reniego,
Bien que en pró razones sobren
Ya que muchos lo ficieron,
¿ Pero para el bien ó el mal
Acaso faltan exemplos ?
¿ E quién es azás dichoso
De un hado tan falagueño
Que el mundo con torpe mano,
Por apagar los deseos,
De su alma en la copa de oro
Non derramara veneno ?

—

De seguro non soy yo,
Ni es Eduardo, segun veo,
Ca él, al narrar sus cuitas,
Devuelve lo que le dieron,
Gota á gota destilando
El amargor de sus versos.
Pero ¡ ay ! nada mas esprime:
Veneno, solo veneno;

Ni una palabra de amor,
Ni una palabra de aliento;
Todo en él es desencanto,
Desencanto y desenfreno,
Ironía en las palabras,
Sarcasmo en los pensamientos;
Hay briales que desprendidos
Muestran encantos soberbios,
Hay danzas, miséria, vicio,
E besos de lábios trémulos,

—

Primavera de la vida
Que te han trocado en invierno,
Pones pavuras en el ánimo,
El corazon dexas yermo,
Enjendrando acerba duda,
De si es mundo ó si es infierno,
Aqueso que habeis pintado
Con tintas de desconsuelo.

III

Bien aqueso es el *Eduardo*,
¿E lo habedes fecho vos,
Don Navarro, home sapiente,
Que de bueno habeis blason ?
¿ Al escribillo pensaistes
Que no infundiria horror ?
¿ E las gentes que lo vieren,
Creis que vos darán razon ?
¿ Soñais que el fidalgo honrado
Non haya dél escozor ?

Mas non pensemos en díceres,
Que nunca en ellos pensó
El que sabe lo que face
E á quien no causa pavor
El ruin é cobarde juicio
De la vil murmuracion.
Si habeis dicho lo que pasa
E pintado en fiel color
Las gentes é las costumbres,
Reíos de la opinion
De aquellos que son hipócritas
O á quienes falta valor
Para llamar á las cosas
Lo que en realidá ellas son:
Para decir *yo lo afirmo*
E soy un home de honor

Si tal ficisteis, alabo
El vueso noble teson
Para pintar la verdad
E desafiar la opinion:
Pero, si non lo habeis fecho,
Si non fué por el amor
A lo cierto é á lo bello
Que alzades vuesa cancion;
Si diciendo la verdad
Callasteis en vuestro pró
La parte que era contraria
A la dicha relacion,
E sin non hubo lo adverso

Pero elejisteis lo peor,
Lo nauseabundo é vicioso,
E por desgracia mayor
Si habeis cojido palabras
Groseras ó de mal son,
Vos lo digo abiertamente:
Mereceis reprobacion.

Fatigado del romance
E de la su mala rima,
Cambiaré (como vos dixé
De aqueste pliego allá arriba)
Por trovas que son mas dulces
Que aquestas ásperas líneas,
Por fermosas y noveles
Trovas que ogaño se estilan.

IV

Si costumbres describimos,
Y malas solo pintamos,
Como allí,
¿Será que en donde vivimos,
Y el siglo en que nos hallamos
Es así?
No, todo en él no es falsia
Miseria ni descreimiento
Bien sabeis,
Y si elegís una orgia
Para tejer vuestro cuento
Mal haceis.

V

En «Eduardo», ya tentado
Estaba por concederos
La razon;
Pero no habeis retratado
Caractéres verdaderos
Ni pasion.
Sin embargo en las escenas
De locura habeis tenido
Gran verdad,
Tan completa, que dá pena
Ver tanto vicio reunido
E impiedad

VI

¡ Qué dolorosa cadena
Es, en el mundo, la vida
Tan odiada !
Mezcla de placer y pena,
Una carga maldecida
Y adorada.
Los hombres van á porfía
A disolverse en la muerte
Formidable,
Y el interés es la guia
Que agita esa turba inerte,
Despreciable.

VII

Mercaderes ! su victoria
En la venta que adelanta
Allí está.
Nadie piensa ya en la gloria
Y seco el mirto en la planta
Morirá.
La paz, dicen, en la tierra
Es el bien hácia el que tiende
La razon,
Y entre tanto ¿ cuánta guerra
Por egoismo se enciende
Y ambicion ?

—

No existe ya el heroismo
Que es cualidad no envidiable
Por fatal:
Lo bueno es el egoismo
Porque es útil, razonable,
Natural.

VIII

¿ Y el santo amor, el cariño
Que aun el alma hace dichosa
En el sufrir ?
—Es un juguete de niño
Que en la guerra se destroza
Del vivir.

Sueño de la mente inquieta
Que repele la conciencia
Por banal;
Devaneos de poeta,
Que ignorante de la ciencia,
Juzga mal.

—

Amor, condicion terrible
Impuesta á la humana grey
En su mal;
Atraccion irresistible,
Fuerte incontrastable ley
Universal,
Que á la creacion animada,
Desde el hombre á la monera
Te impondrás,
Solo era fuerza gastada
De los nervios por cualquiera,
Nada mas.

IX

Decidme: ¿Dios es tambien
Un mito, como todo eso
Que creía?
—Bah! si él existiera, el bien,
En el mundo, siempre opreso
No estaría
Por el mal que en cruda guerra

Vence el bueno sin piedad,
Con furor.
Un dios creando la tierra
No haria la humanidad
Para el dolor.

—

La muerte es triste final
De la penosa jornada
Del vivir;
Gozar bien es racional
Antes de hundirse en la nada,
Que es morir.

.....

Tal es con exactitud
El retrato que haceis vos,
Sin maldad.
Vanas sombras de virtud,
De amor, de patria, de Dios,
Ah! pasad!

X

Pasad! si tal es el mundo
Yo lo maldigo y reniego
De mí mismo;
Pasad, torbellino inmundo
De séres, rodando ciego
Al abismo.

Pero, no á todos deslumbra,
No á todos arremolina
El turbion;
A muchos la luz alumbra
De la antorcha que encamina:
La razon.

XI

Folgá que non siga lo mesmo cantando,
Que dexé las trobas aqueñas de ogaño
E torne á los tiempos felices dantaño
Que luengas vegadas pasélas guerreando,
Folgá que prosiga con mucha más calma
Pensando en Eduardo, las penas allende,
E de aqueste pliego él sea por ende,
La luz é la tea, *la vida y el alma*.

XII

Muy mucho es lo escrito, lo dicho muy poco,
E ya el pergamino pesado vá siendo;
Si en cortas razones facerlo pudiendo,
Lo fice á la larga, la meta ya toco.
Diré á vos Navarro, con amplia franqueza,
En breves conceptos de sano sentido:
En vez de armonía nos disteis ruido,
Dixisteis lo cierto, más fué con crudeza.

XIII

Teniendo criterio, talento que brilla,
Prolijo buscasteis material precioso
E habedes dexado el oro feroso
Tomando en su cambio la mas vil arcilla ;
Loasteis aquello que nunca se debe,
E gala haciendo de la indiferencia,
Tuvisteis en poco la noble decencia
Cantando sereno la peor de la plebe.

XIV

Pero sois fidalgo de azás *bona fide*,
Si aqueise fué el canto, así lo sentisteis
E noble firmasteis el hierro en que fuisteis
Cargando valiente las faltas que vide.
E doy ya remate al pliego presente,
Acordes las partes que son en desórden,
Unid las razones, é puestas en órden,
Veríais que digo la cosa siguiente:

XV

Yo non vos critico el vuestro poema,
Cá él representa la vida real,
E della es pintura esacta y leal,
Pero vos repruebo la eleccion de tema;
Que el home que nasce cual vos, con anhelos,
Se aparta del fango, mansion del gusano,
E uniendo lo grande que existe en lo humano
Se labra la gloria y escala los cielos,

EN TRAMWAY

Á RODOLFO ARAUJO MUÑOZ

I

« La conocí en un tramway », como dijo
Cierta vez un amigo que pasaba
Por no ser en la rima muy prolijo.
¡ Y ya tuvo que oír, el pobrecito,
La burla que le hicimos con esceso
A ese pícaro verso maldecido !
Pero, ahora que estoy arrepentido,
Al disculpar la frase, la repito :
« La conocí en un tramway » — ¿ Qué hay con eso ?
Supongo que ir en tramway no es delito,
Y encontrar una niña no es tropiezo.
Era un domingo por la tarde ; triste,
Muy triste era esa tarde, pareciendo
Que el sol, que iba sus rayos ocultando,

En vez de ser un sol que va cayendo,
Era un astro aburrido del domingo
Que se acuesta en su lecho bostezando,
Para pasar la eternidad durmiendo.
¡ Ah! cuántos pobres hombres fastidiados
No desearán, con incansable anhelo,
Poder hacer cuanto ántes eso mismo,
Y dormirse por siempre! Mas ¿quién sabe
Si al trasponer los límites sagrados,
Se encuentran las tinieblas del abismo
Ó las luces del cielo?

Si algun lector aficionado á enigmas
Escucha esta pregunta y la contesta,
Le suplico conserve el resultado,
Escribiendo aquí al márgen la respuesta.

Pues como iba diciendo, en el instante
En que surge la noche y muere el día,
(¡ Ojalá encuentre alguno que me crea!)
La conocí en un tramway,
Y la culpa no es mia
Si ella no iba en carruaje descubierto,
Con lacayo y cochero de librea ;
La conocí en un tramway, es lo cierto,
Paseando acompañada de su tia,
Señora entrada en años y muy fea.
No dudo que viajaban por instruirse,
Porque es cosa que instruye y que recrea,
Lo mismo por el día que en la noche,

El viajar en amable compañía ;
Y, en resumidas cuentas,
Tanto enseña y deleita andar en coche,
Como en ferro-carril, ó lo que sea.

Viajaban, pues, las dos, y yo con ellas
Y demás pasajeros juntamente.
Al principio, pensando en las estrellas
Ó en la luna, escuchaba indiferente
El chirrido confuso de los rieles ;
Me alegraba el temblor de los cristales
Golpeando sin cesar las ventanillas,
Y oía con placer los cascabeles
Sonando en las colleras amarillas
De la yunta de pobres animales,
Que, al trote, soportando sus cadenas,
Arrastraban el coche á duras penas,
Tropezando en las piedras desiguales.
Pero, despues, alzando la cabeza
Con todo el estupor que me embargaba,
Miré á mi alrededor con estrañeza,
Creyendo que tenia por delante
Las visiones de cosas que soñaba
Y luego bostecé, como bosteza
De planton en su puesto el vigilante,
Que maldice á la noche que no acaba
Y reniega del dia que no empieza.

Chateaubriand, sin emplear el consonante,
Ni viajar dormitando de esa suerte,
Ha dicho que su vida era un bostezo.

¿Qué pensaría él mismo de la muerte,
A pesar de su fé recalcitrante ?
Y tú, sombra de Hamlet soñadora,
¿Te imaginaste alguna vez que un día
Esta generacion innovadora
Tu exclamacion siniestra olvidaría ?
« Ser ó no ser » — tal era tu dilema,
Pero el nuestro es mas lleno de armonía :
« Aburrirse ó morir » — *ecco il problema.*

Por lo demás, al darme cuenta clara
De que estaba rodeado de viajeros,
Nada tiene de estraño que pensara. . . .
Cualquier cosa, al mirar mis compañeros,
Y que luego exclamase conmovido :
¡ Bendito sea Dios ! que ha permitido
La reunion al acaso de estas gentes
Que sin duda se ven por vez primera,
Y que siguiendo rumbos diferentes,
Sin volverse á encontrar en esta vida,
Irán á perecer cuando Dios quiera,
En quién sabe qué parte conocida,
Sin que á nadie le importe ; de manera
Que se pueden ahorrar la despedida.

¡ Oh, Darwin ! si la vida es un combate,
Si en el mundo vivir es no quererse,
Si el mas fuerte á los débiles abate,
Si el destino del hombre es esplotarse—
Entonces vale mas no conocerse,
Pues al ménos así no hay por qué odiarse
Ni tampoco ocasion para temerse.

Divagar es mi gloria y es mi encanto.
¿Por dónde dejé el cuento? ... ¡ Ya me acuerdo!
Lo dejé en el principio, y entre tanto,
Para concluir alguna vez con algo
(Si al fin como al comienzo no me pierdo)
Daremos por concluido el primer canto.
Pero, como realmente algo me aflige
El dejar esta parte así embrollada,
Repetiré en sustancia lo que dije :
La niña iba en el tramway, ya se sabe ;
El día estaba triste y yo aburrido ;
Su tia dormitaba en el asiento.
¿Qué hacer para viajar mas divertido?
En este caso, lo único que cabe,
Teniendo tan amable compañera,
Es hacerle el amor, por el momento,
—¿ Y despues?—Y despues... lo que Dios quiera,

¿ Te sonríes, Rodolfo? Si te place,
Ruégote que declares en conciencia,
Si yo soy un Don Juan ó un Lovelace.

No señor ¡ qué he de ser ! Todo mi empeño
Al sentir la pasion arrobadora,
Consiste en demostrar que no desdeño
La belleza del alma, reflejada
En la forma del cuerpo tentadora ;
Y conozco, es verdad, por esperiencia,
La boquita del ángel adorado,
Cuya hermosa sonrisa de inocencia

Aleja toda idea de pecado,
Esceptuando una que otra inconsecuencia.

Como bien puede ser que alguna hermosa,
Indignada, me llame botarate,
Declaro á esa lectora ruborosa
Que en el arte de amar soy un pazguate.

Sentado esto, pasemos á otra cosa.

II

Qué vergüenza tan grande! ¿Será cierto?
En el canto segundo. . . ¡y nadie ha muerto!
No hay puñal, no hay veneno, no hay infamia,
No hay pasion desgraciada que aniquila
Al lector, al amante y á la amada;
Para colmo, ni el tramway descarrila
Al doblar cualquier curva endemoniada.

¡Y yo qué le he de hacer! Rodolfo amado;
La verdad es que anduve displicente,
Pues me puse á escribir incautamente
Sin tener un rewólver á mi lado.
Y los versos salieron, no lo dudo,
Debido á los esfuerzos de la mente
Mas que á la inspiracion, hija del cielo,
Y amante de poetas melenudos
Que en el fuego sus versos elaboran,
Y graban con puñal, en algun tronco,
La cifra de la ingrata á quien adoran.

Puesto que, pobre simple, no hago caso
De las regiones áureas y cerúleas
Que Astolfo ha recorrido y el Pegaso,
Continuaré marchando por la Tierra,
Llevado por dos otros animales
En el tramway, invento el mas prosáico
De todos los que idearon los mortales.

Sin embargo, hay en él, allí delante,
Un rincon poco menos que hechicero,
Llamado *plataforma* vulgarmente :
Es el Edem augusto del cochero,
Cuya Eva suele ser un vigilante.
Completando este cuadro, la serpiente,
O sea el vendedor de loteria,
Muestra el fruto prohibido del dinero.
Adan y Eva se miran pensativos ;
En su interior formulan una queja ;
Por fin, Eva le dice á aquel demonio
« Otro dia será, váyase, amigo. »

Y viendo á la serpiente que se aleja,
Como quien mira huir un enemigo,
Suspira Adan, castiga á los caballos,
Y acomoda con cierta pesadumbre
Un gajo de cedron sobre la oreja.
En seguida, volviendo á su costumbre,
Hace sonar alegre la corneta;
Y allá va con sus chistes y refranes
Saludando á las bellas maritornes,
Que le miran pasar con faz inquieta
Desde el hueco sin luz de los zaguanes.

Asi pasan los tramways, asi pasan;
Se suceden, perdiéndose á lo léjos,
Y al atronar la calle con su ruido,
Espantan algun pájaro perdido,
Vagabundo del aire, que cansado
Reposa en los alambres del teléfono,
Soñando con el bosque perfumado,
Que encierra el paraiso de su nido.

Y bien, volviendo al caso de mi historia,
Ignoro porque estraña circunstancia,
A causa del paseo en aquel coche,
Ha quedado grabada en mi memoria
Una escena que tuve aquella noche,
En seguida del viaje que relato.
¡Qué escena tan preciosa! ¡Qué poema!
Lo contaré despues, en otro rato.

—¿Y la niña del cuento?—Amigo mio,
Yo no la he vuelto á ver, y Dios no quiera
Que la torne á encontrar en esta vida:
Deja que siempre sea la querida
Que visito en la sombra y el misterio,
Compañera que veo sin hastío
En las horas dichosas de mis sueños.
Nunca supe su nombre ni su patria,
Y aunque eso te parezca un tanto oscuro,
Yo idolatro esa patria y ese nombre.
—Pues eso es el *Ideal*—dirás amigo.
Quizás tengas razon, no estoy seguro;

Y sin embargo, convendré contigo
Que el ideal del poeta es un recuerdo
Surgido de las nieblas del pasado
A iluminar los rumbos del futuro.

Tal lo comprendes tú, tal yo lo siento;
Y es por eso, Rodolfo, que te ruego
No me digas jamás si has encontrado
A la niña del tramway. Qué tormento
Sería para mí saber que existe
Esa forma encantada de mis sueños
En el mundo real en que la viste !

No me lo digas, no; todo ha con luido:
El sueño y el recuerdo son iguales,
Lo mismo que la muerte y el olvido.

Yo viviré ignorando que ella existe;
Tu callarás también. De esa manera
Aun tendré una ilusión cuando me muera.

—Y el cuento se acabó?—Tú lo dijiste.

-

Est-ce un oiseau? est-ce un esprit?

MICHELET.

Ave de las regiones celestiales,
Vuelve á tu antigua patria bendecida;
No bajas á las playas mundanales
A beber la onda amarga de la vida.

El destino te arrastra. ¿Por ventura
Puedes violar su ley dominadora?
Pues que él te trae á la ribera oscura,
Templa la sed en la ola engañadora.

Has bebido en la mar envenenada;
Perdiste el rumbo y olvidaste el cielo;
Ya del fango en la playa desolada
No volverás á remontar el vuelo.

Sufre en silencio tu dolor intenso;
Arrastra tu plumaje en los arenales;
Ya no eres dueña del espacio inmenso,
Ave de las regiones celestiales!

Quieres salir del terrenal pantano
Y te agitas en él, estéril lucha.
Ah! no bata salas, es en vano.
No levantes la voz: nadie te escucha.

La playa es grande y su estension desierta,
El mar sepulta las perdidas naves,
Y allá de Dios en la morada incierta
Nadie escucha los cantos de las aves !

INDICE

	<u>PÁGINAS</u>
Gris.....	7
Mosquito.....	22
Moon light.....	32
Como viven.....	39
El ave de Zeus.....	52
Estela.....	64
El hombre de piedra.....	107
De un mundo á otro.....	115
La botella de champagne.....	136
El gnomo.....	145
Historia de un paraguas.....	160
Ibrahim.....	201
Ultima escena.....	219
La tentacion.....	222
El viejo Hullos.....	258
Del canto á Eduardo.....	273
En tranway.....	288
Sin título.....	298

